



EL LIBRO *Molina 189*

# DE LOS CANTARES

COMPUESTO POR

D. ANTONIO DE TRUEBA.

Yo soy un ciego que ve.



LEIPZIG:  
F. A. BROCKHAUS.

1874.





AL SEÑOR D. ANTONIO DE COMINGES

DEDICÓ ESTE LIBRO, EN TESTIMONIO DE CARÍO Y  
AGRADECIMIENTO, SU AMIGO EL AUTOR.

En las coplas populares veo yo algo mas que coplas: veo amores desdeñados y amores correspondidos, traiciones y fidelidades, placeres y dolores, alegrías y tristezas. Cada copla popular es para mí un capítulo de la historia de un corazón.

Los recuerdos de mi niñez suministran ejemplos que justifican estas opiniones.

En la falda de una de las montañas que cercan un valle de Vizcaya hay cuatro casitas, blancas como cuatro palomas, escondidas en un bosque de castaños y nogales; cuatro casitas que desde léjos solo se ven cuando el otoño ha quitado á los árboles sus hojas. Allí pasé los primeros quince años de mi vida.

En el fondo del valle hay una iglesia cuyo campanario rompe la bóveda de follaje y se alza majestuoso sobre los nogales y los fresnos, como si quisiera significar que la voz de Dios se eleva sobre la naturaleza; y en aquella iglesia se dicen dos misas los domingos, una en cuanto sale el sol y la otra dos horas despues.

Los jóvenes nos levantábamos con el canto de los pajarritos y bajábamos á misa primera, cantando y saltando por los sombríos rebollares, y los ancianos bajaban luego á misa mayor. Mientras iban á esta nuestros padres y nuestros abuelos, sentábame yo bajo unos cerezos que habia frente á la casa paterna, porque desde allí se descubre todo el valle que finaliza en el mar, y poco despues iban á buscarme cuatro ó cinco muchachas, coloradas como las cerezas que pendian sobre mi frente ó como los airosos lazos de sus largas trenzas de pelo, y me hacian componerles coplas para cantar á sus novios por la tarde, al son de la pandereta, bajo los nogales donde bailábamos los jóvenes y conversaban los ancianos regocijándose con nuestro regocijo.

Recuerdo que un dia una de aquellas muchachas estaba muy triste porque su novio iba á ausentarse por largo tiempo, y deseaba un cantar que espresase su tristeza, y que á instancias suyas compuse. Pocos dias despues, aquella misma muchacha ya no necesitaba mi ayuda para cantar sus tristezas.

Conforme se habian aumentado estas, se habia aumentado su aptitud para cantarlas, porque la poesia es hija del sentimiento. Sus cantares, lo mismo que el que yo le compuse, no tardaron en ser populares en el valle.

Otra mañana, vi sentada, bajo los árboles que dan sombra á la iglesia de mi aldea, una jóven forastera de tan peregrina hermosura que jamas se apartará su imágen de mi memoria. No comprendí entónces el sentimiento que me inspiró; pero, concluida la misa, seguí con la vista á aquella jóven hasta que la vi desaparecer allá á lo léjos en el laberinto de una arboleda, y volví á casa poseido de una tristeza que en muchos dias no me fué dado vencer. Durante aquellos dias, sentado en la cumbre de una colina desde donde se descubria el camino que tomó la peregrina forastera, compuse muchos cantares que espresaban algo de lo que mi corazón sentia. Diez años mas tarde, pasando por un pueblo de Castilla, oí con profunda emocion uno de aquellos cantares á una jóven que estaba tendiendo ropa á la orilla de un arroyo.

Una tarde, cuando doraba la cumbre de las montañas «el sol de los muertos», que así llaman en mi país á los últimos resplandores que el sol despide al tocar en el ocaso, me hallaba yo conversando, en casa de un rico labrador de mi aldea, con una niña de quince años, dulce y delicada como una sensitiva. La niña cosia al lado de un balcon. Una voz melancólica, en la que reconocí la de uno de mis compañeros que me habia revelado su amor á la niña y la oposicion que en los padres de esta encontraba á causa de su pobreza, cantó en el castañar inmediato:

«Ojos de color de cielo,  
azules como los míos,  
no perdais las esperanzas,  
— que yo no las he perdido.»

La niña se estremeció al oír este cantar y me pareció que asomaban dos lágrimas á sus ojos azules. Entónces, respetando su emocion, me despedí de ella, y al pasar



bajo sus balcones, la oí cantar con acento tembloroso y conmovido :

«No pierdo las esperanzas  
ni tú las pierdas, amor,  
que tú solito, solito,  
reinas en mi corazón.»

Aquella niña, dulce personificación del sentimiento y la pureza, es el tipo que después he tenido presente al pintar las vírgenes de ojos azules que ocupan el primer término en mis desaliñados cuadros.

Una noche de noviembre me alejaba yo de mi aldea ¡tal vez, Dios mío, para nunca más volver! Caminaba, caminaba por el valle arriba con los ojos arrasados en lágrimas. Comenzaban á cantar los gallos, ladraban los perros, lloraban los cárabos en la montaña, gemía el viento en las copas de los nogales y mugía furioso el río, despeñándose por el valle abajo; pero dormían apaciblemente los moradores de la aldea, excepto mis padres y mis hermanos que asomados á la ventana, seguían llorando el ruido de mis pisadas, próximo á desvanecerse entre los rumores del valle. Iba á dejar atrás la última casa de la aldea, cuando se asomó á sus ventanas una de aquellas muchachas que tantas veces habían ido á buscarme bajo los cerezos, y se despidió de mí sollozando. Al trasponer una colina, próximo á perder de vista el valle, oí un canto lejano y me detuve. Aquella misma muchacha me enviaba su último adiós en un cantar tan bello como el sentimiento que le inspiraba!

Más tarde, cuando pude darme razón de ciertas cosas que ántes no había comprendido, y cuando quise examinar la poesía desde el punto de vista del arte, evoqué todos estos recuerdos y... — ¡hé aquí, me dije, la historia de los cantares populares!»

Muchas veces, soñando con mi país, que ese es mi sueño perpetuo, me figuro el momento en que Dios me permita tornar al valle en que nací. «Cuando eso suceda, me digo,

habrá ya arrugas en mi frente y canas en mi cabeza. Será un día de fiesta aquel en que yo torne á mi valle nativo, y al trasponer la colina desde la cual se descubre por completo, oiré repicar las campanas á misa mayor. ¡Qué dulcemente resonarán en mi oído aquellas campanas que tantas veces me llenaron de alborozo en mi niñez! Penetraré en el valle con el corazón palpitante, la respiración difícil y los ojos arrasados en lágrimas de regocijo. Allí estará, con su blanco y sonoro campanario, la iglesia donde vertieron sobre la frente de mis padres y la mía el agua santa del bautismo; — allí estarán los nogales y los castaños á cuya sombra bailábamos los domingos por la tarde; — allí estará la sebe donde mis hermanos y yo buscábamos nidos de pájaros y hacíamos silbos con la corteza del castaño y del nogal; — allí, sobre las estradas, estarán los manzanos cuya fruta derribábamos á pedradas mis compañeros y yo cuando íbamos á la escuela; — allí estará la casita blanca donde nacimos mis abuelos, y mi padre, y mis hermanos y yo; — allí estará todo lo que no siente ni respira; pero ¡dónde estarán, Dios mío, todos aquellos que con lágrimas en los ojos me dieron la despedida tantos años há! Seguiré, seguiré por el valle abajo. Conoceré el valle, pero no sus moradores! Ved si habrá entre los dolores un dolor más grande que el mío! Las gentes reunidas en el pórtico de la iglesia esperando el momento de entrar á misa, se asomarán al pretil que da sobre la calzada, y otras gentes se asomarán á las ventanas, todas para ver pasar al forastero. Y ni ellas me conocerán, ni yo las conoceré, que aquellos niños, y aquellos mancebos y aquellos ancianos, no serán los ancianos, ni los mancebos ni los niños que yo dejé en mi valle nativo! Seguiré, seguiré tristemente por el valle abajo. «Todo lo que sentía, exclamaré, se ha modificado ó ha muerto! ¿Qué es lo que conserva aquí puros é inmaculados los sentimientos que yo infundí?» Y entonces alguna aldeana entonará uno de aquellos cantares en que yo encerré los sentimientos más hondos de mi alma, y al oírlos, mi corazón querrá saltar del pecho, y caeré de rodillas, y si la emoción y los sollozos no embargan mi voz, exclamaré: — «Santa



y tres veces santa, bendita y tres veces bendita la poesía que inmortaliza el sentimiento humano!»

Desde mi niñez ha sido mi embeleso la poesía popular, desde mi niñez han derramado en mi alma inefabiles delicias esas coplas desaliñadas, pero ingenuas, y frescas y gratas como las alboradas de San Juan, que el pueblo compone y canta para espresar sus alegrías y sus tristezas, sus placeres y sus dolores, sus amores y su fe, su patriotismo y sus glorias. Por eso he compuesto este libro.

No busqueis en este libro erudicion, ni cultura, ni arte. Buscad recuerdos, y corazon y nada mas. Quince años há que dejé mi solitaria aldea, quince años há que en lugar de cantar bajo los cerezos del país nativo, canto en esta Babilonia que se alza á orilla del Manzanares; y sin embargo aun me entretengo en contar desde aquí los árboles que sombrean la casita blanca donde nací y moriré, si Dios quiere; aun se parecen mis cantares á los de quince años há. ¿Qué entiendo yo de griego ni de latin, de preceptos de Aristóteles ni de Horacio? Habladme de cielos y mares azules, de pájaros y enramadas, de mieses y árboles cargados de dorada fruta, de amores y alegrías y tristezas del pueblo honrado y sencillo, y entónces os comprenderé, porque de eso nada mas entiendo.

No faltará quien encuentre pueril el lenguaje en que generalmente espreso mis pensamientos. No hay lenguaje mas pueril que el del cariño y la inocencia, el de las madres y los niños; pero ¿dónde hay mas pureza y sentimiento que en los niños y las madres?

La mayor parte de los versos que contiene este libro se han compuesto de memoria, soñando con mi país y vagando por el Retiro, por la Florida, por la montaña del Príncipe Pio, por la casa de Campo, por la virgen del Puerto, por las praderas del Canal, por Lavapiés y el Barquillo, por donde quiera que cantan pájaros y ostenta el pueblo sus virtudes y sus vicios, que de todo tiene el noble pueblo español. Con este sistema ha perdido el arte, pero ha ganado el sentimiento.

En resumen: he compuesto mis cantares como sé, á la buena de Dios, como el pueblo compone los suyos.

Si en el *Libro de los cantares* he cantado y he llorado muchas veces las dichas y las desdichas ajenas, tambien he cantado y he llorado las mias, porque en mi vida hay algo que cantar y mucho que llorar!....



## INDICE.

	Pág.
Prólogo . . . . .	vii
1. Introduccion . . . . .	1
2. El ramo del soldado . . . . .	7
3. La primera verbena . . . . .	10
4. Desde balcon á balcon . . . . .	15
5. Los ojos de la morena . . . . .	18
6. La niña de ojos azules . . . . .	19
7. La niña de ojos negros . . . . .	24
8. A la orilla del arroyo . . . . .	29
9. Amor sin esperanza . . . . .	31
10. Bienaventurados los que creen . . . . .	35
11. A oscuras . . . . .	40
12. El adolescente . . . . .	42
13. La perejilera . . . . .	45
14. La ausencia . . . . .	46
15. La serrana . . . . .	48
16. La rosa entre las rosas . . . . .	49
17. A Inarco Celenio . . . . .	51
18. La romería . . . . .	56
19. La gorra de pelo . . . . .	61
20. A la luz de las estrellas . . . . .	69
21. La mancha de la mora . . . . .	71
22. Contra tristeza, cantares . . . . .	80
23. La ordenanza militar . . . . .	86
24. Oros son triunfos . . . . .	88
25. La casa donde vivió . . . . .	91
26. Las muchachas de Sanlúcar . . . . .	93
27. La vida de Juan soldado . . . . .	100
28. Castigo de Dios . . . . .	117
29. Gente morena . . . . .	124
30. La vida y la muerte . . . . .	126



	Pág.
31. Antonia la cigarrera . . . . .	130
32. Cuando nació la princesa . . . . .	133
33. La Sanjuanada . . . . .	135
34. El labrador . . . . .	141
35. Corazones partidos . . . . .	142
36. La primavera . . . . .	148
37. Con buen fin . . . . .	151
38. Carlos el de Lavapiés . . . . .	154
39. Melancolía . . . . .	159
40. Amor de los amores . . . . .	162
41. Glorias de la mujer . . . . .	166
42. Amor inmortal . . . . .	171
43. Las flores para la Virgen . . . . .	174
44. La cacería . . . . .	177
45. Las madres . . . . .	183
46. Lo mejor de las niñas . . . . .	189
47. Los desengaños . . . . .	190
48. Cadenas de oro . . . . .	201
49. Duerme en paz! . . . . .	206
50. Periquito entre ellas . . . . .	208
51. Una y no mas . . . . .	214
52. Los doblones . . . . .	215
53. Noche-buena . . . . .	219
54. La Guardia civil . . . . .	224
Apéndice . . . . .	233

## EL LIBRO DE LOS CANTARES.

1. 1)

### INTRODUCCION.

I.

Vosotros los que bajais  
el domingo por la tarde  
á bailar en las alegres  
praderas del Manzanares,  
¿no habeis visto en la Florida,  
medio oculta entre el ramaje,  
la pobre casita blanca  
de Anton el de los cantares? —  
Sobre su puerta una parra  
sus hojas pomposa esparce,  
ora brindándome sombra,  
ora racimos brindándome,  
y á mi ventana se inclinan  
los guindos y los perales  
para que su dulce fruta  
desde la ventana alcance.  
En torno de mi casita  
exhalan su olor fragante  
siemprevivas y claveles,  
azucenas y rosales,

1) Por la numeracion arábica que llevan las composiciones se hallarán íntegros en el Apéndice los cantares glosados, y cuantas aclaraciones han parecido al autor convenientes.

y cuando el alba despunta  
música vienen á darme  
entre la verde enramada  
de mi ventana las aves.  
A la ventana me asomo  
apénas el día nace  
para entonar desde allí  
la salutacion del ángel  
á nuestra santa patrona  
la del histórico adarve  
y un himno de bienvenida  
al sol de Dios cuando sale;  
y sin envidia contemplo  
el regio alcázar gigante  
que señorea mi dulce  
ribera del Manzanares.  
¡Noble Reina de Castilla!  
yo te tributo homenaje  
porque á su Dios y á su rey  
reverenciaron mis padres,  
porque ademas de ser Reina  
el corazon tienes grande,  
porque ademas de ser buena  
eres mujer y eres madre;  
mas yo aunque pobre, no envidio  
tus opulentos alcázares,  
pues la paz del corazon  
no está en las moradas reales,  
que está en la casita blanca  
de Anton el de los cantares.

II.

En el fondo de mi alma  
hay dolores, y muy grandes!  
Unos, los saben los hombres,  
otros, solo Dios los sabe!  
Mas rara vez mis dolores  
recordaré en mis cantares,

que ya no tengo esperanza  
de que los alivie nadie  
y... ¡dónde el mortal está  
que al atravesar el valle  
no ha encontrado entre las flores  
alguna espina punzante!  
Los cantos son el destino  
que al Señor le plugo darme,  
pues, niño inocente, ya  
cantaba en las soledades  
que con sus eternas olas  
el mar de Cantabria bate.  
«— Quién te ha enseñado á cantar?»  
me preguntan todos. — Nadie:  
yo canto porque Dios quiere,  
yo canto como las aves.  
Si alguien pregunta quién soy  
al escuchar mis cantares,  
oid la sencilla historia  
con que debeis contestarle:  
Por la orillita del rio,  
del rio de Manzanares,  
al compas de mi guitarra  
me fui cantando una tarde,  
y vi en la virgen del Puerto  
á la sombra de los árboles,  
un niño que sonreia  
en el seno de su madre.  
Latiendo mi corazon  
de gozo, fui á acariciarle,  
porque los niños hermosos  
se parecen á los ángeles  
y con los ángeles sueño  
vagando en mis soledades.  
Echóme sus bracecitos  
al cuello el niño al instante,  
poniendo en mi faz morena  
su labio rosado y suave,

y al tornar al dulce seno  
de su madre esclamó: — «Madre,  
pues si es un ciego que ve  
Anton el de los cantares!»

III.

Yo soy un ciego que ve,  
la verdad dijo aquel ángel.  
Con mi guitarra apoyada  
sobre el corazón amante,  
cuyos ardientes latidos  
son sus únicos compases,  
me veréis siempre vagar  
desde la ciudad al valle,  
desde la choza del pobre  
al palacio del magnate,  
llorando con los que lloran,  
cantando con los que canten,  
que mi rústica guitarra  
es el eco perdurable  
de todas las alegrías  
y de todos los pesares.  
Mis cantos entonaré  
en el sencillo lenguaje  
del labrador y el soldado,  
de los niños y las madres,  
de los que no han frecuentado  
doctas universidades,  
de todos los que no entienden  
pomposas y cultas frases,  
pues me basta que se entiendan,  
y alguna lágrima arranquen,  
y agiten los corazones  
con sentimientos leales,  
á la benéfica sombra  
de las encinas del valle  
ó en las veladas de invierno  
en torno de los hogares.

Yo ensalzaré en ese idioma  
la fe y los santos combates  
de los soldados de Cristo  
con el sacrilego alarbe;  
yo cantaré los heroicos  
esfuerzos de nuestros padres  
para domar las soberbias  
legiones de Bonaparte:  
y la hermosura del cielo,  
y las flores de los valles,  
y el amor y la inocencia,  
todo lo hermoso y lo grande  
en mi rústica guitarra  
tendrá un eco perdurable.  
En la populosa villa  
no habrá verbena, ni baile,  
ni serenata, ni fiesta  
en que yo alegre no cante.  
Para mí una historia tienen  
cada plaza y cada calle,  
que el amor y el heroísmo  
me han mostrado sus anales  
y en ellos he hallado historias  
aun no contadas por nadie.  
Los de corazón sensible,  
si esas historias os placen,  
cercad la casita blanca  
de Anton el de los cantares.

IV.

¡Oh virgen de la Almudena  
que desde tu antiguo adarve  
presides, siglo tras siglo,  
las fiestas del Manzanares!  
Invoque el cantor pagano  
sus falsas divinidades,  
que yo soy cristiano, y debo  
la inspiración demandarte.

Préstame, santa Patrona,  
aliento para que ensalce  
la fe y la gloria del pueblo  
que patrocinas amante. —  
Débil, inocente niño,  
vertiendo llanto á raudales,  
me arrancó la desventura  
del regazo de mi madre,  
y busqué en tu villa quien  
mis lágrimas enjugase.  
Quince años há que discurro  
por sus plazas y sus calles,  
como mis padres honrado  
y pobre como mis padres.  
A veces me faltan fuerzas  
para seguir adelante,  
y nadie sostiene al pobre  
Anton el de los cantares;  
pero el amor de mi alma  
tu noble villa comparte  
con el valle solitario  
donde me parió mi madre.  
Yo la amo porque sus muros  
adorna tu santa imágen,  
porque sus campos Isidro  
hizo que fructificasen,  
porque en sus templos oraron  
Calderon, Lope y Cervántes,  
porque dió á la ciencia sabios  
y á la independéncia mártires.  
Dáme fe, santa Patrona,  
y ardiente inspiracion dáme  
para que en tan noble empresa  
mi corazón no desmaye,  
que yo haré todos los dias,  
orillas del Manzanares,  
frescas guirnaldas de flores  
que el santo muro engalanen

y un dulce canto á tu gloria  
alzará mañana y tarde  
de pechos á la ventana  
Anton el de los cantares.

2.

EL RAMO DEL SOLDADO.

I.

«Un soldado me dió un ramo,  
yo le recibí con pena»  
porque quien prenda recibe  
se obliga á dar otra prenda.  
Ay! las encinas del valle  
vieron durante una siesta  
que en vano á esta ley tirana  
opuse mi resistencia!  
Un sabio refran nos dice:  
«dádivas quebrantan peñas»  
y.... ¡no es mucho que quebranten  
corazoncitos de cera!  
¡Pobre de mí cuando al cura  
se lo confiese en la iglesia!  
¡Pobre de mí si lo saben  
mi madre y mis compañeras,  
que en dádivas de soldado  
no fia ninguna de ellas!  
El domingo por la tarde,  
en el baile de las eras,  
mis compañeras cantaban  
al son de la pandereta  
*que de mano del soldado  
nunca vino cosa buena.*



II.

Busco la paz en el sueño  
y si duermo, duermo inquieta...  
¡Ay triste de mí si entónces  
mi madre al lecho se acerca,  
porque le diré dormida  
lo que le callo despierta!  
En vano con mi ignorancia  
disculparé mi flaqueza,  
que mi madre muchas veces  
me dijo, al ver mi inocencia:  
«Lucero de la mañana,  
sol de mis ojos, mi prenda,  
si el aliento de los hombres  
nunca empaña tu pureza,  
tú serás siempre el espejo  
donde tu madre se vea.  
Un soldado te da flores  
y tú, niña, las aceptas  
sin saber que flores pide  
quien da flores á doncellas...  
Idolo del alma mía,  
nunca admitas sus ofertas,  
*que de mano del soldado  
nunca vino cosa buena.*»

III.

Apénas despunta el alba,  
como el amor me desvela,  
me voy con mi cantarito  
á coger la agua serena...  
¡Ay cómo cantan las aves!  
¡ay cómo el aura refresca!  
¡ay cómo huelen las flores!  
¡ay cómo todo se alegra!  
Mi corazon solamente  
está lleno de tristeza,  
pues al despuntar el alba

como durante la siesta,  
ya ¡nadie me ofrece ramos  
de flores en la arboleda!  
Una corona de flores  
ofrezco á la Magdalena  
si en mi ceguedad me guia,  
porque de amor estoy ciega!  
Llorando paso los dias,  
llorando la noche entera  
y al verme llorando siempre  
mi madre se desconsuela...  
¡Pobre madre, pobre madre,  
bien dijiste, verdad era  
*que de mano del soldado  
nunca vino cosa buena!*

IV.

Ya cantan los pajaritos  
en la vecina arboleda,  
ya amanece y las campanas  
tocan á misa primera...  
¿Cómo no me ha despertado  
como siempre me despierta,  
al rayar el alba, el toque  
de tambores y cornetas?...  
Pero ¿qué cantar es ese  
que cantan junto á mi reja?  
«Amorcitos de soldado  
«son amorcitos que vuelan,  
«pues en tocando la marcha  
«quédate con Dios, morena» —  
Se ha marchado! se ha marchado!  
y me escarnece la aldea!  
¿Dónde ocultar mi deshonra?  
¿dónde ocultar mi vergüenza?  
Madre, cuando el sol asome  
ven á mi alcoba y en ella  
encontrarás un cadáver,



que otro cadáver encierra!...  
¡Pobre madre, pobre madre,  
bien dijiste, verdad era  
*que de mano del soldado  
nunca vino cosa buena!*

## 3.

## LA PRIMERA VERBENA.

La primera verbena  
que Dios envía  
es la de san Antonio  
de la Florida.

## I.

Entre flores y ramas  
tienes tu ermita,  
glorioso san Antonio  
de la Florida;  
ramas y flores  
te dan, Santo bendito,  
tu dulce nombre!

Bien haya el arquitecto  
que edificara  
tu templo entre las flores  
y entre las ramas,  
hermoso emblema  
del patron de los niños  
y las doncellas! —

Tras las floridas lomas  
de Sumas-aguas  
se hunde el sol entre nubes  
de oro y de nácar;  
su luz postrera  
brilla en el santo muro  
de la Almudena! —

Siempre que el sol se esconde,  
vírgen Maria,  
melancólica y triste

queda tu villa...  
Santa Patrona!  
que el sol para tu villa  
nunca se esconda! —

Sobre el dorado alcázar  
que el cerro ocupa,  
vertiendo resplandores  
sale la luna,  
y en las tranquilas  
ondas del Manzanares  
sus rayos brillan.

Repican las campanas  
de san Antonio;  
todos los corazones  
laten de gozo,  
todos los labios  
publican de las almas  
el entusiasmo.

Ya bajan por la cuesta  
de san Vicente  
doncellas y mancebos  
cantando alegres;  
ya el pueblo invade  
la florida ribera  
del Manzanares.

Vírgen de la Almudena,  
santa Patrona!  
que la luna esta noche  
su luz no esconda,  
pues ilumina  
la primera verbena  
que Dios envía!

## II.

¡Oh qué azul es el cielo  
de nuestra patria!  
Azul como tus ojos,  
niña del alma.

virgen hermosa,  
débil enredadera  
que en mí te apoyas!  
¡Oh qué serenas brillan  
luna y estrellas!  
¡Qué bien huelen las flores  
de la pradera!  
¡Qué perfumadas  
á refrescar mi frente  
vienen las auras!

Gloria al Señor que puso  
mi pobre cuna  
donde hay estas estrellas  
y hay esta luna  
y hay estas flores  
y hay estas dulces auras  
y hay estas noches!

Todos se regocijan  
en la verbena,  
todos, mozos y ancianos,  
varones y hembras,  
cantan y bailan,  
comen, beben y rien  
ó amores tratan.

Para tratar amores  
unos anhelan  
las misteriosas sombras  
de la arboleda,  
los otros buscan  
las praderas en donde  
brilla la luna.

Y en el prado florido  
ó en la arboleda,  
á la luz de la luna  
ó en las tinieblas,  
¡qué bien, Dios santo,  
se comprenden los pechos  
enamorados! —

El oriente se inunda  
de resplandores,  
estrellas y luceros  
su luz esconden,  
las aves cantan,  
aquí suenan clarines,  
allí campanas.

Y por ver los encantos  
de la ribera,  
y escuchar los cantares  
que en ella suenan,  
los moradores  
del alcázar se asoman  
á los balcones.

¡Oh qué hermosa es la vida,  
pues la engalana  
cada veinticuatro horas  
una alborada!  
¡Oh si tuviera  
cada veinticuatro horas  
una verbena!

III.

Repican las campanas  
de san Antonio,  
el templo abre sus puertas  
á los devotos...  
¡Bendito sea  
el patron de los niños  
y las doncellas!

De agradecidas madres  
son donativo  
esas flores que adornan  
el santo niño,  
el niño hermoso  
que sonrío en los brazos  
de san Antonio.



Y en el altar pusieron  
esas guirnaldas  
las tiernas doncellitas  
enamoradas,  
que al Santo deben  
el ver correspondido  
su amor ardiente.

¿Veis esa hermosa jóven  
que llega al templo  
conduciendo en sus brazos  
un ángel bello?  
Pues es la madre  
con quien todas las noches  
sueña ese ángel,

Y á cumplir viene un voto  
que al Santo hizo  
estando moribundo  
su dulce hijo,  
sin esperanza  
viendo el fruto bendito  
de sus entrañas!

¿Veis esa hermosa virgen  
cuya mejilla  
se pone colorada  
cuando la miran?  
¿que al altar llega  
cargadita de rosas  
y de acuzenas?

Pues sabed que en la villa  
cuentan que un voto  
hizo al Santo bendito  
si hallaba novio,  
y desde entónces  
va un mancebo á su reja  
muerto de amores. —

Hijos de la armonía,  
nobles hermanos,  
ofrenda de cantares

traed al Santo,  
que hoy es la fiesta  
del patron de los niños  
y las doncellas.

## 4.

## DESDE BALCON A BALCON.

## I.

Desde mi balcon te veo,  
cara á cara y frente á frente,  
cuando riegas los jazmines  
y la albaca y los claveles  
que tu habitacion perfuman  
porque en tu balcon florecen.  
Me parecen muy hermosas  
las flores que regar sueles,  
pero tú, flor de las flores,  
mas hermosa me pareces;  
y por eso á todas horas  
en tu balcon quiero verte,  
y por eso, ay Dios, por eso  
enamorado me tienes!  
Me muero por confesarte  
lo que el corazon te quiere,  
pero es la calle tan ancha  
que mis palabras se pierden  
entre tu balcon y el mio  
por mas que la voz esfuerce,  
*y no te puedo decir*  
*lo que mi corazon siente.*

## II.

Cuando cierras los cristales  
de tu balcon, me parece

que la luz del sol se apaga,  
que una oscura noche viene,  
y fijo mis tristes ojos  
en la muselina tenue  
que te recata á la vista  
del que se muere por verte.  
A veces la agita el viento  
y la levanta otras veces...  
¡Ay, si vieras qué ilusiones  
entónces forja mi mente!  
Me figuro que es tu mano  
quien la cortinilla mueve,  
porque tus ojos me buscan  
y tu corazon me quiere;  
pero recuerdo en seguida,  
que ignoras mi amor ardiente;  
pues velo el fuego del alma  
con un semblante de nieve  
*y no te puedo decir  
lo que mi corazon siente.*

III.

Desde mi balcon descubro  
el blanco lecho en que duermes,  
no bien le abandonas y abres  
tu balcon cuando amanece.  
La confusion y el desórden  
que en él mis ojos advierten  
me revelan que tus sueños  
son agitados y breves.  
¿Qué inquietudes te desvelan?  
ó ¿de qué mal adoleces?  
¡Acaso, como yo, el alma  
enferma de amores tienes!  
¡Acaso en el lecho lloras,  
como tambien me sucede,  
esperanzas amorosas  
que en él nacen y en él mueren!

Ven á llorar en mi seno,  
pobre tórtola doliente...  
Pero mi acento amoroso  
en el espacio se pierde,  
*y no te puedo decir  
lo que mi corazon siente!*

IV.

Blanca paloma encerrada,  
rompe esas tiranas redes  
y ven á buscar el cielo  
que mi corazon te ofrece.  
La juventud es hermosa;  
pero se marcha y no vuelve,  
y es triste pensar en ella  
cuando pasó estérilmente!  
Las almas como la mia  
hasta el dolor embellecen:  
ven á mi lado y el arte  
que Dios me enseñó te enseñe,  
y verás como los cielos  
mas azules te parecen,  
mas floridas las praderas,  
mas perfumado el ambiente,  
mas placentera la vida  
y ménos triste la muerte...  
Pero, ay Dios, en el espacio  
estas palabras se pierden,  
*y no te puedo decir  
lo que mi corazon siente!*



## 5.

## LOS OJOS DE LA MORENA.

## I.

Tus ojos, morena,  
me encantan á mí  
aun mas que las rosas,  
aun mas que el jazmin,  
aun mas que las perlas,  
aun mas que el rubí.  
Por eso sin ellos  
no puedo vivir,  
por eso los míos  
se fijan en tí,  
por eso á sus rayos  
quisiera morir,  
por eso me encuentro  
contento y feliz  
si tú á la ventana  
te dignas salir,  
si tú una mirada  
me das desde allí!  
Morena, por eso  
te vuelvo á decir  
*tus ojos, morena,  
me encantan á mí!*

## II.

Rondando tu calle,  
cantando feliz  
la sal y la gracia  
que Dios puso en tí,  
las noches enteras  
estoy, serafín;  
y rabia tu madre  
diciendo que así

en toda la noche  
la dejo dormir;  
mas nada me importan,  
sufriendo por tí,  
el aire y la lluvia  
y el fiero mastin  
que suele tu madre  
soltar al oír  
mis tiernos cantares,  
¡oh rosa de abril!  
La luz de tus ojos  
me lleva tras sí,  
pues soy mariposa  
y anhelo morir  
en ella abrasado,  
que es dulce ese fin  
y.... ya te lo he dicho  
mil veces y mil,  
*tus ojos, morena,  
me encantan á mí.*

## 6.

## LA NIÑA DE OJOS AZULES.

## I.

Ved á la dulce niña  
de ojos azules  
risueña como el cielo  
cuando no hay nubes;  
vedla qué hermosa,  
vedla coloradita  
como las rosas!  
Fué ayer á san Antonio  
de la Florida,  
que da el Santo bendito



novio á las niñas,  
y un bello novio  
le salió al dar la vuelta  
de san Antonio.  
Por eso está contenta,  
por eso canta  
como los pajaritos  
por la mañana,  
que era muy triste  
sin tener un mal novio  
cumplir los quince.  
El novio que á la niña  
salió ayer tarde  
jura que la idolatra  
porque es un ángel,  
y ella es tan niña  
que cree sus juramentos  
á pié juntillas. —  
Niña, palabras dulces  
no te seduzcan,  
pues en el Diccionario  
las hay de azúcar;  
préndate de hechos,  
pues en el Diccionario  
no se hallan esos.  
Si un galan te abandona,  
no te dé pena:  
pronto encontrarás otro  
que mas te quiera,  
pues, niña hermosa,  
*tienes ojos azules,  
ojos de gloria.*

## II.

Niña de ojos azules,  
ojos de gloria,  
si estabas colorada  
como las rosas,

hoy estás, niña,  
como las azucenas  
descolorida.  
Un besito apostemos  
á que adivino  
por qué tienes el rostro  
descolorido....  
Por mas que calles,  
en este mundo, niña,  
todo se sabe.  
Sales todas las noches  
á tu ventana  
y los hondos suspiros  
que en ella exhalas  
van á la mia  
y me lo cuentan todo,  
todito, niña.  
Tienes enferma el alma  
de mal de amores;  
quieres y no te quieren....  
¡pícaros hombres!  
así son todos:  
á la que quiere mucho  
la quieren poco.  
No me admira el mal pago  
de tus amores,  
que amores de este mundo  
buscan los hombres,  
y en mi concepto  
los tuyos se parecen  
á los del cielo.  
¡Quién espera en amores  
hallar la dicha  
cuando llora por ellos  
la pobre niña,  
la niña hermosa,  
*la de ojitos azules,  
ojos de gloria!*



## III.

Te he visto en la Almodena  
muchas mañanas  
á los piés de la Virgen  
arrodillada.  
¿Porqué escondías  
la cara con el velo  
de tu mantilla?  
Niña, se me figura....  
¡Dios me perdone!  
que mezclabas con llanto  
tus oraciones.  
¿Qué le pedías  
á la santa patrona  
de Madrid, niña?  
¿Le pedías venganza  
de aquel ingrato  
que su amor te rehusa,  
que un día acaso  
ante la santa  
patrona de la villa  
fe te juraba?  
Pero tus dulces ojos  
bien claro dicen  
que es amor, no venganza,  
lo que tú pides.  
Quien tu amor siente,  
en lugar de vengarse  
perdona y muere.  
¡Ay Dios, quién fuera dueño  
de tu amor, niña,  
como aquel que te puso  
deshcolorida,  
que de desdeña,  
que ha trocado las rosas  
en azucenas!  
Porque tienes el alma  
que yo ambiciono

y el amor de los cielos  
miro en tus ojos,  
pues, niña hermosa,  
*tienes ojos azules,*  
*ojos de gloria.*

## IV.

Silencio!.... Las campanas  
tocan á muerto!  
¿Si habrá muerto la niña  
de ojos de cielo?  
Sin duda es ella,  
que no la he visto há dias  
en la Almodena,  
que no se oyen suspiros  
en su ventana,  
que están mustias las flores  
que ella regaba,  
que su cabello  
adornaba con tristes  
rosas de muerto!....  
Yo la hubiera querido  
con almá pura,  
como quieren las almas  
como la suya,  
pero esa niña  
me dijo: «— Un amor basta  
para una vida.»  
Vengan sus desamores  
otras mujeres;  
pero... ¡bendita aquella  
que amando muere,  
por mas que el mundo  
siembre ironía y burias  
en su sepulcro!  
Mas allá del martirio  
se encuentra un cielo  
donde los nobles mártires

tienen asiento,  
donde halla siempre  
amor de los amores  
quien de amor muere.  
Y en él está la niña  
desventurada  
que lloró en la Almudena  
muchas mañanas,  
la niña hermosa,  
*la de ojitos azules,  
ojos de gloria.*

7.

LA NIÑA DE OJOS NEGROS.

I.

— «Niña de catorce abriles,  
hermosa como el lucero,  
graciosa como las gracias,  
pura como el ángel bello  
que baja todas las noches  
á velar tu dulce sueño,  
escúchame, no desoigas,  
mis amorosos consejos  
por correr tras las pintadas  
mariposas del otero,  
que si mis consejos oyes  
y nunca te apartas de ellos,  
nunca en tí los desengaños  
derramarán su veneno.  
Tu amor es tu dulce madre,  
tus esperanzas, el cielo,  
tu anhelo, las mariposas,  
tu mundo, el nativo pueblo;  
mas... ¡pronto de otros amores

sentirás vago desco,  
y pronto otras esperanzas  
se albergarán en tu pecho,  
y pronto á agitar tu alma  
vendrá diferente anhelo,  
y pronto por otro mundo  
vagará tu pensamiento!  
Pues bien: cuando esperimenes,  
niña, ese cambio funesto,  
no des á la confianza  
libre morada en tu pecho,  
*no te fies de los hombres  
aunque digan bien te quiero.»*

II.

Tal consejo dió su madre  
á una niña de ojos negros,  
y la niña prometió  
no olvidar aquel consejo.  
Meses y meses pasaron  
y aun años pasando fueron,  
y lo que su madre dijo  
iba la niña sintiendo.  
Soñaba todas las noches,  
y en sus agitados sueños  
á veces la oyó su madre  
nombrar á un gentil mancebo  
con quien la niña en el soto  
buscó nidos otro tiempo.  
— Hija del alma, la dijo,  
sueñas, y el soñar no es bueno.  
Cuidado no bebas agua  
cuando te vayas al lecho,  
ni duermas ninguna noche  
con la mano sobre el seno.  
— No importa, madre, que sueñe,  
que son muy dulces mis sueños,  
contestó la hermosa niña

dando un suspiro muy tierno,  
y siguió todas las noches  
al acostarse bebiendo,  
y quedándose dormida  
con la mano sobre el pecho,  
y tornó á decirle entonces  
su madre con mas empeño:  
— *No te fies de los hombres  
aunque digan bien te quiero.*

III.

Junto a una cruz del Calvari  
que hay orillita del pueblo  
encontró un mancebo un dia  
á la niña de ojos negros  
y en cuanto la vió la dijo:  
— «Morena, por tí me muero!»  
La niña que aquella noche  
soñara con el mancebo,  
mostró el enojo en los labios  
y en los ojos el contento;  
mas como el galan siguiera  
en sus amantes requiebros,  
con juramentos de amores  
respondió á sus juramentos,  
pues no hay doncella cristiana  
que diciéndola un mancebo:  
«Por esta cruz te lo juro»  
no le responda: — «Te creo»  
como la doncella tenga  
vírgen de amores el pecho,  
como haya venido al mundo  
bajo este bendito cielo,  
como al mancebo haya visto  
por el cristal de sus sueños  
que es de todos los cristales  
el cristal mas embustero.  
Ved de qué sirvió á la niña,

á la niña de ojos negros,  
que su madre á todas horas  
le estuviera repitiendo:  
— *No te fies de los hombres  
aunque digan bien te quiero!*

IV.

Una noche de verano,  
de esas noches que tenemos  
en esta tierra llorada  
por romanos y agarenos,  
en esta tierra bendita  
por los ángeles del cielo,  
una de esas bellas noches  
fué la niña de ojos negros  
á respirar el ambiente  
de las dehesas y los huertos  
junto á una cruz del calvario  
que hay orillita del pueblo;  
mas junto á la cruz bendita  
paróse y al mismo tiempo,  
«Por esta cruz te lo juro»  
oyó decir á un mancebo,  
á quien respondió en seguida  
una doncella: «Te creo.»  
Al oír estas palabras  
cayó desmayada al suelo  
y al recobrar el sentido.....  
halló el calvario desierto  
y cantaban la alborada  
los pajaritos parleros.  
Entónces, con lento paso,  
con el corazon deshecho,  
con lágrimas en los ojos,  
tomó el camino del pueblo  
murmurando: — Madre mia,  
bien me dijiste diciendo:



«No te fies de los hombres  
aunque digan bien te quiero!»

## V.

La que compró desengaños  
en los amores primeros,  
en los amores segundos  
desengaños va vendiendo.  
Pues decís á una morena  
«morena, por tí me muero»  
y al mismo tiempo á una blanca  
le decís ni mas ni ménos,  
si os engañan las doncellas,  
tened paciencia, mancebos,  
que aquellos que á hierro matan  
justo es que mueran á hierro.  
Si por esta ley juzgamos  
á la niña de ojos negros,  
porque engaña á dos galanes,  
poca pena la impondremos.  
La niña de ojos azules  
venga el desamor muriendo,  
que es su alma como sus ojos,  
como sus ojos de cielo;  
la de ojos negros le venga  
hiriendo como la hirieron,  
que es su alma como sus ojos,  
como sus ojos de fuego.  
A dos calles diferentes  
tiene rejas su aposento  
y si á Juan engaña en unas,  
en otras engaña á Pedro,  
y si á Pedro miente mucho,  
no miente á Juan mucho ménos,  
pues es bien se rijan *ellas*  
por la ley que hicieron *ellos*,  
que ellos fueron, no su madre,  
los que á la niña dijeron:

— No te fies de los hombres  
aunque digan bien te quiero.

## S.

## A LA ORILLA DEL ARROYO.

## I.

Una mañana de mayo,  
una mañana muy fresca,  
entréme por estos valles,  
entréme por estas vegas.  
Cantaban los pajaritos,  
olían las azucenas,  
eran azules los cielos  
y claras las fuentes eran.  
Junto á un arroyo mas claro  
que un espejo de Venecia,  
hallara una pastorcica,  
una pastorcica bella.  
Azules eran sus ojos,  
dorada su cabellera,  
sus mejillas como rosas,  
sus dientes como perlas.  
Quince años no mas tendria  
y daba placer el verla  
*levándose las sus manos,*  
*peinándose las sus trenzas.*

## II.

— Pastorcica de mis ojos,  
admirado la dijera,  
Dios te guarde por hermosa,  
bien te lavas, bien te peinas.  
Aquí te traigo estas flores  
cogidas en la pradera:

sin ellas estás hermosa,  
y estaráslo mas con ellas.  
— No me placen, mancebico,  
respondióme la doncella,  
no me placen, que me bastan  
las flores que Dios me diera.  
— ¿Quién te dice que las tienes?  
¿Quién te dice que eres bella?  
— Me lo dicen los zagales  
y las fuentes de estas vegas. —  
Así habló la pastorcica  
entre enojada y risueña,  
*lavándose las sus manos,*  
*peinándose las sus trenzas.*

III.

— Si no te placen las flores  
vente conmigo siquiera,  
y allá, bajo las encinas,  
sentadicos en la yerba  
contaréte muchos cuentos,  
contaréte cosas buenas.  
— Pues eso ménos me place  
porque el cura de la aldea  
no quiere que con mancebos  
vayan al campo doncellas. —  
Tal dijo la pastorcica  
y no pude convencerla  
con estas y otras razones,  
con estas y otras promesas.  
Partíme desconsolado  
y prorumpiendo en querellas  
lloré por la pastorcica  
que sin darme otra respuesta  
siguió á orilla del arroyo  
entre enojada y contenta  
*lavándose las sus manos,*  
*peinándose las sus trenzas.*

IV.

Fuíme por aquellos valles,  
fuíme por aquellas vegas;  
mas... mi corazon estaba  
muriéndose de tristeza,  
que odiosas me eran las flores  
y odiosas las fuentes me eran.  
Torné junto el arroyuelo  
donde á la doncella viera...  
El arroyo encontré al punto,  
mas no encontré la doncella.  
Pasaron dias y dias  
y hasta semanas enteras  
y yo no paso ninguna  
sin que al arroyo no vuelva;  
pero ay, que la pastorcica  
mis ojos allí no encuentran  
*lavándose las sus manos*  
*peinándose las sus trenzas.*

V.

AMOR SIN ESPERANZA.

I.

Calle arriba, calle abajo,  
las doce y sereno cantan  
los serenos de la calle,  
de la calle de la Palma,  
y el barrio de Maravillas  
cuando los serenos callan  
vuelve á quedar en silencio  
cual si nadie le habitara.  
¡Ay qué fria está la noche!  
¡Ay qué terrible es la escarcha!  
¡Ay cómo soplan los cierzos,

los cierzos del Guadarrama!  
Y sin embargo un mancebo  
asoma por la empinada  
calle de santa Lucía  
y al compas de su guitarra  
en la esquina de la calle,  
de la calle de la Palma,  
así lamenta la muerte  
de sus dulces esperanzas:

«Morena resalada,  
flor de las flores,  
rosal de los rosales,  
sol de los soles,  
deja que un triste  
al pié de tus balcones  
por tí suspire!

Ya que mis esperanzas  
has marchitado,  
ya que no han de ceñirte  
nunca mis brazos,  
deja que llore  
y llorando, mi pecho  
se desahogue.

San Isidro bendito,  
nunca llegaras,  
pues en tu romería  
vi á la tirana  
de cuyos labios  
tras la esperanza brotan  
'os desengaños.

¡Ay! al pasar el rio  
le dieron darme  
sepultura las ondas  
del Manzanares,  
pues el desvío  
la muerte mas penosa  
que no los rios!

Fueron mis esperanzas  
sueños falaces,  
relámpago que brilla  
solo-un instante,  
*flores de almendro*  
*que nacieron temprano,*  
*se helaron presto!*

II.

Dicen que muchas chicas  
hay en el barrio  
mas lindas que las rosas  
de abril y mayo;  
pero yo digo  
que ninguna tan linda  
como tú he visto.

«Así, niña, no estrañes  
si día y noche  
vengo á llorar debajo  
de tus balcones,  
si á llorar vengo  
mi perdida esperanza  
de ser tu dueño.

«Niña, te dije un día,  
como me quieras,  
vivirás á mi lado  
como una reina,  
pues sabe, niña,  
que ni á Isabel Segunda  
tendrás envidia.

«Y aunque en una bohardilla  
juntos vivamos,  
nuestros dulces amores  
la harán palacio,  
pues segun dicen,  
los que se quieren mucho  
son muy felices.»

Así te dije, niña.  
¡Quién me dijera  
que aquellas esperanzas  
hermosas eran  
flores de almendro  
que nacieron temprano,  
se helaron presto!

III.

«Tengo diez y seis años!  
¡Ay qué desdicha,  
tan pronto la esperanza  
llorar perdida,  
soñar un cielo  
y al despertar, hallarse  
con un infierno!

Si bajo tus balcones  
lloro mis penas,  
no busco ya tus ojos  
tras las vidrieras,  
pues ya no espero  
que te asomes á verme  
como otro tiempo.

Meses y meses hace  
que vengo á verte  
y hace que no te veo  
meses y meses,  
lo cual es prueba  
de que de mi amor fino  
ya no te acuerdas!

¡Cómo soplan los cierzos  
del Guadarrama!  
La sangre se me hiela,  
la voz me falta...  
permita el cielo  
que desde aquí me lleven  
al cementerio!

Que es la vida del hombre  
pesada carga  
si para el hombre han sido  
las esperanzas  
flores de almendro  
que nacieron temprano,  
se helaron presto.»

Calló el mancebo, y la calle  
quedó muda y solitaria  
y siguió soplando el cierzo  
y aumentándose la escarcha.  
Poco despues los serenos  
sobre las losas heladas  
vieron un cuerpo sin vida  
al lado de una guitarra.  
¡Ay! era un pobre mancebo  
á quien dió muerte temprana  
mas que el frio de la noche,  
un amor sin esperanza!

10.

BIENAVENTURADOS LOS QUE CREEN.

Aunque viva engañado  
poco me importa  
que tambien el engaño  
tiene su gloria.

I.

«Duerme, niño del alma,  
no tengas miedo  
por mas que el viento silbe  
y ahullen los perros;  
duerme, que al niño  
mientras duerme le guardan  
los angelitos.» —

Así cantó una noche  
mi dulce madre  
procurando dormirme  
con sus cantares,  
y fui quedando  
poco á poco dormido  
con aquel canto.

Hasta que empezó á verse  
la luz del día  
dicen que el viento estuvo  
silba que silba,  
y aun aseguran  
que estuvieron los perros  
ahulla que ahulla.

Mas yo pasé en un sueño  
toda la noche  
junto á mi cuna oyendo  
dulces canciones,  
junto á mí viendo  
un ángel que velaba  
mi dulce sueño.

Y desde aquella noche  
durmió tranquilo  
bajo el ala del ángel  
el pobre niño.  
¡Santa creencia!  
La madre que la infunde  
¡bendita sea!

II.

«Tal vez encuentres, hijo  
de mis entrañas,  
mas espinas que flores  
en tu jornada;  
pero, hijo mio,  
piensa que están las palmas  
tras el martirio.» —

Así me dijo un día  
mi dulce madre  
convertidos sus ojos  
en dos raudales,  
así me dijo  
cuando dejé la tierra  
por que suspiro!  
¡Ay mis montañas verdes!

¡ay mis cantares!  
¡ay mi casita blanca!  
¡ay mis nogales!  
¡ay mis castaños  
en donde yo jugaba  
con mis hermanos! —  
Hallo tantas espinas  
en mi jornada,  
que el corazón me duele,  
me duele el alma!  
Si alguien lo duda,  
en mi frente está escrito  
con una arruga!

Mas si Dios me da penas,  
yo las bendigo  
porque crecen las palmas  
tras el martirio...  
¡Santa creencia!  
La madre que la infunde,  
¡bendita sea!

III.

«Si el amor, hijo mio,  
llama á tu pecho,  
no olvides que su origen  
está en los cielos,  
y ten presente  
que la mujer es débil  
y el hombre es fuerte.» —

Así me escribió un día  
mi dulce madre...  
Coronada de gloria  
por ello se halle,  
que desde entónces  
por el amor del ángel  
troqué el del hombre!

En el amor contemplo  
la pura esencia  
de lo santo y lo bueno  
que hay en la tierra,  
y el amor pago  
con lo que hay en la tierra  
de bueno y santo.

La mujer á mis ojos  
es débil planta  
de eternos huracanes  
amenazada,  
y así procuro  
su generoso apoyo  
ser en el mundo.

Esta dulce creencia  
me proporciona  
mil goces inefables  
que el vulgo ignora...  
¡Santa creencia!  
La madre que la infunde  
¡bendita sea!

IV.

«No llores, hijo mio,  
cuando yo espire,  
que si mueren los cuerpos,  
las almas viven,  
y al fin y al cabo  
la pérdida es un poco  
de polvo vano.» —

Así me escribió un día  
mi dulce madre  
de su existencia el término  
viendo acercarse...  
Mi madre es muerta,  
pero yo á todas horas  
hablo con ella.

Exhalan cada día  
su último aliento  
seres por quienes late  
mi amante pecho,  
mas no me importa,  
que les hablo y me escuchan  
á todas horas.

Cuando un ramo de flores  
pongo en su tumba,  
ó su nombre definiendo  
de la impostura,  
un tierno voto  
de gratitud me envían  
llenos de gozo.

¡Santa creencia! Nunca  
de mí se aparte,  
que á los seres amados  
hace inmortales.  
¡Santa creencia!  
La madre que la infunde  
¡bendita sea!



## 11.

## A OSCURAS.

## I.

Cri, cri, cri, cantan los grillos,  
rra, rra, rra, cantan las ranas,  
qui-qui-ríqui, canta el gallo;  
mas, ¿qué dicen cuando cantan?  
Dicen: «Bien haya la noche,  
porque goza uno á sus anchas  
sin que importunos le estorben,  
ni zumbones le den vaya!»  
Así digo yo, morena,  
cuando á mi ladito te hallas,  
que la luz de los candiles,  
ni la luz de la mañana  
donde tus ojos están  
no hacen maldita la falta:  
*pues para alumbrarme á mí  
la luz de tus ojos basta.*

## II.

Estate bajo esas nubes,  
éstate, luna, y no salgas,  
que me encuentro bien á oscuras  
con mi morena del alma.  
Como estoy ciego de amores,  
la luz no me sirve nada,  
como estoy ciego, no veo,  
pero el que está ciego, palpa.  
Estate bajo esas nubes,  
éstate, luna, y no salgas,  
que quiero descolorida  
á mi morena del alma,  
que en cuanto salgas tú, luna,  
se me pondrá colorada,

*que para alumbrarme á mí  
la luz de sus ojos basta.*

## III.

¡Cuánto te quiero, morena!  
¡Qué bien, qué bien se descansa  
á oscuras sobre tu seno,  
á oscuras sobre tu falda!  
¡Qué buena vida en el Polo  
con una buena muchacha,  
porque allí medio año es noche  
y el otro medio allá se anda!  
Vámonos, morena, al Polo;...  
pero no, buena es España,  
que allí las chicas son hielo  
y aquí las chicas son ascuas,  
aquí las chicas son pólvora,  
aquí las chicas son llama  
*y para alumbrarle á uno  
la luz de sus ojos basta.*

## IV.

Morenita de mis ojos  
ya empieza á alumbrar el alba,  
ya cantan las avecillas  
en esta fresca enramada,  
ya el sacristan de la aldea  
tan-tan, toca las campanas...  
Alba, apaga tus antorchas,  
aves, dejad las tonadas,  
sacristan, toca la queda  
si de la torre no bajas...  
Pero ay, morena, que siguen  
alumbrar que alumbrar el alba,  
canta que canta las aves  
y tan-tan-tan las campanas!  
Antes que el sol nos ofenda  
vámonos, morena, á casa



y para alargar la noche  
cerraremos la ventana,  
que si no se ve, no importa,  
que si no se ve, se palpa,  
*que para alumbrarme á mí  
la luz de tus ojos basta.*

## 12.

## EL ADOLESCENTE.

## I.

Quince años cumplidos tiene  
y no sé como llamarle,  
no sé si infante ó mancebo,  
no sé si mortal ó ángel,  
pues las pasiones del hombre  
comienzan á dominarle  
y aun su corazón perfuma  
la inocencia del infante.  
Mirad con cuánta ternura  
da un dulce beso á su madre,  
y mirad cómo sus ojos  
buscan, tímidos y amantes,  
al mismo tiempo á esa virgen  
que asoma entre los rosales.  
No sabe lo que ambiciona,  
mas la ambición le combate,  
no sabe lo que desea,  
mas que algo desea sabe...  
*¡Ay si pudiera volar  
como las águilas reales!*

## II.

Allá abajo en la arboleda  
discurre un inquieto enjambre

de niños que en los dos lustros  
acaso ninguno raye.  
Allí hay fuentes cristalinas,  
allí hay flores odorantes,  
allí hay pájaros cantores,  
allí hay toldos de ramaje  
y desde allí se ve el sol  
en occidente ocultarse;  
pero los niños enturbian  
los cristalinos raudales,  
no hacen caso de las flores  
que huella su planta errante,  
mandan á los pajaritos  
con la música á otra parte  
y dejan que el sol se esconda  
sin detenerse á mirarle.  
Pero el bello adolescente  
se despide de su madre  
y vaga por la arboleda  
con languidez inefable.  
Fuentes, flores, pajaritos,  
ramas, sol, todo le place,  
todo lo contempla, todo  
tiene para él un lenguaje  
que no comprende y le encanta,  
que le anima y que le abate,  
que le hace ansiar otro mundo  
y bendecir este le hace.  
Ved aquí la diferencia  
que separa á ambas edades:  
alma pequeña, la infancia,  
la adolescencia, alma grande,  
la una, sin aspiraciones  
indefinibles, constantes,  
la otra, quisiera volar  
*como las águilas reales.*



## III.

Mas ¿qué siente ese mancebo  
de la infancia al separarse?  
¿Qué ambiciona? ¿qué desea?  
¡Ni él mismo acaso lo sabe!  
El círculo de montañas  
en que está encerrado el valle  
parece al adolescente  
el recinto de una cárcel.  
Ese recinto es estrecho,  
quiere mas campo, mas aire,  
mas cielo, mas horizonte,  
medita empresas muy grandes  
y en espacio tan mezquino  
esas empresas no caben.  
Preguntadle qué es amor  
y os dirá que no lo sabe,  
preguntadle á qué mujer  
preferencia debe darse,  
si á la mujer de ojos garzos  
ó á la de ojos de azabache,  
si á la de tez de azucena  
ó á la morena inflamable,  
si á la que raye en los quince  
ó á la que en los treinta raye,  
si á la vírgen sin mancilla  
ó á la meretriz infame;  
preguntádselo y tambien  
os dirá que no lo sabe.  
Lo que os dirá solamente  
es que desea espaciarse,  
*es que desea volar*  
*como las águilas reales.*

## IV.

Lo que sabe ese mancebo  
es que un deseo constante,  
vago, misterioso, intenso,

voluptuoso, inesplicable,  
se ha apoderado de su alma  
y sin tregua la combate;  
lo que sabe ese mancebo  
es que los hombres no nacen  
para atravesar el mundo  
sin impelerle adelante,  
para no dejar su huella  
impresa en ninguna parte,  
para tornar á la nada  
sin ser llorado por nadie;  
lo que sabe ese mancebo  
es que Dios no ha dado en balde  
el corazon á los hombres;  
lo que ese mancebo sabe  
es que necesita un ser  
hermoso, que le idolatre  
como Isabel á Marcilla,  
como no idolatra nadie;  
lo que sabe ese mancebo  
que al dar un beso á su madre  
clava la vista en la vírgen  
que asoma entre los rosales,  
es que en un círculo estrecho  
le falte luz, le falta aire,  
*es que desea volar*  
*como las águilas reales.*

## 13.

## LA PEREJILERA.

Al salir el sol dorado  
esta mañana te vi  
cogiendo, niña, en tu huerto  
matitas de perejil.



Para verte mas de cerca  
en el huerto me metí  
y sabrás que eché de ménos  
mi corazon al salir.  
Tú debistes encontrarle,  
que en el huerto le perdí.  
*Dámele, perejilera,  
que te le vengo á pedir.*

## 14.

## LA AUSENCIA.

## I.

Cuando voy por estos valles,  
cuando voy por estas vegas  
acude el llanto á mis ojos  
y á mi pecho la tristeza,  
porque recuerdo que un día,  
de placer el alma llena,  
soñámos dichas celestes  
juntos en estas praderas.  
?Dónde estás, paloma mía,  
que solitario me dejas  
vagar por aquí en las dulces  
mañanas de primavera?  
Las mañanitas de mayo  
son, alma mía, muy bellas  
si el amor las acompaña,  
y muy tristes si las deja,  
pues cuando es azul el cielo,  
cuando hay lirios y azucenas,  
cuando los pájaros cantan,  
cuando el sol brilla y no quema,  
y cuando de hojas y flores  
se visten las arboledas,

el amor para las almas  
es necesidad suprema.  
¿Y consientes que mis ojos  
sigan llorando tu ausencia?  
Ojos que te vieron ir  
por esos mares afuera  
*¡cuándo te verán volver  
para alivio de mis penas!*

## II.

Torna á estos valles tranquilos  
y alegre con tu presencia  
mi corazon que se muere,  
que se muere de tristeza!  
y si no fueron mentidas  
tus amorosas promesas,  
si fué el corazon, no el labio,  
el que en estas arboledas  
me juró cien y cien veces  
amor y constancia eterna,  
aquí encontrarás la gloria  
mas cumplida de la tierra.  
Si un corazon necesitas  
que tu corazon comprenda,  
si necesitas una alma  
de esas que su gloria encuentran  
en la adoracion ardiente  
de todo cuanto se eleva  
por generoso y por bello  
sobre la vulgar miseria,  
ese corazon y esa alma  
en estos valles te esperan  
Cansados están mis ojos  
de llorar tu larga ausencia.  
Ojos que te vieron ir  
por esos mares afuera,  
*¡cuándo te verán volver  
para alivio de mis penas!*



## 15.

## LA SERRANA.

## I.

Allá abajo en el valle  
tengo una choza:  
manzanitos floridos  
le dan su sombra,  
y entre las ramas  
cantan allí las aves  
por la mañana.

Al lado de mi choza  
mana una fuente,  
una fuente fresquit  
como la nieve,  
y á mi ventana  
trepan enredaderas  
y pasionarias.

Solo falta á mi choza  
y el alma busca  
una cara de cielo  
como la tuya.  
*Serrana hermosa,  
deja tu serranía,  
vente á mi choza.*

## II.

Esos ojos del cielo  
dicen, serrana,  
que el amor es la gloria  
que mas te agrada.  
Sígueme al valle,  
que amor de los amores  
allí he de darte.

Verás qué envidia tienen  
tus compañeras

cuando al bajar á misa  
tu dicha vean,  
verás qué ingratas  
parecen estas sierras  
á las serranas.

Como que tu mereces  
un paraíso,  
paraíso es la choza  
con que te brindo.  
*Serrana hermosa,  
deja tu serranía,  
vente á mi choza.*

## 16.

## LA ROSA ENTRE LAS ROSAS.

## I.

Muy temprano vienes, niña,  
por estos jardines bellos,  
por esta oscura arboleda,  
por estos lindos paseos!  
Llevas rosas en la falda,  
llevas rosas en el pecho...  
¡Pobre de la hermosa niña  
si la ven los jardineros!  
Las rosas de estos rosales  
no robes, niña, á su dueño,  
pues en tus mejillas tienes  
rosas de color mas bello,  
de mas virginal pureza,  
de mas vida, de mas precio,  
ni dejes tan de mañana  
la blandura de tu lecho,  
la custodia de tu madre,



la dulce paz de tu sueño,  
pues aunque en estos jardines  
es el ambiente muy fresco,  
cantan muy dulces las aves,  
son claros los arroyuelos,  
es toda perfume el aura  
y es todo flores el suelo,  
pudieran equivocarte  
con las rosas los mancebos  
y alguno de ellos cogerte  
y deshojarte en su seno,  
*porque las niñas son flores  
que hasta las deshoja el viento.*

## II.

Pero si las bellas rosas  
no son el único objeto  
por quien dejas tan temprano  
la blandura de tu lecho,  
la custodia de tu madre,  
la dulce paz de tu sueño;  
si buscas tan de mañana  
á algun genti<sup>l</sup> jardinero  
que te regala las rosas  
con que adornada te veo,  
no le busques tan temprano  
en estos jardines bellos,  
en esta oscura arboleda,  
en estos lindos paseos,  
que eres una fresca rosa  
de los jardines del cielo  
y á los jardineros gustan  
rosas del jardin ajeno.  
Eres débil como niña  
y él fuerte como mancebo;  
¿quién sucumbirá en la lucha,  
la niña ó el jardinero?  
y si en la lucha sucumbes,

dí ¿qué será de tí luego,  
y qué de la dulce madre  
que al coronarte de besos  
te llama su luz, su gloria,  
su vida, su Dios, su cielo?  
¡Oh niña, torna á su lado,  
torna al abrigo materno,  
*porque las niñas son flores  
que hasta las deshoja el viento!*

## 17.

## A INARCO CELENIO.

## I.

Ay, buen Inarco,  
la necedad  
es muy difícil  
de esterminar,  
pues como planta  
nociva, va  
reproduciéndose  
que es por demas!  
En todas partes  
el necio da  
tormento al pobre  
hijo de Adan  
que hombres sensatos  
desea hallar.  
Ah! si volvieras  
tú por acá  
creo te habias  
de horripilar  
viendo tan rara  
fecundidad.  
Yo soy un mozo



de un natural  
dulce y pacífico  
como el que mas  
y tanto, tanto  
que de causar  
daño á una mosca  
soy incapaz.

Cuando dos riñen  
con terquedad  
y me preguntan  
cuál de ellos va  
errado, siempre  
digo imparcial  
que los que riñen  
errados van.

De aquí se infiere  
que en censurar  
faltas ajenas  
no hallo solaz.

¡Acaso, acaso  
tendré yo mas  
que una pelota  
jugada mal!

Pero contiene  
la sociedad  
en que vivimos  
cáfila tal  
de mentecatos  
que fuera ya  
cabronería  
ver y callar.

## II.

Sin ir mas léjos  
tres dias ha  
hallé en la calle  
de Fuencarral  
un vil retoño

del charlatan  
que en aquel sitio  
te hizo rabiarse  
con su maldita  
locuacidad.

Ah! qué modelo  
para copiar  
al presumido,  
y al holgazan  
y al embustero,  
y á tantos mas  
que enumerarlos  
es necesidad,  
porque es el cuento  
de no acabar.

Al verle, es claro,  
como que el tal  
hasta los pelos  
me tiene ya  
con sus embustes  
y su sobar,  
por medio, medio  
de un lodazal

á la otra acera  
me quise echar.  
Si acaso piensas  
que fué eficaz  
este recurso,

piensas muy mal,  
pues aquel bárbaro  
siguió detras  
con tanta, tanta  
celeridad

que todavía  
ignoro cuál  
fuimos mas listo,  
yo en escapar



ó él en asirme  
por el gaban.

## III.

— Ola! me dice.  
¿De cuándo acá  
pasa un amigo  
sin saludar  
á sus amigos?  
¿Cómo te va?  
— Muy bien, contestó...  
muy mal, muy mal!  
añadí viendo  
que sin piedad  
entrambas manos  
me iba á estrujar  
entre las tuyas  
el animal.  
Para contarte  
de pe á pa  
lo que siguió á este  
preliminar  
fuera preciso  
tener tu sal  
y tu «difícil  
facilidad»  
que en vano trato  
yo de imitar;  
pero tú, Inarco,  
comprenderás  
cuántos tormentos  
me hizo pasar  
aquel ministro  
de Satanas,  
si te aseguro  
que en mi lugar  
tú, prototipo  
de la bondad,

mano á la pluma  
no echarás ya  
para burlarte  
del lenguaraz,  
que la echarias  
sin duda al tal  
para dejarle  
sin pasapan.

## IV.

No te cansaste  
de predicar  
allá á principios  
del siglo actual  
contra los necios,  
y á la verdad  
son en el día  
los necios mas.  
Heme en el caso  
de recordar  
lo que del negro  
dice el refran!  
Si las palabras  
están de mas,  
hablen las obras  
en su lugar:  
será preciso  
que cada cual  
tome una estaca  
y... zas, zis, zas,  
rompa la crisma  
del haragan  
que su paciencia  
quiera apurar.

18.

LA ROMERIA.

I.

— Muy temprano, muy temprano  
te levantas hoy, María;  
muy tempranito te peinas,  
muy tempranito te aliñas!  
¿A dónde vas, niña, á dónde?  
— Voy, madre, á la romería,  
que el tamboril desde el alba  
resuena en Santa Marina.  
— Cuida, niña, de tu honra  
y de tu corazon cuida,  
que en esas fiestas esponen  
honra y corazon las niñas.  
— No temais, señora madre,  
que Juan ayer me decia:  
«Ay, niña, ¡cuánto te quiero!  
ay ¡cuánto te quiero, niña!»  
y como me quiere tanto  
y es tanta su valentía,  
mi corazon y mi honra  
defenderá si peligran.  
— Niña, niña, la inocencia  
en tu corazon habita,  
y mis amantes temores  
en esa inocencia estriban.  
¡Ay de la niña que pierde  
liviana ó inadvertida  
honra y corazon, mas caros  
que el oro y la plata fina!  
— Adios, madre, hasta la noche,  
que el tamboril muy aprisa  
*tan-taran-tan-tan, resuena,  
resuena en la romeria.*

II.

Por la estrada de Mendieta  
baja á la fiesta la niña.  
¡Ay Dios qué ligera baja!  
¡Ay Dios qué linda, qué linda!  
No saltan de roble en roble  
mas ligeras las ardillas  
que salta de llosa en llosa  
los altos setos María.  
Su pié, tan leve que apénas  
dobla la yerba que pisa,  
zapatito fino calza  
y calza azul media fina.  
Blanco es su vestido, blanco  
como su seno, y prendida  
en la sien lleva una rosa  
del color de su mejilla  
y en dos trenzas cuyos lazos  
la inocencia simbolizan,  
su cabellera, tan negra  
como sus ojos, se agita.  
Desiertos quedan los campos,  
desiertas las caserías  
que entre los robles blanquean  
en las montañas vecinas;  
que alegres mozos y viejos  
bajan al valle en cuadrilla.  
Los mozos bajan al baile,  
los viejos bajan á misa,  
pues el tamboril, en tanto  
que las campanas repican,  
*tan-taran-tan-tan, resuena,  
resuena en la romeria.*

III.

Ribera del manso rio  
hay un campo que á porfía  
altos nogales sombrean



y olientes flores tapizan.  
Las brisas del Océano  
que á lo léjos se divisa  
llegan hasta allí y la atmósfera  
refrescan y purifican.  
En el centro de ese campo  
rompe la bóveda umbría  
de entrelazado follaje  
la espadaña de una ermita.  
En ese campo, morada  
de soledad otros dias,  
hoy tiene el placer su imperio,  
su centro tiene hoy la vida,  
pues tamboril y campanas  
llaman á la romería,  
y á tan alegre concierto  
todas las penas se olvidan.  
Allí confundidas yacen  
edades y jerarquías  
y ante la ley del contento  
las almas se identifican.  
Id allí, ciegos apóstoles  
de fatalistas doctrinas:  
la felicidad no es sueño  
ni la libertad mentira,  
que ambas se gozan al son  
del tamboril que hoy aprisa  
*tan-taran-tan-tan, resuena,  
resuena en la romería.*

## IV.

El corazon se dilata  
y alborozado palpita  
cuando los ojos contemplan  
ese manantial de dicha.  
Bordan la márgen del rio  
y el ambiente aromatan  
mil canastillos de fruta

que Pomona envidiaria;  
y bajo toldos de ramas  
do quier á la gula incitan  
sabrosísimos manjares  
y deliciosas bebidas.  
A la sombra de los árboles  
comen y beben y brindan  
sobre manteles de flores  
cien venturosas familias,  
y esos campestres banquetes  
alegra la sinfonía  
á cuyo compas los ciegos  
la caridad solicitan.  
¿Veis aquel círculo inmenso  
allá en frente de la ermita,  
que se estrecha ó que se ensancha,  
que ya aplaude ó que ya silba?  
Ya el *villano* le entusiasma,  
ya el *aurresecu* le electriza,  
ya el *fandango* le alborozza,  
ya el *arin-arin* le anima,  
que el tamboril, sin intervalo  
y cada vez mas aprisa,  
*tan-taran-tan-tan, resuena,  
resuena en la romería.*

## V.

El sol escondió su disco  
entre nubes purpurinas  
tras las montañas que el valle  
por occidente limitan,  
y poco á poco el murmullo,  
y el movimiento, y la vida  
se debilitan y mueren  
en derredor de la ermita.  
Mas la vida que allí falta,  
por valles y por colinas,  
por llosas y castañares,



y por estradas sombrías  
con doble vigor se estiende  
en direcciones distintas.  
Oid, oid los cantares  
y los gritos de alegría  
con que atruenan los romeros  
las selvas circunvecinas.  
Por la estrada de Mendieta,  
torna á su casa una niña,  
y como es medrosa, lleva  
un galan por compañía.  
Hermosa ha sido la fiesta,  
pero tú no sabes, niña,  
que el néctar tiene sus heces  
y las rosas sus espinas.  
Acaso llores otro año  
cuando el tamboril aprisa  
*tan-taran-tan-tan, resuene,  
resuene en la romería.*

## VI.

«Ay de la niña que pierde  
liviana ó inadvertida  
honra y corazon, mas caros  
que el oro y la plata fina!»  
Así te dijo tu madre  
hoy hace un año, María,  
y por Dios que segun lloras,  
no mintió tu madre, niña!  
Nadie tu llanto recoge,  
que ya para nadie brilla  
una perla en cada lágrima  
de tu apagada pupila.  
Esas doncellas que fueron  
tus compañeras queridas  
felices con su inocencia  
bajan á la romería,  
y tú avergonzada escondes

la frente descolorida  
y ni á decirles te atreves:  
«Adios, compañeras mias!» —  
El tamboril allá abajo  
difunde el gozo y la vida;  
pero su son, los dolores  
de tu corazon aviva,  
que hoy justamente se cumple  
una fatal profecía,  
que hoy hace un año te dije  
presintiendo tu desdicha:  
«Acaso llores otro año  
cuando el tamboril, oh niña,  
*tan-taran-tan-tan, resuene,  
resuene en la romería!*»

## 19.

## LA GORRA DE PELO.

## I.

— Joaquina, dáme una luz,  
porque estoy muerto de sueño.  
Acuéstate tú tambien,  
que es ya muy tarde y deseo  
que mañana te levantes  
temprano á hacerme el almuerzo.  
— Bien, padre, que usted descanse.  
— Es que... Joaquina, no andemos  
con aquí la puse! Acuéstate  
inmediatamente.  
— Bueno,  
ya me acostaré!  
— Joaquina,  
no me urges...  
— Jesus qué empeño!



Ni siquiera puede una  
tomar un rato aquí el fresco.  
— Joaquina, tú andas buscando  
tres piés al gato teniendo  
cuatro.... Mira que me tienes  
muy harto.... mira que tengo  
muy malas pulgas... y mira  
que te voy á dar un tiento  
como te vea otra vez  
hablar con el granadero!  
Quita de ahí, poca vergüenza!  
Pues mire usted que está bueno  
plantificarse á la reja  
en cuanto ve que me acuesto  
para hablar al militroncho!  
¿No te da vergüenza eso?  
Quítate de ahí! Así hacen  
las... de poco mas ó ménos.  
— Sí, sí, predíqueme usted,  
que sacaré lo que el negro...  
— Joaquina, estoy ya cansado  
de decirte que no quiero  
nada con los militronchos,  
que me revientan, que verlos  
y ver al diablo es todo uno....  
— Pues á mí me pide el cuerpo  
gorra de pelo. Caramba,  
mire usted que es mucho cuento!  
No ha de poder tener una  
un mal novio....

— Tenle bueno  
y te casarás ó harás  
lo que te salga del cuerpo.  
— Bueno es el que tengo ahora.  
— Ya te he dicho que no quiero  
militronchos.

— Pues sucede  
con los paisanos lo mismo.

Hace dos años le dije  
á usted que estaba deshecho  
por mí un paisano y usted  
se puso como un infierno.  
— Porque eras entónces una  
mocosa.

— Vaya un pretesto!  
— Tenias catorce años....  
— Otras se casan de ménos.  
— Joaquina, que se me atufan....  
— Pues á mí me pide el cuerpo  
gorra de pelo.

— Joaquina,  
que te doy....  
— Pues yo me muero  
por los de tropa.

— Joaquina,  
que vas á llevar, que pierdo  
la paciencia, que te voy  
á repicar el pandero....  
— *Pues diré al son de los palos  
viva la gorra de pelo!*

## II.

— Gracias á Dios que se fué!  
Qué postemas son los viejos!  
Pues no dice que la tropa  
le revienta!... Yo me muero,  
me hago jalea, me pirro  
por una gorra de pelo  
y unos bigotes de á euarta  
como los que gasta Pedro....  
Pero, señor, ¡cuánto tarda  
ese arrastrado! Me temo  
que se entretenga con otra.  
Voto va, si fuera cierto  
le arrancaba los bigotes  
y le mandaba á paseo.



Pero qué ha de entretenerse  
con otra, cuando está lelo  
por mí.... Chiton, siento pasos....  
Pues, señor, ahí le tenemos,  
Mírale, mírale.... Vaya,  
si es un real mozo....

— Salero,  
estás sola?

— No lo sé.  
— Qué tienes?

— No sé que tengo.  
Arrastrado, vaya un hora  
de venir!

— Calla, lucero,  
que si te enojas, me rompo  
la crisma contra estos hierros.  
Pero, mujer, considera  
que los militares semos  
militares y que el cabo  
manda con vara de fresno.  
Con que dáme acá esa mano.  
— Tómala, arrastrado! Y eso  
que no la mereces.

— Huy,  
me la comería á besos!  
Con que, morena, me quieres?  
— Y te requiero, moreno!  
— Ay, válgame Dios, morena,  
que tilin me estás haciendo!  
Permita el cielo divino  
que te coma un lobo hambriento  
y te vomite en mi cama!  
Permita el divino cielo  
que te vuelvas paja y siempre  
me la echen á mí de pienso!  
— Quién no quiere á un mozo tan  
aquel y tan sandunguero!  
¿Cuándo te dan la licencia,

Perico?

— Mañana mesmo  
y nos casamos mas pronto  
que la vista, si en efecto  
me quieres mucho.

— Ay, Perico,  
y qué desgraciados somos!  
— Y porqué?

— Porque mi padre  
no nos da el consentimiento.  
— Y porque?

— Porque en la tropa  
dice que no hay uno bueno,  
y te tiene tirria y mirria  
y mala voluntad... Viejo  
mas raro no come pan  
en todito el universo.

— Por vida lo que malgasto!  
Y cómo nos compondremos?  
— Tú que eres hombre tendrás  
mas talento para eso  
que no yo que soy mujer.  
— Qué he de tener yo talento!  
— Voy al decir que cabiles....  
— Si me trabuco y me pierdo  
en cuanto cabilo un poco  
y no sé lo que me pesco.  
— Pues mira, á mí se me ocurre  
un buen recurso. En teniendo  
la licencia, que te corte  
los bigotes un barbero,  
te vistes bien de paisano,  
vienes á casa derecho  
y le dices á mi padre  
que te dé el consentimiento  
para casarte conmigo,  
negándole, por supuesto,  
que has sido de tropa, si es



que te lo pregunta.

— Buenç.

— Toma, con el militroncho  
está ya de cuchicheo  
á la reja.... He de romper  
en sus lomos este leño....  
Toma! toma!

— Ay, ay, ay, ay! -

— Toma! ¿Te pide aun el cuerpo  
gorra de pelo?

— Sí.

— Toma!

— *Viva la gorra de pelo!*

### III.

— Joaquina, que son las ocho  
de la mañana... El almuerzo!

— Espérese usted!

— Joaquina,  
que se repite el jaleo  
de anoche!... El almuerzo digo!  
— Deje usted que encienda fuego.  
— Voto á brios Baco balillo!  
Pues qué, ¿aun estamos en eso?  
Si te hubieras levantado  
temprano...

— Tenia sueño.

— No haberte acostado tarde.

— Quería tomar el fresco.

— El fresco! el fresco!... Joaquina,  
el de la gorra de pelo  
te va á costar muchos lapos!

— Aunque me cueste el pellejo  
le he de querer. Con que ya  
lo sabe usted, que no quiero  
quedarme para vestir  
imágenes.

— Habrá ciento  
que te pretendan.

— Pues cuando  
me pretendan hablaremos:  
pero no saliéndome otro,  
lo dicho dicho, no suelto  
el militar aunque me hagan  
mas trizas que pelos tengo  
en la cabeza.

— Pues yo,  
lo dicho dicho, no quiero  
que te cases con soldado.  
— Pues el soldado en teniendo  
la licencia es tan paisano  
como usted.

— El mismo perro  
con distinto collar. Digo  
que no puede ser mi yerno  
el que haya sido soldado  
ó lo sea ó piense serlo...

Abre esa puerta, que llaman.  
— (Ay, válgame Dios! Apuesto  
que es Perico!) Vaya, vaya,  
con que viene usted á vernos?

— Sí, señora. Patron... (Huy!)

— Qué es eso de patron?

— Tengo  
la costumbre de decirlo  
porque...

— Ha sido marinero.

Este jóven es el novio  
que tuve hace mucho tiempo.

— Paisano...

— Es usted soldado?

— No, padre: es paisano nuestro.

Se interrumpe porque el pobre  
es algo corto de genio.

— Vamos y qué tiene usted



que mandarme?

— Caballero...

— En la cruz de los calzones!

— (Qué, si no tengo talento para estas cosas!) Pues yo tenia un poco de afecto á la Joaquina, hará como dos años ó dos y medio...

Vamos al decir, los dos nos queríamos...

— Entiendo.

— Pero, ya se ve, tuvimos que marchar cada mochuelo á su olivo, pues me dijo la Joaquina que era bueno dejar nuestras relaciones porque usted se habia puesto como un toro y no queria que se casara tan presto. Eso sí, lo que es entónces era lo mismo que un huevo la Joaquina; pero ahora es ya moza de provecho, mejorando lo presente.

Con que... ya se ve, yo tengo novias á manta, pero uno siempre conserva el afecto, porque como dijo el otro, lo primero es lo primero.

— (Bendita sea tu boca!

Ni los padres misioneros se esplican con tanto aquel).

— (El mozo es bastante lego, pero con tal de ahuyentar al militroncho, le acepto.)

Conque usted quiere casarse con la Joaquina?

— Eso mesmo.

— Pues ella lo ha de decir, que si ella envida, yo quiero.

— Padre, pues á qué está una con diez y seis años hechos á la cola!

— Pues entónces casáos pronto y laus Deo. (No haga el diablo que á la chica le vuelva á pedir el cuerpo gorra de pelo.)

— (Perico, mira qué dichosos somos!)

— (Pero ay pobres de vosotros si se descubre el enredo!)

— (Si se descubre y me zurran, no tengas pena por eso, *que diré al son de los palos viva la gorra de pelo!*)

## 20.

### A LA LUZ DE LAS ESTRELLAS.

#### I.

— Con que adios, sol de los soles!

— Jesus! tan pronto te vas!

— No me puedo detener, que el alba despunta ya y si nos ven aquí hablando, sabe Dios lo que dirán!

— Pues si te vas, no me olvides.

— Yo no te olvido jamas.

Malhaya amen tu ventana que tan elevada está!

— Si quieres una escalera, en la iglesia la tendrán.



— Iré á pedirla muy pronto.  
— Pues solo así subirás.  
— Adios, sol!  
— Adios, lucero!  
— Adios prenda!  
— Adios galan!

Qué gallardo! qué gallardo!  
Le quisiera contemplar  
mientras atraviesa el raso  
que hay desde aquí al robledal.  
*¡Estrellitas relumbrantes,  
dadme vuestra claridad  
para seguirle los pasos  
á mi amante que se va!*

## II.

Entre los mozos del valle  
no hay ninguno tan galan  
como el que el alma me roba,  
como el que mi esclavo es ya.  
Ojos míos, ojos míos,  
no le dejeis de mirar,  
que los suyos también miran  
de cuando en cuando hácia acá.  
De alegría va cantando.....  
¡Ay qué precioso cantar! —  
— «Aunque no quieran tus padres  
ni el cura ni el sacristan,  
si me cumples la palabra,  
contigo me he de casar.» —  
— Nos casaremos, bien mio,  
y si no me enterrarán!  
Pero ya sale del raso,  
ya se acerca al robledal,  
ya la sombra de los robles  
me le ha empezado á ocultar....  
*¡Estrellitas relumbrantes,  
dadme vuestro aclaridad*

*para seguirle los pasos,  
á mi amante que se va!*

## 21.

## LA MANCHA DE LA MORA.

## I.

— Señora Rita, ¿qué tiene  
su chica de usted? Ay hija,  
parece que le han chupado  
las brujas!

— Señora Isidra,  
no sé qué demontres tiene  
ese chico! Hace ocho días  
que apenas prueba el puchero  
por mas que una le predica.  
— Pues, señora, el que no come  
tiene pena de la vida,  
como dijo el otro. Con que  
no andarse con tonterías.

— Hija, yo no sé qué hacerle.  
¡Jesus! estoy aburrida!  
Y luego dicen qué hijos!  
Crea usted que mas valdría  
que el Señor se los llevara  
de chiquititos. Ay hija,  
si la dan á una mas guerra  
que Napoleon, si la quitan  
la vida....

— Y los de usted, vamos,  
son unas malvas benditas....

— Calle usted por Dios, señora!  
Se conoce que no lidia  
usted con ellos! Perico,  
sobre todo, es de la misma



piel del diablo. Qué tragon  
y qué guerrero! La niña....

— Para guerreros, los míos.

Mire usted, señora Rita,  
esta mañana el Antonio  
disparó una carretilla  
cuando íbamos á almorzar  
y espantada la Minina,  
saltó por cima la mesa  
y me echó el almuerzo encima,  
de manera que me puso,  
ya ve usted, toda perdida  
de lamparones la falda...

— Eso sale en la lejía...

— ¡Ay qué criaturas! Si estudian  
con el enemigo, hija!

Y la ropa que destrozan!

Mire usted, hace ocho días  
saqué de la tienda al Pepe  
pantalón y chaquetilla,  
pues anda, ya va enseñando  
los codos y las rodillas.

Ya se ve, no han de romper  
si no paran, si se tiran  
por los suelos, si parece  
que tienen azogue! Frita  
la tienen á una la sangre,  
no hay un Dios que los resista.

Y luego aquel, como tiene  
tan malas pulgas, se irrita  
y dale que ha de pegarles....

— Ave María purísima!

Pegarles! Pobres criaturas!

— Pues es claro, esa es la mía.  
Todos hemos sido niños  
y hemos hecho niñerías;  
pero volviendo á mi Paco,  
lo que me da peor espina

es que está tan tristejon....

— Mire usted ¡quién lo diría  
cuando ántes alborotaban  
el barrio sus seguidillas,  
cuando se estaba cantando  
todo el santísimo día!

— El pobre pasa la noche  
delira que te delira.

Anoche, sin ir mas léjos,  
fui á su cuarto de puntillas  
para que no despertara;  
toqué su frente y tenía  
un calenturon lo mismo  
que un toro.

— Dios nos asista!

Y está usted con esa calma?

— Qué he de hacer?

— ¡Jesus María!

Llamar al instante un médico,  
que no hay juegos con la vida.

— Si no quiere oír hablar  
de médicos ni botica.

— Oiga usted!... Si estará malo  
de... Dios me perdone, hija,  
pero son el enemigo  
estos muchachos del día:

y luego esas mujeronas  
los llaman y los incitan  
y los engatusan y...

— Calle usted, señora Rita,  
no diga usted disparates!  
Mi chico en toda la vida  
ha pensado en mas mujeres  
que su novia. Si delira  
por ella! Bien es verdad  
que eso y aun mas todavía  
se merece la muchacha,  
que es de lo que no se estila,



mejorando lo presente.

— Y quién es?

— Toma, la chica  
del tío Lila.

— Señora,  
la chica del tío Lila  
habla con el barberillo.  
Lo ménos hace ocho días  
que los veo yo á la reja  
muy metidos en harina.

— Hija, qué me dice usted!

— Lo que usted oye.

— Pues hija,  
ya no hay que darle mas vueltas:  
lo que á mi chico aniquila  
es pasión de ánimo.

— Toma,  
como usted es cristiana.

— Mira  
la holganza, la mocosa,  
la puerca, la presumida  
que pasa emperejilándose  
la mayor parte del día,  
y no sabe dónde tiene  
la mano derecha!... Iba  
con ella aviado mi chico  
como hay Dios!

— Señora Rita,  
¿quiere usted que yo la dé  
una buena medicina  
para su chico?

— Señora,  
no he de querer!

— Que se ria  
de esa trasto, que busque otra  
y verá como la olvida,  
*pues la mancha de la mora  
con otra verde se quita.*

## II.

— Hijos, vamos á comer.

— Esa cuchara es la mia.

— No, que es la mia.

— Embustera!

Dámela...

— Pues que lo diga  
madre.

— Qué es eso? Ya andamos  
de pelea?

— Es que me quita  
Periquito mi cuchara.

— Es que es mia y muy remía.

— Vamos, dejarse de historias:  
en la mesa como en misa.

— Pues que me dé mi cuchara  
la Pepa.

— Dásela, hija,  
que este es lo mas testarudo....  
Estáte quedo en la silla,  
condenado, que parece  
que tiene azogue!

— A Pepita  
le ha echado usted mas garbanzos  
que á mí.

— Pues toma! La envidia  
no te deja á tí engordar!  
Así estás como la espina  
de santa Lucia. Toma,  
que parece que en la vida  
te desayunas!... Paquito,  
come, hijo mio. Principia,  
pues el comer y el rascar  
eso es lo que necesitan.

— Madre, si no tengo ganas,  
si aborrezco la comida....

— Anda, aunque no sea mas  
que un par de cucharaditas.



Si está tan rico el puchero....

Como que tiene morcilla.

— No tengo ganas.

— ¿Qué tienes?

— Nada.

— ¡Qué suerte la mía!

Válgame Dios, estos hijos,

la quitan á una la vida!

Mira, Paco, vamos claros,

no andemos con tonterías:

tú estás así porque habla

con otro la Mariquita.

— Madre, diga usted que sí.

Anoche cuando venia

de jugar de la plazuela,

vi al barberillo de ahí riba

hablando por la ventana

con la hija del tío Lila,

y porque le digo: «Hablando

con otro la Mariquita!

Yo se le diré á mi hermano!»

va el barberillo y me arrima

una puntera....

— Los niños

deben callar la boquita

cuando hablan los grandes. Eh

á jugar á la bohardilla.

— Déjeme usted rebañar

el puchero! Yo queria

lo pegado.

— Tómalo!

No sé dónde tienes tripa...

Qué condenacion de chico!

Largo de aquí con la niña.

Con que, Paquito, ¿acerté

porqué es tu melancolía?

— Sí señora, por eso es.

Pues la mejor medicina

para tu mal, es que olvides  
á esa veleta.

— En la vida  
la podré olvidar! Ay madre,  
estoy que me tiraria  
al canal si no mirara  
que ustedes lo pasarian  
muy mal faltándoles yo.

— El señor no lo permita!

¡Ay hijo de mis entrañas!

Faltándoles tú, ¿qué harian

tu madre y tus hermanitos

que no tienen, desde el dia

que Dios se llevó á tu padre,

otro amparo en esta vida!

Por Dios, olvida á esa falsa,

que te quitas y nos quitas

la vida pensando en ella!

— Tiene usted razon. ¿Qué haria  
yo para olvidarla?

— Qué?

Querer á otra mas digna

de tu cariño, hijo mio;

que un muchacho de tu estima

las encontrará á millares

mas honradas y mas lindas.

— Pues bien, madre, haré la prueba,

y Dios quiera que consiga

vencer esta pasion de ánimo

que me consume hace dias.

— Vencerás, que con el tiempo

todo, hijo mio, se olvida,

que la mancha de la mora

con otra verde se quita.

### III.

«Vivo en el cuarto bajo,  
tú en el tercero;



que junte nuestros cuartos  
dile al casero,  
que estando juntos  
ya no tendremos miedo  
de los difuntos.»  
«Todos los que padezcan  
de mal de amores  
busquen buenas muchachas  
y no doctores,  
que al fin y al cabo  
todo clavo se saca  
con otro clavo.»  
«Muchos hay que defienden  
la homeopatía  
y yo soy uno de ellos,  
morena mía,  
que estando malo  
me curaste con ella...  
¡Ay qué regalo!»  
«Cada vez que me acuerdo  
de tu hermosura,  
vuelve, morena, á darme  
la calentura.  
Tómame el pulso,  
tómamele, morena,  
que estoy convulso.»

— Señora Rita, ¿quién es  
el que echa esas seguidillas?  
¡Qué! ¡si hace hablar la guitarra!  
¡Si parece un organista!  
Lo que es yo, toda la noche  
oyéndole me estaría.  
— ¿No le ha conocido usted?  
Pues si es mi Paquito.  
— Ay hija,  
ese chico es el demontre!  
¡Qué seguidillas endilga!

— Donde le ve usted, las saca  
de su cabeza toditas.  
— Pues mire usted, no entendiendo  
de componer, eso admira.  
Hay muchos que sacan libros  
y no tienen tanta chispa.  
Anda, ya vuelve á cantar.  
¿No le han de querer las chicas  
teniendo esa habilidad  
y ese aquel que dan envidia?  
— Ahí verá usted si era lástima  
que se empleara en la hija  
del tío Lila un muchacho  
de tanta sabiduría!  
— Ya se ve que hubiera sido  
un dolor, señora Rita.  
¿No se acordará ya de ella?  
— ¿Qué se ha de acordar! Ni pizca  
á Dios gracias. Ya ve usted  
si estarán él y la chica  
del cuarto tercero ciegos  
cuando se están todo el día  
echando coplas y flores,  
él de abajo, ella de arriba.  
Como que piensan casarse  
para la pascua florida.  
— Ella parece muy buena.  
— Muy honrada, muy relimpia...  
y sobre todo unas manos...  
tiene unas manos divinas  
para todo: esta mañana  
nos mandó unas chucherías  
de dulce hechas por su mano  
y vaya, eran lo que habia  
que comer! Solo que apenas  
me descuidé en la cocina,  
me las birló casi todas  
Perico... ¡Ay señora Isidra,



no sabe usted lo que paso  
con ese chico! Su tripa  
no se encuentra harta jamas  
y revienta el mejor dia.  
Pero volviendo á mi Paco,  
fué excelente medicina  
la que usted le recetó,  
porque si no, se las lia  
el hijo de mis entrañas.  
No, pues lo que es él no olvida  
la receta: está cantando  
todo el santísimo dia  
*que la mancha de la mora  
con otra verde se quita.*

## 22.

## CONTRA TRISTEZA, CANTARES.

(A DON ANTONIO ARNAO.)

## I.

Tu corazon, hermano,  
triste suspira....  
Comprendo la tristeza  
que le domina,  
cómo comprendo  
la tristeza que el mio  
dominó un tiempo!

Esperanzas de gloria  
no realizadas,  
amores sin ventura,  
promesas falsas,  
males de ausencia,  
tales fueron las causas  
de mi tristeza!

Lloré desconsolado  
dias y dias,  
creyendo que mis penas  
se endulzarian;  
mas ¡ cómo el llanto  
ha de endulzar las penas  
si es tan amargo!

En un corro de gente  
que le escuchaba,  
vi un anciano cantando  
con su guitarra....  
¡ Cantan los ciegos  
y lloramos nosotros  
que la luz vemos!

Acerquéme y le dije:  
« Dichoso anciano,  
vos cantáis y yo vivo  
siempre llorando,  
aunque mis ojos  
ven el cielo y las flores  
y el sol hermoso.

« Mi corazon consume  
negra tristeza  
y el contento en el vuestro  
siempre se alberga.  
Decidme cómo  
siendo tan desdichado  
sois tan dichoso! »

— Oye y nunca lo olvides,  
respondió el ciego,  
y entonó acompañado  
de su instrumento:  
*Canta y no llores,  
que cantando se alegran  
los corazones!*



## II.

¡Cuánto bien me hizo el ciego!..

Dios le bendiga,  
pues me fué desde entónce  
dulce la vida.

Hoy mis cantares  
son bálsamo que cura  
todos mis males!

Si tienes una lira  
mas sonora  
que la lira que pulso  
y á todas horas,  
¿porqué con ella  
no disipas, hermano,  
tanta tristeza?

¿No hay en tu patria flores?

¿No hay cielo puro?

¿No hay arroyos y fuentes?

¿No hay mar cerúleo?

¿No hay un sol claro?

¿No hay luceros y estrellas?

¿No hay verdes campos?

¿No hay gentiles doncellas  
cuya mirada

como el sol de Castilla  
la nieve inflama?

¿No hay en el suelo

donde naciste anales

de gloria llenos?

¿No hay muros y castillos

que en la memoria

despiertan el recuerdo

de antiguas glorias?

¿No hubo una lucha

en que fué hecha pedazos

la media luna?

¿No hubo aquí una Numancia?

¿No hubo un Sagunto?

Para luchar con Roma,

¿cántabros no hubo?

¿No es esta patria

de Pelayos y Cides?

¿No es esta España?

¿No te parecen dignos

de tus cantares

la virtud, la fe santa

de nuestros padres,

el amor puro,

el saber, la inocencia

y el infortunio?

Canta y serás bendito

de cielo y tierra;

canta y serás salvado

de la tristeza,

*canta y no llores,*

*que cantando se alegran*

*los corazones.*

## III.

Recuerda las mañanas

primaverales

en que, dando al olvido

nuestros pesares,

como dos pájaros

cruzábamos el bosque

los dos cantando.

Los árboles, las fuentes,

los arroyuelos,

los pájaros, las flores,

el sol, el cielo,

todo era, todo,

randal de poesía

para nosotros.

Allí sí que era dulce

soñar despiertos

gloria y amor que siempre



fueron tus sueños,  
fueron los míos,  
fueron los del que siente  
como sentimos!

Allí sí que era dulce  
y hermoso el santo  
recuerdo de la aldea,  
donde llorando  
viven mis padres,  
donde esperan mi vuelta  
quince años hace.

Allí sí que era dulce  
pensar, hermano,  
en la inocente virgen  
con quien soñámos!  
Allí sí que era  
dulce pasar las horas  
entre quimeras!

Pues si fueron tan dulces  
esos instantes,  
si ahuyentámos cantando  
nuestros pesares,  
¿porqué no ahuyentas  
cantando, como entónces,  
esa tristeza?

¿Bajo el techo paterno  
vivis hoy día,  
y abandonada y muda  
yace tu lira?

¿Qué es de la santa  
inspiración que un tiempo  
te arrebató?

Canta y tus infortunios  
cantando olvida,  
canta, que Dios para eso  
te dió la lira;  
*canta y no llores,*

*que cantando se alegran  
los corazones!*

## IV.

¿Quién, si se ve abrumado  
por la tristeza  
y le anima el espíritu  
de los poetas,  
quién no demanda  
solaz á sus cantares?  
quién, pues, no canta?

Cantan con entusiasmo  
Milton y Homero  
cuyos dolientes ojos  
no ven el cielo,  
ni el sol, ni el campo,  
ni las flores que esmaltan  
huertos y prados.

Cantan Tasso y Maóias  
en cuyo pecho  
arde el amor y habitan  
penas sin cuento;  
cantan Cervántes  
y Camoens, en desdichas  
y en genio grandes.

Y alza á Dios sus cantares  
el rey profeta  
cuando tribulaciones  
do quier le cercan  
cuando su hijo  
le persigue y le venden  
deudos y amigos.

Si Dios te ha dado el alma  
y el infortunio  
de esos cisnes que adora  
y admira el mundo,  
¿porqué como ellos



no elevas tus cantares  
hasta los cielos?

Mas ya de nuevo tomas  
tu dulce lira  
y á cantar te preparas...  
Dios te bendiga,  
pues tus canciones  
siempre ensalzan lo santo,  
lo hermoso y noble!

Canta, pues, ya que sabes  
cantar, hermano;  
canta ya que estás triste  
y atribulado;  
*canta y no llores,  
que cantando se alegran  
los corazones!*

## 23.

## LA ORDENANZA MILITAR.

## I.

— Oiga usted, señor recluta!  
— Mi sargento, mande usted.  
— En cuanto oye la retreta,  
pensando que no le ven,  
se va usted del campamento  
y vuelve al amanecer.  
Diga usted, señor recluta,  
¿ á dónde se marcha usted?  
— Perdone usted, mi sargento,  
que no lo volveré á hacer...  
— Señor recluta, cuidado  
con escaparse otra vez  
porque como yo lo sepa,  
no lo pasará muy bien!

— Está muy bien, mi sargento;  
pero ha de saber usted,  
que allá abajo, en aquel pueblo  
que en la llanura se ve,  
hay una chica morena  
con una sal y un aquel...  
— Silencio, señor recluta,  
que se insubordina usted!  
¿ Qué tienen que ver las chicas?...  
— Pues no han de tener que ver!  
El día que caí quinto  
adornó mi calañes  
con una escarapelita  
llorando á mas no poder...  
— Pues es preciso olvidarla,  
señor recluta.

— Porqué?

— Porque solo su bandera  
el soldado ha de querer,  
porque el soldado ha de estar  
donde su bandera esté.  
*Lo manda así la ordenanza  
y es preciso obedecer.*

## II.

— Oiga usted, señor recluta.  
— Mi sargento, mande usted.  
— ¿ Tiembla usted porque las balas  
han comenzado á llover?  
— Ca, no señor, mi sargento:  
es que allá abajo, en aquel  
pueblo que está en la llanura,  
padres y hermanos dejé  
y... no quisiera morirme  
sin volverlos mas á ver.  
— Señor recluta, el soldado  
no tiene, sépalo usted,  
mas hermanos que los de armas



ni mas padres que su rey.  
Matando, encuentra la gloria,  
muriendo, la halla tambien.  
Si siempre la gloria encuentra,  
¿qué mas puede apetecer?  
— Mi sargento, estoy conforme,  
ya me ha convencido usted.  
Padres y hermanos y novia  
callad, tontos, no lloreis  
que la vida militar  
es buena á mas no poder...  
Pero ay que tocan ataque...  
Llueven balas á granel!...  
— Señor recluta, á las filas!  
— Pero si no puede ser,  
mi sargento! Si caen hombres  
como chinches!  
— Ande usted,  
*que lo manda la ordenanza  
y es preciso obedecer.*

## 24.

## OROS SON TRIUNFOS.

## I.

— Vas á la fuente?  
— A la fuente.  
— Tan solita?  
— Tan solita.  
— Quieres que yo te acompañe?  
— No he menester compañía.  
— Ven y sentémosnos juntos  
debajo de esas encinas.  
— ¡Y que nos viera mi novio!  
— ¿Con que tienes novio, niña?

— Es el pastor mas gallardo  
de toda esta serranía.  
— Pues no merece un pastor  
una zagala tan linda.  
— Y porqué no la merece?  
— Porque es notoria injusticia  
junto á un espinoso cardo  
poner una clavellina.  
— Yo nací para ser pobre.  
— Porque no querrás ser rica.  
— Si en el querer consistiera...  
— Ay Dios, qué bien sentaria  
en esos dedos pulidos  
una pulida sortija!  
— Pero como no la tengo...  
— ¿Quieres probarte la mia?  
— Por probar nada se pierde.  
— Mira, te viene justita.  
Guárdala, hermosa zagala,  
que tengo en mi joyería  
mas de doscientas y todas  
cuajadas de piedras finas.  
— Amable es el caballero!  
— Encantadora es la niña!  
Te acompañaré á la fuente.  
— Me agrada la compañía. —  
Y zagala y caballero  
se pierden al fin de vista  
caminito de la fuente,  
entre castaños y encinas,  
y un pastor que los ha visto  
canta muy triste allá arriba.  
— *El que fuere solo y pobre  
no busque la mujer linda,  
porque en medio de sus gustos  
viene el rico y se la quita!*



## II.

Aquella hermosa zagala  
que yendo á la fuente un día  
puso en sus dedos pulidos  
una pulida sortija,  
baja con frecuencia al valle  
y vuelve á la serranía  
como una azucena pálida,  
como una rosa marchita.  
Las sortijas de sus dedos  
dicen que se multiplican;  
pero eran mucho mejores  
las rosas de sus mejillas.  
Mas ayer tornó del valle  
sin una nueva sortija,  
con el cabello en desórden,  
llorando á lágrima viva.  
¡Ay quiera Dios que hoy llorando  
no torne á la serranía,  
que ni compasion encuentra  
en los que su llanto miran,  
que hasta las otras zagalas  
su conversacion esquivan!  
Ya da la vuelta del valle;  
pero sus dedos no brillan  
y viene como ayer tarde  
llorosa y descolorida!  
A la vera del camino,  
sentado al pié de una encina,  
está un pastor abismado  
en honda melancolía,  
y la afligida zagala  
hácia el pastor se encamina.  
— «Compadécete, le dice,  
de una mujer desvalida  
y las lágrimas que vierto  
de desagravio te sirvan!»  
Pero el pastor se levanta

y temeroso de oirla,  
gana con ligero paso  
la cumbre de una colina  
y canta allí con acento  
lleno de melancolía:  
*El que fuere solo y pobre  
no busque la mujer linda,  
porque en medio de sus gustos  
viene el rico y se la quita!*

## 25.

## LA CASA DONDE VIVIÓ.

## I.

En esa casita blanca  
oculta en un pabellon  
de guindos y de manzanos  
donde canta el ruiseñor,  
alegre cuando el sol nace,  
triste cuando muere el sol;  
en esa casita blanca  
vivía un tiempo mi amor,  
vivía la dulce niña  
que amaba mi corazón!...  
La niña está ya en el cielo,  
que era un ángel del Señor  
y para morar con ángeles  
tan puros ¡quién era yo!  
Mas vagar en estos sitios  
es toda mi diversion,  
*que me divierte la jaula  
aunque el pájaro voló.*



## II.

Cuántas veces asomados  
á aquel airoso balcon  
cubierto de enredaderas,  
de enredaderas en flor,  
en brazos de la esperanza  
nos adormimos los dos!  
Me parece que estoy viendo  
á la prenda de mi amor  
esclamar allí, mostrando  
la timidez en su voz,  
la ternura en su mirada,  
la dicha en su corazon:  
— «Dichosos, mi dulce amado,  
seremos aquí tú y yo  
así que un sagrado vínculo  
eternice nuestra union;  
pues esta casita blanca  
que mi niñez cobijó  
y ofrece, léjos del mundo,  
paz y alegría y amor,  
amor y paz y alegría  
nos ofrecerá á los dos!»  
Como la flor del almendro  
nuestra esperanza se heló;  
mas vagar en estos sitios  
es toda mi diversion,  
*que me divierte la jaula  
aunque el pájaro voló.*

## III.

Casita, casita blanca  
donde mi amada vivió,  
de rayos y de huracanes  
te guarde por siempre Dios;  
los guindos y los manzanos  
te den sombra y proteccion,  
nunca se seque la fuente

que te da en julio frescor;  
entonen en tu tejado  
los pájaros su cancion;  
enredaderas te adornen  
y flores te den su olor!  
Yo vendré cuando el sol nazca,  
yo vendré al morir el sol  
á fecundar con mi llanto  
los campos de alrededor,  
fijos los dolientes ojos  
en tu desierto balcon;  
que como fuiste morada  
de la prenda de mi amor,  
*con la jaula me divierte  
aunque el pájaro voló!*

## 26.

## LAS MUCHACHAS DE SANLUCAR.

(A DON LUIS DE EGUILAZ Y DON DIEGO LUQUE.)

## I.

Yo, el que canto estos cantares  
al compas de una vihuela  
que gané con una tanda  
de seguidillas manchegas  
en un famoso certámen  
en el campo de Manuela,  
sobre las sagradas ruinas  
de aquella insigne academia  
que honraron los vates de  
la corte del rey poeta;  
yo, Anton el de los cantares,  
como por tales proezas  
en Lavapiés y el Barquillo  
me llaman varones y hembras;



yo, apasionado cantor  
de las mozas sandungueras  
que Don Ramon de la Cruz  
cantó con sal y pimienta  
y del modesto zumaque  
de Argande y de Valdepeñas;  
yo voy á cantar las mozas  
y el vino de vuestra tierra.  
No faltará quien por frívolo  
asunto tan dulce tenga  
dirigiéndome á vosotros  
que sois sesudos poetas;  
pero digan lo que digan,  
frivolidades tan bellas  
celebrará eternamente  
mi destemplada vihuela,  
y por el nombre que tengo  
á asegurar me atreviera  
que aunque poetas sesudos,  
tambien delirais por ellas.  
Que las muchachas os gustan  
no admite duda siquiera,  
puesto que los dos teneis  
el alma española neta  
y puesto que sois los dos  
dos Periquitos entre ellas;  
y en cuanto á vino, tampoco  
disentís de mis ideas,  
pues si néctar os parece  
el moscatel de esta tierra;  
¡qué no debe pareceros  
el moscatel de la vuestra!  
Déjenme, pues, celebrar  
las muchachas sanluqueñas  
y el zumaque jerezano,  
pues sé por propia esperiencia  
que para vino sabroso  
las jerezanas bodegas

*y para chicas bonitas  
Sanlúcar de Barrameda.*

## II.

Un hombre fué á examinarse  
de doctrina por Cuaresma,  
despues de haberse bebido  
lo ménos azumbre y media,  
y al decir el quién es Dios  
se le trabucó la lengua  
y dijo: — «Vino y muchachas  
en toda tierra de cepas  
son dos personas distintas  
y una sola verdadera.» —  
A mi ver el tal borracho  
dijo una verdad soberbia,  
que igual embriagan, igual  
hacen perder la cabeza  
el amor de una muchacha  
y el vino de una botella.  
Los ojos se le encandilan  
del mismo modo y manera  
al que besa una muchacha  
y al que una botella besa,  
y aseguran las personas  
peritas en la materia,  
que sin muchachas, son cuerpo  
sin alma las borracheras.  
Alcázar, el que alabó  
la invencion de la taberna,  
autoridad ante quien  
hay que bajar la cabeza,  
acariciaba á la vez  
á su Ines y á su botella.  
¡Oh amigos, el tal Alcázar  
era pájaro de cuenta!  
Entre Jerez y Sanlúcar  
pasais esta vida perra,



Jerez y Sanlúcar son  
vuestra Zeca y vuestra Meca....  
Amigos, os tengo envidia,  
pues sé por propia experiencia  
que para vino sabroso  
las jerezanas bodegas,  
*y para chicas bonitas*  
*Sanlúcar de Barrameda.*

## III.

Sanlúcar! me dije un día,  
Sanlúcar! hermosa tierra  
para rico manzanillo  
y para muchachas bellas,  
según dicen los barriles  
que á nuestra Castilla ruedan,  
y según dice el cantar  
que aprendí yendo á la escuela.  
Di á un gallego mis penates  
(entre cristianos, maleta),  
y más pronto que la vista  
me hospedé en la diligencia.  
En el puente de Toledo  
dirigí á la villa egregia  
un adiós.... ¿á qué negarlo?  
triste como una Cuaresma,  
porque tengo la mitad  
de mi corazón en ella;  
porque lo que es para mí,  
desde Madrid á mi tierra,  
desde mi tierra á la gloria,  
de la gloria... á las bodegas  
de los Domecg, Pearnin,  
Garvey, Archimbau, etcétera,  
con tal que vayan conmigo  
las muchachas sanluqueñas.  
Chascó la fusta el auriga  
y adiós Madrid, que te quedas

sin gente; el raudo vehículo,  
aquí se hunde, allí se vuelca,  
en esta subida afloja,  
en esta bajada aprieta,  
me condujo al anhelado  
término de mi carrera.  
Era una tarde de abril,  
y domingo por más señas,  
cuando Sanlúcar se honró....  
(lo primero la modestia)  
dejándome recorrer  
sus calles y callejuelas.  
Amigos! en sus dos barrios  
vi muchachas á docenas  
y santiguándome, dije:  
«Bendito sea Dios, qué perlas  
arroja la mar salada  
á las playas sanluqueñas!  
Dicen que los andaluces  
son gente muy embustera,  
mas cuentan el Evangelio  
los andaluces que cuentan  
*que para chicas bonitas*  
*Sanlúcar de Barrameda.*

## IV.

Oyóme un mozo, á mi ver,  
nacido en la Macarena,  
que era lo más macareno  
que yo he visto en vuestra tierra,  
y me preguntó:

— Compadre,  
le gustan á usted esas hembras?  
— No me han de gustar! Son ángeles!  
— Pues sepa usted que con esas  
asustamos en Sanlúcar  
á los chiquillos de teta.  
Lléguese usted al Vergel,



á la Calzada, á las Cuevas,  
á las Piletas ó al Pino  
y allí verá cosas buenas,  
que por las tardes allí  
va la flor de la canela. —  
¡Luis! puesto que es el Vergel  
finca de tu pertenencia  
haz el favor de vendérmele  
con todito lo que tenga  
á las horas de paseo  
cualquiera dia de fiesta.  
No son mujeres, son rosas  
las chicas que allí pasean,  
y si hay otras en el mundo  
que rivalicen con ellas,  
esas son las que fui viendo  
en las otras alamedas.  
Al dar la vuelta á Sanlúcar  
me llamó desde la puerta  
de un montañas aquel mozo  
de apostura macarena  
y me dijo:

— Compadrito,  
vaya una cañita de esta  
manzanilla que trasciende  
á gloria de legua y media. —  
Y caña va, caña viene,  
bebimos una docena.

— Compadrito, ha visto usted  
las muchachas sanluqueñas?

— Las he visto....

— Pues ahora  
las verá usted mas de cerca. —  
Y tomando el macareno  
un par de cañitas llenas,  
salióse á la puerta y dijo  
á dos arrogantes hembras:

Se acepta, princesas mías,

una cañita?

— Se acepta  
por venir de buena mano —  
contestaron las princesas,  
y.... no encontrando palabras  
para ensalzar la belleza  
y el garbo y la sal de Dios  
de aquellas chicas morenas,  
en son de caña canté  
con el macareno y ellas  
*que para chicas bonitas*  
*Sanlúcar de Barrameda.*

## V.

— Compadre, me dijo el mozo  
con quien hice *conocencia*,  
¿quiere usted beber del vino  
que se usa en la gloria eterna?  
Pues véngase usted á Jerez  
conmigo.... Está aquí á la vera.  
— Vamos allá, respondí,  
y en una airosa calesa  
nos plantámos en Jerez  
mas pronto que uno lo cuenta  
y fuimos á visitar  
las susodichas bodegas.  
Si son templos del dios Baco  
las miserables tabernas,  
aquellas sí que son templos  
y no bodegas! Aquellas  
sí que son digno teatro  
de las bacanales fiestas!  
— Venga de ese generoso!  
— De ese amontillado venga  
— A ver el Pero Jimenez!  
— Al de color la Venecia!  
— Vaya el moscatel, que es gloria!  
— Vaya el seco, que es canela!



pasámos horas y horas...  
Dios mio, qué horas aquellas!  
Y luego dice Fernan  
Caballero que en la tierra  
no hay dicha cumplida! Y luego  
agua quieren que uno beba!  
Mas razon tiene Fernan,  
que en aquella borrachera  
nuestra dicha echó de ménos  
las muchachas sanluqueñas,  
pues chicas bonitas son  
el alma de tales fiestas  
*y para chicas bonitas*  
*Sanlúcar de Barrameda.*

## 27.

## LA VIDA DE JUAN SOLDADO.

## I.

— ¡Qué noche!..... en la chimenea  
sopla el viento sin cesar,  
y son rios las canales  
y hace un frio que ya ya!  
Hijos, avivad la lumbre;  
mas leña.... aunque sea una haz,  
para que así se caliente  
y se seque el militar.  
Tú, Soledad, entretanto  
baja un pernil del varal,  
y haz al militar la cena,  
que buena gana tendrá.  
— Gracias, patroncita, gracias,  
por su infinita bondad.  
— ¡Eh! déjese usted de gracias;  
no hacemos nada de mas.

En este mundo, hoy por tí  
mañana por mí, y en paz.  
Como dice el señor cura,  
el que siembra cogera,  
que mañana ú otro dia,  
tal vez mis hijos irán  
por esos mundos de Dios  
como usted ahora va,  
y Dios les dará patronas  
que no me los traten mal....  
¡Hijitos de mis entrañas,  
Dios los tenga por acá! —

Así dice la patrona;  
y el honrado militar,  
de negro y largo bigote,  
de continente marcial,  
de ojos negros, tez morena,  
algo rudo en el hablar,  
pero de aquellos que llaman  
vino al vino, y pan al pan;  
siente una lágrima tierna  
por su mejilla rodar,  
aunque el silbo de las balas  
no le conmovió jamas.  
Y los dos hermosos niños  
que ocho ó diez años tendrán,  
no se cansan de echar leña,  
leña seca en el hogar,  
ni se cansa de partir  
rico jamon Soledad,  
que es una chica morena  
llena de gracia y de sal,  
ni se cansa la patrona  
huevos frescos de cascar.  
— Militar, ¿cómo es su gracia?  
dice la patrona.  
— Juan.  
— ¿Y ha mucho que usted milita?



— Seis años cumplidos há.  
— ¿Tiene usted padres?  
— Los tengo,  
y no los puedo olvidar.  
— Aunque jóven, ¡qué trabajos  
habrá pasado usted ya!  
— ¿Qué si he pasado? ¡Ay patrona  
no me quisiera acordar!  
— Ya tiene usted á mis chicos  
muertos de curiosidad  
por saber toda la historia  
de su vida militar.  
— Hola, caporales! ¿sois  
curiosos? Venid acá  
y sentáos á mi lado,  
que os la voy á relatar,  
aunque hay un cantar antiguo  
que dice, y dice verdad:  
*la vida de Juan Soldado  
es muy larga de contar.*

## II.

— Una tarde nos decia  
el cura de mi lugar:  
«Con no sé cuantos franceses  
pasa la raya Armagnac....  
¡Que no hallára en Roncesvalles  
un Bernardo ese Roldan!  
Por amigo se nos vende:  
reniego de su amistad,  
que tarde ó temprano, el gato  
las ñas ha de sacar....  
Ese Godoy, por mal nombre  
el príncipe de la Paz,  
el príncipe de la guerra  
se debiera titular,  
que la guerra por su culpa  
tenemos encima ya.» —

¡Ay cuánta razon tenia  
el cura de mi lugar!  
Entró el frances en España,  
y creyéndole leal,  
á su paso en todas partes  
fiestas vienen, fiestas van.  
Su fino agradecimiento  
quiso al español mostrar,  
y se mostró... clavándole  
en el pecho su puñal,  
pues, dejando en los traidores  
al mismo Júdas atras,  
como Pedro por su casa  
entró en Pamplona Armagnac,  
en Barcelona Duchesne,  
en San Fernando Piat,  
y hasta... patrona, vergüenza  
el referirlo me da!  
hubo en Madrid españoles  
que entregaron sin chistar  
la espada del rey Francisco  
al sanguinario Murat.  
— Jesus, Jesus, qué vergüenza!  
— El frances, siempre falaz,  
llevó á Francia con engaños  
á la familia real,  
pues queria Napoleon  
en toda España mandar;  
pero el pueblo madrileño  
que es un Cid, no aguantó mas,  
y luchó como un leon  
al grito de libertad,  
matando mas mamelucos  
que arenas tiene la mar.  
Pero como los franceses  
eran veinte veces mas,  
al cabo los madrileños  
se rindieron á Murat,



que fusiló hasta los niño  
de teta...

— ¡Qué atrocidad!

¡Angelitos de mi alma!

— Y diga usted, militar

¿son judíos los franceses?

— No sé lo que son, rapaz;

pero aquella degollina

cara costándoles va.

Supo el alcalde de Móstoles

que la heroica capital

luchaba con los franceses,

y aunque era un pobre patan,

indignóse y puso un parte

que decia... poco mas

ó ménos: «*Madrid es víctima*

*de la perfidia imperial.*»

Y el parte por toda España

corre con celeridad,

y en todas partes el grito

de independencia se da.

Las rocas de Covadonga,

donde once siglos atras

alzó la cruz Don Pelayo

contra el pendon musulman,

oyeron el primer grito

contra el frances desleal.

¡Virgen del Pilar! La sangre

me hervia como un volcan

cuando el bravo Mendizabal

gritó en mi país natal:

«Venid, valientes navarros,

por la patria á pelear!»

Y los navarros, seguimos

á aquel valiente con tal

entusiasmo, que jurámos

el fusil no abandonar

hasta conseguir luchando

la muerte ó la libertad.

— ¡Si yo hubiera estado allí!...

— ¿Que hubieras hecho, rapaz?

— Toma, ir á matar franceses

con ustedes. Voto va!...

— Bien, hombre! Eres mas valiente

que el Cid y el Gran capitan.

— Militar, ya está la cena,

conque vamos á cenar.

— Sí, cenemos, patroncita,

que tengo necesidad

de reforzar el estómago

si el cuento he de continuar,

pues como dice la copla,

y ustedes mismos verán,

*la vida de Juan Soldado*

*es muy larga de contar.*

## III.

— Cerquita de Rioseco  
nos dijeron: — «Ahí están  
los franceses!» — Pues á ellos!  
gritó nuestro general:  
y sintiendo de alegría  
el corazon palpitar,  
cerrámos con los franceses  
al son del racataplan.  
Plum, plurrum! descarga viene,  
plum, plurrum! descarga va,  
¡se armó allí una de doscientos  
mil demonios! ¡Qué silbar  
las balas! ¡Qué modo de ir  
hombres á la eternidad!  
Pero... ya se ve, el frances,  
soldado aguerrido ya,  
bien vestido, bien armado,  
como la zorra sagaz...  
nosotros, pobres reclutas,



descalzos y á medio armar...  
¡qué habia de suceder!  
triunfó el águila imperial,  
y Escobedo, Chaperon,  
Maceda... una infinidad  
de valientes derramaron  
allí su sangre leal  
y... vamos, si no quisiera...  
— ¡Madre, llora el militar!  
— Patroncitas, me avergüenzo  
de tanta debilidad;  
pero qué quieren ustedes,  
no lo puedo remediar.  
— ¡Calla, tambien llora madre!  
— ¡Toma, y tambien Soledad!  
— Rapaces, por los valientes  
todos debemos llorar.  
Pero sigamos el cuento,  
y Dios tenga en santa paz  
á tan buenos militares,  
que de fijo los tendrá.  
El frances en Rioseco  
quiso el triunfo celebrar,  
y le celebró el Neron  
degollando sin piedad  
á todo bicho viviente.  
— ¡Jesus!  
— Pues aun hizo mas.  
— ¡Qué pícaros de franceses!  
— No contentos con robar  
hasta los santos copones,  
su desenfreno fué tal,  
que forzaron muchas monjas  
delante del mismo altar.  
— ¡¡Santo Dios, qué judiada!!  
— ¡¡Dios mio, qué atrocidad!!  
— Y pegaron fuego al pueblo.  
— Dígame usted militar,

¿ se ha acabado ya la guerra?  
— Aun dura. ¿ Porqué, rapaz?  
— Porque si admitieran chicos  
en la tropa, me iba allá  
y mataba mas franceses...  
— ¡Bien, hombre, bien, voto á san!  
Deja que te dé cien besos,  
que vales un dineral!  
Ten un poco de paciéncia,  
y escucha, que ya verás  
como, por arte ó por parte,  
donde las toman las dan.  
Muchos trabajos pasé  
desde aquel dia fatal,  
andando de ceca en meca,  
descalzo, falto de pan,  
con los franceses delante,  
con los franceses detras,  
ya tostado por el sol,  
y muerto de frio, ya  
espeado, ya molido  
á fuerza de caminar!  
Pero como siempre el bien  
camina detras del mal,  
al fin encontré el desquite  
de tanta penalidad;  
porque dimos en Bailen  
una batalla que atras  
deja á todas las batallas  
que se han dado y se darán.  
Mandaba al frances Dupont,  
que dicen era sagaz,  
y valiente, y entendido,  
y en fin... un buen general;  
y á nosotros nos mandaban  
Castaños, que no le va  
á nadie en zaga, y Reding  
y Abadía que serán



por los siglos de los siglos  
espejo del militar.  
Reding y Abadía emprenden,  
fuego viene, fuego va,  
con el soberbio Dupont;  
óyese el cañon tronar;  
se dan cargas y mas cargas;  
bayonetazos se dan,  
caen franceses como chinchas;  
quiere Dupont escapar;  
le circunvalan los nuestros,  
y ten de aquí, ten de allá,  
mas de veinte mil franceses  
prisioneros se nos dan,  
y si mas no fueron... fué  
porque no quedaban mas.  
Patronas, pensé aquel dia  
de gozo prevaricar!  
— Por vida de... ¿Pesan mucho  
los fusiles, señor Juan?  
— Y que pesen ó no pesen,  
¿qué te importa á tí, rapaz?  
— ¿Que no me importa? ¡Caramba!  
si yo pudiera llevar  
el fusil, sentaba plaza...  
— Este chico vale mas  
pesetas que el Potosí,  
y ha de ser un general.  
— ¡Ay! no me le quite Dios  
de mi ladito jamas;  
que tiene muchos percances  
la vida del militar.  
— Ay patrona: todavía  
no sabe usted la mitad!  
*La vida de Juan Soldado  
es muy larga de contar.*

## IV.

Pues señor, cuando vencimos  
á Dupont, héte que va  
el parte de que apurados  
los de Zaragoza están,  
pues los sitian los franceses  
con mucha tenacidad,  
y decimos: — «Los franchutes  
por aquí guerra no dan,  
y la dan en Zaragoza...  
Pues señor, vamos allá.»  
Y hala, hala, hala, casi  
sin comer ni descansar,  
llegámos á Zaragoza,  
y en las heras, zas, zis, zas,  
zurrámos á los franceses,  
y entrámos en la ciudad.  
¡Qué alegría los sitiados  
al ver gente tan marcial!  
Nos besaban las mujeres  
casadas y por casar.  
«Entregáos!» les decian  
los franceses; pero quiá,  
todos habian jurado  
por la vírgen del Pilar  
perecer, como en Numancia  
sucedió tiempos atras,  
ánte que entregar la plaza  
al ejército imperial.  
¡Qué modo de caer bombas!  
¡Qué modo de pelear  
en todas partes! ¡Qué modo  
de echar á la eternidad  
franceses en los asaltos  
que nos daban sin cesar!  
Don Francisco Palafox,  
el mas valiente y leal  
que ha defendido una plaza



desde los tiempos de Adan,  
nos daba á todos ejemplo  
de valor al pelear.  
Allí todo Dios cogia  
una escopeta, un puñal,  
un fusil, una hacha, un palo,  
una azada... un rejalgar,  
y al grito de ¡viva España!  
al zipizape se va,  
hasta que al fin el frances  
el sitio tuvo que alzar  
de rabia y vergüenza lleno  
viendo tanta heroicidad,  
en tanto que las campanas  
de la virgen del Pilar  
alzaban, toca que toca,  
himnos á la libertad.  
Como es mi placer á tiros  
con los franceses andar,  
por salir de Zaragoza  
estaba rabiando ya,  
y se lo escribí á mi madre  
que me contestó... Aquí está  
la carta: — «Juan de mi alma,  
si te puedes ahí quedar,  
quédate, porque en los campos  
es mucha la mortandad,  
y si te pegan un tiro,  
¡pobres de nosotros, Juan!»  
— ¡Mire usted la pobrecita  
señora!... Vamos, si no hay  
amor como el de una madre!  
— ¡Patroncita, qué verdad!  
— ¿Y se quedó usted al fin  
en Zaragoza?

— No tal:  
escribí á mi madre: — «¡Madre  
de mi corazon! lidiar

por el rey y por la patria  
es el deber principal  
del soldado; con que así  
usted me perdonará  
si en vez de estarme aquí ocioso  
rompo la marcha á buscar  
franceses donde los haya,  
porque aquí no los hay ya.»  
Y en seguida... á discrecion,  
marchen, paso regular,  
que siempre el que corre ménos  
es el que camina mas,  
marché... no me acuerdo adonde  
marché. De aquí para allá  
anduve meses y meses,  
hoy en un pobre lugar;  
mañana en una montaña;  
esotro en una ciudad;  
siempre á tiros y pinchazos,  
siempre como un azacan,  
unas veces escapando  
y otras haciendo escapar.  
¡Ay patronas de mi alma!  
es muchísima verdad,  
*la vida de Juan Soldado*  
*es muy larga de contar.*

## V.

— Pero, lo repito, el bien  
camina detras del mal.  
Despues de muchos reveses  
que callo, porque me dan  
mucha pena, vino un dia  
de gloria y felicidad;  
pues españoles é ingleses,  
jugando á quién pega mas,  
al frances en Talavera  
zurrámos el cordoban.



Bien se portaron allí  
Cuesta nuestro general,  
y Wilson, y Wevesley,  
y otros que he olvidado ya!  
Mas la batalla de Ocaña  
que no quisiera nombrar,  
pues lo que en ella perdimos  
será siempre proverbial,  
nos hizo atrasar bastante,  
pero no temblar... ¿Temblar  
los españoles? No tiemblan  
los españoles jamas.  
Si en las batallas formales  
á veces nos es fatal  
la suerte, porque el frances  
es muy diestro en pelear,  
las escaramuzas.... son  
harina de otro costal.  
El Empecinado, Longa,  
Mina, Rovira, Julian,  
Sanchez y otros guerrilleros  
han escabechado mas  
franceses que en medio siglo  
las francesas parirán.  
El frances, que medio mundo  
dicen ha vencido ya,  
con el rabo entre las piernas  
de España se ha de largar,  
y mas si otra zurra como  
la de Arapiles le dan.  
Allí le cogió Wellington  
seis mil hombres, y ademas  
le quitó la artillería,  
y hasta hirió á su general.  
Patroncitas, los franceses  
de capa caída van,  
y lo prueba el que á la raya  
se empiezan á replegar;

pero allá vamos nosotros,  
y juro á brios, que tendrán  
una buena despedida  
si nos llegan á esperar.  
— Voto á... Siento que se vayan.  
— ¿Porqué lo sientes, rapaz?  
— Porque sin matar franceses  
no me quisiera quedar.  
— Anda, hombre, deja que vivan  
los pocos que quedan ya.  
Doscientos sesenta mil,  
pocos ménos, pocos mas,  
han venido á España, y quedan  
doscientos mil por acá.  
— ¡Ay madres que paren hijos  
para verlos.... Militar,  
los franceses al fin son  
hombres como los demas,  
y es un dolor que los hombres  
se maten.  
— ¡Y qué verdad,  
patroncita! Quien ha armado  
todo este berengenal  
no son los franceses: es  
Napoleon...: ¡Mal rejalgar  
para él!  
— ¡Qué tizonazos  
le esperan!  
— A mí me da  
gusto despachar franceses  
porque es preciso matar  
en la guerra; mas la guerra  
es una barbaridad.  
Con que... ¿qué dicen ustedes  
de mi vida militar?  
— ¡Ay, señor Juan, qué trabajos!  
Pero se concluye ya  
la guerra; irá usted á su pueblo,



y vivirá en santa paz  
con sus padres... ó su esposa,  
si se casa, pues tendrá  
novia.

— ¡Qué he de tener novia! —

— ¿Te estás queda, Soledad? —

¡Si parece que pinchándola  
con alfileres están!

— Patrona, si nos casáramos  
ese florido rosal

y yo... ¡válgame la Virgen!

— Pues otras cosas habrá  
mas difíciles.... Usted

es libre, ella otro que tal.

— ¡Madre, cómo se le alegran  
los ojos á Soledad!

— ¡Embustero! ¿á mí?

— ¡Qué chicos!

¡En todo han de reparar!

¡Jesus, ya cantan los gallos!

Bien dice usted, señor Juan,  
*la vida de Juan Soldado  
es muy larga de contar.*

## VI.

— ¡Señor Juan!

— ¡Patronas! ¡niños!...

¿Qué tal?

— Muy bien, señor Juan.

¿Y usted?

— Ha habido de todo.

— ¡Jesus! ¿usted por acá?

Pues está usted de paisano  
mejor que de militar.

— Madre, con el uniforme  
á mí me gustaba mas.

— Vamos, siéntese usted miétras  
esta le hace de almorzar.

— A gloria sabrá el almuerzo  
hecho por la Soledad.

— Madre, esta parece boba,  
mira que te mira á Juan.

— ¿Quién mira, embustero?

— Tú.

— Dejarse de porfiar.

¿Cómo tenemos el gusto  
de verle á usted por acá?

— Desde aquí fuimos al Norte,  
y á muy poco de llegar,

unidos con los ingleses,  
dimos en Vitoria tal

embite al pobre frances,  
que le echámos para allá.

Creyéndose en Roncesvalles  
un Carlo-Magno, un Roldan,

nos presentó la batalla,  
pero era el sitio fatal,

porque Bernárdo á nosotros  
nos prestó ayuda eficaz,

y Roldan y Carlo-Magno  
lo pasaron harto mal.

Lo mismo pasó en Sorauren  
y lo mismo en San Marcial,

dónde Freire se portó  
como todo un militar,

y así no quedó un frances  
de la raya para acá.

Me fui entónces á mi pueblo  
con el afan de abrazar

á mis padres... pero fué  
inútil aquel afan,

porque... ¡padres de mi alma!

Por vida de... Y luego habrá  
quien estrañe que uno tenga

tirria y mala voluntad  
á los franceses!



— ¡Jesus  
nos asista! señor Juan,  
¿qué había pasado?  
— Pche,  
una friolera! Al pasar  
el frances en retirada  
por mi pueblo, pegó tal  
paliza á mi pobre padre  
que le echó á la eternidad,  
diciendo que el pobre viejo  
tenia un hijo *brigant*,  
y mi madre á los tres dias  
murió tambien de pesar.  
— Jesus! Jesus! Ni los mismos  
judíos hicieran mas!  
— Como en el pueblo el dolor  
la vida me iba á quitar,  
y me eran insoportables  
parentela y vecindad,  
vendí lo poco que había  
y me vine por acá  
desengañado del mundo,  
buscando... la so'edad.  
Con que, Soledad, si usted  
me quisiera consolar...  
— Yo... si mi madre quisiera...  
— ¡Pues no he de querer! Con tal  
que sea á tu gusto...

— Diga  
usted que sí, señor Juan,  
que el otro dia mi hermana  
y la Sauria, y la Paz,  
y la Juana se metieron  
en el cuarto para hablar  
de novios, y les decia  
á las otras Soledad:  
«Chicas, yo todas las noches  
sueño con el militar.»

— ¡Embustero! ¿yo dije eso?  
— Sí, sí, rabia, rabia! Ya  
que no me quieren abrir,  
dije, se han de fastidiar,  
que he de escuchar lo que dicen.  
— ¡Anda, cucharon!

— ¡Me da  
la gana!

— Déjale, hija.  
Ya lo oye usted, señor Juan.  
— Patrona, ¡qué feliz soy!  
— Diga usted, ¿me enseñará  
usted el ejercicio?

— ¡Hombre!  
¿pues no te le he de enseñar?  
— ¿Y qué me contará usted?  
— Mi vida de pe á pa.

*La vida de Juan Soldado  
es muy larga de contar.*

## 28.

## CASTIGO DE DIOS.

## I.

Asomada á la ventana  
la pobre María está;  
tiene el rostro... como el rostro  
del que llevan á enterrar;  
mira con ansia á la calle  
y solo ve oscuridad,  
y aplica el oido y oye  
como silba el huracan.  
«Está loca rematada!»  
dicen en la vecindad,



y no mienten. Pobre chica,  
loca rematada está!  
Si quereis saber la historia  
de su locura, escuchad.  
Era una chica de quince,  
llena de gracia y de sal,  
con unos ojos de cielo  
que decían soledad.  
Fué á la Florida una tarde  
contenta, alegre, locuaz,  
como una rosa recien  
cortadita del rosal,  
y á la orillita del rio  
viendo á la Ines y á la Paz  
alegremente bailando  
con su novio cada cual,  
que ella no tenia novio,  
se puso á considerar.  
Se le saltaron las lágrimas,  
pero, consolada ya,  
las enjugó con el cabo  
de su airoso delantal  
y se puso á coger flores,  
florecitas de san Juan,  
y tomillo y siempre-vivas  
y qué sé yo cuantas mas.  
Así que hizo un ramillete  
con él bajo el delantal  
en dos saltos á la ermita  
de san Antonio se va  
y dice al Santo bendito,  
engalanando su altar:  
— «Santo bendito y hermoso!  
si es verdad  
que á las muchachas honradas  
novio das,  
dáme uno, santo bendito,  
¡que tengo quince años ya!»

Por la cuesta de la Vega  
se la vió á poco tornar  
muy metidita en harina  
con un jóven muy galan;  
y cuentan que detuvieron  
ambos el paso al llegar  
al pié de aquel santo muro  
donde la Virgen está  
*y allí se dieron palabra  
de no olvidarse jamas.*

## II.

María y Juan se adoraban...  
Se adoraban? Dije mal;  
Juan engañaba á María,  
María adoraba á Juan,  
y vino á resultar de esto...  
lo que suele resultar  
cuando la novia es muy boba  
y el novio es muy truchiman.  
El mundo á la pobre chica  
escarneció sin piedad  
y celebró con chacota  
las gracias del perillan.  
Bien pudo la pobre chica  
acudir á un tribunal,  
pero ¿qué hubiera sacado?  
Dar un escándalo mas,  
que el delito semejante  
al cometido por Juan,  
se comete sin testigos  
y... váyale usté á probar,  
y el que no quiere por bien  
¿cómo ha de querer por mal?  
La desventurada chica  
se contentó con llorar  
y tanto lloró la pobre  
y su tristeza fué tal



que al cabo se volvió loca,  
pero qué, loca de atar!  
Maldito sea el amante  
que tal premio al amor da  
y si no le dan garrote,  
maldita la sociedad!  
Al pié de aquella ventana  
donde su víctima está  
á las doce de la noche  
iba muy rendido Juan  
y hasta la ventana á veces  
solía el bribon preparar....  
Pobre loca! allí la tiene  
una esperanza quizá,  
la esperanza de que torne  
el amante desleal;  
pero el amante no torna  
y la pobre chica va  
perdiendo aquella esperanza  
y comienza á desvariar.  
¿Oís esa carcajada?  
Atencion que va á cantar.  
— *Una palabra me diste  
y la has olvidado ya,  
pero yo cumplo la mia  
de no olvidarte jamas.*

## III.

¡Santa Bárbara bendita!  
Comienza á relampaguear  
y los truenos menudean  
y cada vez suenan mas.  
Retírate, pobre loca,  
de esa ventana fatal;  
los relámpagos que alumbran  
tu descolorida faz  
despiertan en tí recuerdos  
que no debes evocar,

son la imágen verdadera  
de tu ventura fugaz.  
Pero ¿qué ruido, qué canto  
blasfemo, torpe, brutal,  
hasta tu ventana llega  
en alas del huracan?  
Acércase una cuadrilla  
de jóvenes cuya faz  
ha descompuesto el desórden  
de asquerosa bacanal.  
Cantan, se atropellan, rien  
y blasfeman al compas  
del estallido del trueno  
que retumba sin cesar.  
¡Pobre María! sus ojos,  
amortiguados poco há,  
se van animando... brillan  
con un brillo sin igual,  
que siente la pobre loca  
su corazon palpar,  
que oye la voz del ingrato,  
de su verdugo, de Juan!  
Su vergüenza, sus dolores,  
su prolongado esperar,  
todo, en fin, la pobre loca,  
todo lo ha olvidado ya,  
pues piensa que, pesaroso  
de su olvido, torna Juan,  
como otro tiempo, á embriagarla  
de amor y felicidad,  
y llora la pobre chica  
de gozo, no de pesar,  
y abre sus brazos con ansia,  
con delirio, con afan  
de oprimir contra su pecho  
á aquel por quien loca está.  
— «Ven, amor mio, le dice;  
amor mio, ven acá,



ven, ven, que sin tí me muero,  
que no puedo esperar mas!»  
Y dando una carcajada  
vuelve otra vez á cantar:  
«Una palabra me diste  
y la has olvidado ya;  
pero yo cumplo la mia  
de no olvidarte jamas.»

## IV.

A la ventana se acerca  
el amante desleal  
á impulso de la costumbre  
ó á impulso de la crueldad,  
que alma de tigre es preciso  
tener para atormentar  
á la mujer que honra y vida  
sin pedir recibo da.  
— Hola, murmura, ¿qué es eso?  
¿conjuras la tempestad  
ó estás de espera? Qué diablo...  
¿cuántos han caído ya?  
Responde... no tengas miedo...  
Yo no me he de incomodar.  
Del árbol que yo he podado  
hagan leña los demas.  
— Teme á Dios!....  
— Soy muy valiente.  
— ¡Compadéceme!  
¡Bah! bah!  
¿Te tratan mal tus amantes?  
.....  
— ¡Calla! ¡Se ha quedado atras!  
¿Juanito, qué haces ahí, hombre?  
¿Qué, no vienes?  
— ¡Já, já, já,  
está pelando la pava!  
— No hay duda.

— Cierto.  
— Cabal.  
— Veamos la ventanera.  
— Será linda.  
— Lo será.  
— Juan no se va á las peores.  
— Díganlo Juana, Pilar,  
Petra...  
— ¡Qué chicas!  
— ¡Divinas!  
— Encantadoras!  
— Bien mal  
se portó con todas ellas!  
— Las echó á la eternidad.  
— ¡Y dicen que amor no mata!  
— Sí mata.  
— ¡Qué ha de matar!  
— Es lo cierto que esas chicas  
se murieron y tres mas.  
— ¿Pero de amor?  
— Por supuesto.  
— ¡Ay qué horror!  
— ¡Qué atrocidad!  
— Y no quiero enamorarme.  
— Ni yo tampoco.  
— Jamas  
he de querer á ninguna.  
— Muchachos, nada de amar:  
á divertirse con todas,  
y... viva la libertad!  
— ¡Magnífico!  
— ¡Qué talento!  
— ¡Sublime!  
— ¡Piramidal!  
.....  
— ¡Adios, mi linda olvidada!  
— ¡Por Dios, ten de mí piedad!  
Con que me olvidas, ingrato!



— Tengo otras en que pensar.  
— ¡No me olvides, no me olvides,  
que Dios te castigará!

— Bien predicás, pero yo  
soy pecador contumaz.  
Me importa el cielo tres pitos,  
y en teniendo á mi mandar  
vino y muchachas, desprecio  
la cólera celestial. —

No bien tan torpe blasfemia  
hubo proferido Juan,  
el fuego del cielo, un rayo  
le hirió con golpe mortal;  
mas la loca no oyó el grito  
que dió al tiempo de espirar,  
pues espiraba tambien  
y era su canto final:

— *Una palabra me diste  
y la has olvidado ya,  
pero yo cumplo la mia  
de no olvidarte jamas.*

## 29.

## GENTE MORENA.

## I.

«Muchachas de tez de nieve  
y de rubia cabellera  
son florecitas, mas son  
florecitas sin esencia.  
Glaciales hijos del norte,  
queredlas en horabuena,  
que os gustarán como os gusta  
la nieve de vuestras sierras;  
pero en Castilla queremos

muchachas de tez morena,  
queremos almas ardientes  
como este sol que nos quema.  
Moreno pintan á Cristo,  
morena á la Magdalena,  
morenas sin duda fueron  
la granadina Zulema,  
la aragonesa Isabel,  
la castellana Jimena  
que en los anales de amor  
dejaron memoria eterna;  
morenitas suelen ser  
las muchachas de mi tierra,  
moreno es el bien que adoro...  
¡viva la gente morena!»

## II.

Así, pidiendo á la historia  
razones que á dar se niega,  
lós cantos meridionales  
ensalzan á las morenas;  
así el pueblo de Castilla  
vuestra rubia cabellera  
de color de ébano torna,  
¡oh Jesus! ¡oh Magdalena!  
Yo Anton el de los cantares  
tambien nací en esta tierra  
donde el amor es la gloria  
y el limbo la indiferencia;  
pero yo al amor no pido  
una mejilla trigueña,  
que le pido una mejilla  
de rosas y de azucenas.  
¡Oh virgen de ojos azules  
que vi llorar en mi aldea  
de amor y melancolía  
cuando doraba la sierra



el triste sol de los muertos,  
¡tu amor quiero y tu tristeza!

## 30.

## LA VIDA Y LA MUERTE.

## I.

Hay un Dios que tiene un cielo  
y un infierno reservados,  
para los buenos el uno  
y el otro para los malos.  
¡Mortal! en vano te ocultas  
al cometer el pecado,  
que para Dios no hay secretos,  
que para Dios no hay arcanos.  
Avaro que oro y mas oro  
vas con ansia amontonando,  
que adoracion le tributas,  
que á Dios tienes olvidado,  
que con el sudor del pobre  
haces vergonzoso tráfico,  
deja de engañar al mundo  
cubriéndote con el manto  
de la caridad y deja  
de irritar á Dios, avaro!  
Mira que la vida es corta,  
mira que el infierno es largo,  
*mira que te mira Dios,*  
*mira que te está mirando!*

## II.

Rico que pasas la vida  
á estéril ocio entregado,  
que trajes costosos vistes,  
que habitas regios palacios,

que en lecho de pluma duermes,  
que tienes siervos y esclavos,  
que tu paladar halagas  
con manjares delicados,  
que en refulgente carroza  
vas á fiestas y saraos,  
que á meretrices infames  
compras placeres mundanos,  
asómete á los balcones  
de tu soberbio palacio  
y contempla en la miseria  
sumidos á tus hermanos.  
Verás al huérfano débil,  
verás al caduco anciano,  
verás á la triste viuda,  
verás al artista inválido  
famélicos y ateridos,  
cubiertos, ¡ay Dios! de harapos,  
con lágrimas en los ojos  
tu compasion implorando!  
Llora con ellos y cubre  
su desnudez con el manto  
de la caridad ¡oh rico  
á la molicie entregado!  
Mira que Dios premia al bueno,  
mira que castiga al malo,  
*mira que te has de morir,*  
*mira que no sabes cuándo!*

## III.

Tirano que porque plugo  
á Dios colocarte un grado  
mas arriba que otros hombres  
blandes sin piedad tu látigo;  
que la dignidad humana  
tratas con befa y escarnio,  
que eres en lugar de padre  
verdugo desapiadado,



que la balanza de Temis  
jamás tomas en tu mano,  
que hasta llorar su desdicha  
prohibes á tus esclavos,  
que castigas á leales  
y recompensas á falsos,  
tu orgullo y tu altanería  
¿en qué se fundan, tirano?  
En alto puesto te asientas,  
pero Dios está mas alto,  
y ante su ley son iguales  
los reyes y los vasallos.  
Mira que nada se oculta  
á sus ojos soberanos,  
mira que tus injusticias  
ha de castigar airado,  
mira que la vida es corta,  
mira que el infierno es largo,  
*mira que te mira Dios,*  
*mira que te está mirando!*

## IV.

Traidora mujer que á un hombre  
juraste en el templo santo  
fidelidad y cariño  
y á otro ciñes con tus brazos;  
traidor mancebo que arrancas,  
articioso y liviano,  
su túnica de inocencia  
á un ángel inmaculado;  
encantadora sirena  
que con tus falaces cantos  
atraes al hombre y te cebas  
en su corazón incauto;  
¿porqué olvidais que hay un cielo  
y un infierno reservados,  
para los buenos el uno  
y el otro para los malos?

En este mundo no tiene  
castigo vuestro pecado;  
mas toda deuda se paga  
y se cumple todo plazo.  
Mirad que Dios premia al bueno,  
mirad que castiga al malo,  
*y mirad que os mira Dios,*  
*mirad que os está mirando!*

## V.

Sacrilego que estás siempre  
con la blasfemia en el labio,  
que te burlas impudente  
de todo lo noble y santo,  
que la piedad escarneces,  
que no ves la santo mano  
de Dios en las maravillas  
de que el mundo está poblado,  
que de la virtud te ries  
llamándola nombre vano,  
que mas allá de la muerte  
solo ves polvo y gusanos,  
¡feliz si de Dios tus ojos  
nunca hubieras apartado!  
Quien nada cree nada espera  
y la esperanza es un bálsamo  
que aroma y consueta y cura  
los corazones llagados.  
Vuelve hoy á Dios, que mañana  
no podrás hacerlo acaso,  
mira que la vida es corta,  
mira que el infierno es largo,  
*mira que te has de morir,*  
*mira que no sabes cuándo.*



## 31.

## ANTONIA LA CIGARRERA.

## I.

Antonia la cigarrera  
es la moza de mas garbo  
desde la Plaza al Salitre,  
desde san Francisco al Prado.  
Va perdiendo los colores  
y nadie sabe en el barrio  
si se los quita el amor  
ó se los quita el tabaco;  
pero dicen sus vecinas  
que Antonia de cuando en cuando  
se va á los Carabancheles  
en la calesa de Paco,  
y á un marques de coche y todo  
niega la entrada en su cuarto  
cantando cuando le ve  
calle arriba, calle abajo:  
— «Mas quiero un jaleo pobre  
y unos pimientos asados  
que no tener un usía  
desaborido á mi lado.»

## II.

En una airosa calesa  
que corre como un relámpago  
va Antonia á Carabanchel  
sal de Jesus derramando.  
— Paso, grita el calesero,  
que en mi calesin gallardo  
llevo á la reina de España;  
paso, caballeros, paso!  
Hala, morota, morota,  
no camines tan despacio,

que espera un señor usía  
en Carabanchel de abajo! —  
Y Antonia la cigarrera  
que sin duda entiendo á Paco,  
canta con mucho salero  
entre riendo y llorando:  
— «Mas quiero un jaleo pobre  
y unos pimientos asados  
que no tener un usía  
desaborido á mi lado.»

## III.

— ¡So, morota!... Señá Antonia  
baje usted y no se haga daño,  
que el marques se pondrá triste  
si no ve ese cuerpo sano.  
— Al marques nada le importa  
este cuerpo, señor Paco.  
Si vengo á su quinta, vengo  
á visitar á mi hermano  
que sirve á su señoría,  
con que ya está usted enterado.  
Este cuerpo no se trata  
con señorones tan altos,  
que quiere un jaleo pobre...  
— Como yo, pongo por caso?  
— Señor Paco, justamente.  
— Pues lo dicho.

— Pues lo hablado. —

Y Antonia la cigarrera  
va hácia la quinta cantando:  
— «Mas quiero un jaleo pobre  
y unos pimientos asados  
que no tener un usía  
desaborido á mi lado.»



## IV.

— Siempre que voy á Madrid  
voy á verte y voy en vano,  
porque me das con la puerta  
en los hocicos...

— Es claro.

¿No le he dicho á usía que  
no le quiero? ¿Hablo en gabacho?

— ¡Ingrata! Tú te lo pierdes.

Qué trajes y qué boato  
tendrias si me quisieras!

— Pero quiero hacer cigarros.

— No te vas sin darme un beso...

— Qué risa! Usía está malo.

— Mira, te irás en mi coche  
como me des un abrazo.

— No ve usía que me espera  
mi calesero allá abajo?

— Quédate á comer conmigo.

Verás qué vino, qué platos... —

Y Antonia la cigarrera

aprieta á correr cantando:

— «Mas quiero un jaleo pobre  
y unos pimientos asados,  
que no tener un usía  
desaborido á mi lado.»

## V.

Hácia la puerta de Hierro  
caminan la Antonia y Paco;  
pero no van en calesa:  
van á patita y andando,  
porque así pueden meterse  
tan libres como los pájaros  
por la orillita del rio  
cubierta de jaramago.  
Tabaco labra la Antonia,  
pero á pesar del tabaco

se ha puesto coloradita  
como una rosa de mayo.

— Qué gusto, qué gusto, dice,

merendar en estos campos!...

Que le haga á Isabel segunda

buen provecho su palacio! —

Y en la pradera se sientan,

alegres, dichosos ambos,

y meriendan... ¿Qué meriendan?

¡Unos pimientos asados!

Despues... el sol se ocultaba

tras de la casa de campo

y Antonia y Paco volvian

rio abajo, rio abajo,

al son de unas castañuelas

alegremente cantando:

— «Mas quiero un jaleo pobre

y unos pimientos asados

que no tener un usía

desaborido á mi lado.»

## 32.

## CUANDO NACIO LA PRINCESA.

## I.

¿Porqué truenan los cañones

y las campanas repican

y enarbolan las banderas

y se engalana la villa?

¿Porqué el pueblo castellano

se conmueve y regocija

y al alcázar de sus reyes

dirige atento la vista?

Es que una blanca paloma

con un ramito de oliva



se ha posado en el alcázar  
de los reyes de Castilla,  
y há mucho que nuestros ojos  
entre las nubes sombrías  
del horizonte buscaban  
esa paloma bendita.

Inocente mensajera  
de la concordia y la dicha  
por que tanto suspirámos,  
¡bien venida, bien venida!

## II.

Vive, inocente paloma,  
entre nosotros tranquila,  
que las palomas no temen  
al gavilan en Castilla,  
que aquí los fuertes consagran  
á los débiles su vida,  
que aquí no echarás de ménos  
sombra, ni amor, ni caricias,  
ni una madre que te ampare  
debajo de sus alitas.

No te remotes al cielo,  
que ya le dió las primicias  
de su maternal regazo  
la que á la tierra te envía.  
En la ciudad, en la aldea,  
en el monte, en la campiña,  
en todás partes prorumpen  
en cánticos de alegría.

«Ya vemos, dicen, ya vemos  
la mensajera bendita  
que vuelve al arca flotante  
con su ramito de oliva!  
Paloma, blanca paloma,  
¡bien venida, bien venida!»

## 33.

## LA SANJUANADA.

## I.

¡Qué calor!... pero subamos  
á la cumbre de aquel cerro  
porque allí agita los bortos  
y las encinas el viento.

¡Qué calor!.. Quemán las piedras  
y están mustios los helechos  
y el sudor baña copioso  
nuestra frente y nuestro seno.  
¡Qué calor!.. Cabras y ovejas  
esquivan el resestero

á la sombra de las peñas  
y aun así les falta aliento,  
que respiran jadeantes  
esta atmósfera de fuego;  
pero ¡adelante! subamos  
á la cumbre, compañeros,  
que compensacion cumplida  
en la cumbre encontraremos.

Ya vamos ganando el pico...

Haced el postrer esfuerzo...

Ya casi estamos arriba...

Bajad los ojos al suelo

y fijadlos á mi voz

en el horizonte nuevo.

Eso es, seguid adelante.

Cómo refresca aquí el viento!

— ¿Miramos?

— No: todavía  
no mireis, porque os reservo  
un sorprendente espectáculo.

¡Ea, á una, compañeros!

— ¡Jesus!



— ¡Jesus!

— ¿Os sorprenda

este espectáculo bello?  
Bien os predije en Castilla  
vuestra sorpresa y contento  
al ver mi nativo valle,  
el valle amado á que vuelvo  
tras muchos años de ausencia,  
tras muchos vanos esfuerzos,  
con muchos dolores mas,  
con mucha esperanza ménos!  
Por oriente y occidente  
montes que llegan al cielo  
sirven de muros al valle,  
muros de verdor cubiertos,  
y para que el valle pueda  
mirarse en un ancho espeje  
tiene por límite al norte  
el mar donde impele el viento  
y agitan olas azules  
cien bergantines veleros.  
Los llanos y las colinas  
de arboledas están llenos,  
de caserías poblados  
y surcados de arroyuelos,  
y allá en el centro del valle  
entre nogales y fresnos  
eleva su campanario  
blanco y atrevido, un templo...  
¡Ah! me siento conmovido,  
arrebatao me siento  
ante lo que ven mis ojos  
y ante los dulces recuerdos  
de mi niñez arrullada  
en ese valle risueño,  
que en ese valle pasé  
quince años entre dos besos.  
Dejadme cantar en el

humilde tono del pueblo  
y llevad en la memoria  
mis desaliñados versos  
á orilla del Manzanares  
donde algo del alma dejo.  
Cantádselos á la niña  
por quien de amores me muero,  
que sonarán á su oído  
tan melodiosos y tiernos  
como aquellas serenatas  
que la dimos, compañeros,  
las noches de la verbena  
de san Juan y de san Pedro.  
Pero oid, que ya en el valle  
donde hace pocos momentos  
estaba en silencio todo  
de reinar deja el silencio,  
que el toque de las campanas  
á la siesta pone término  
y á juntarse en la arboleda  
van doncellas y mancebos.  
Mas ¿qué indican esos gritos  
que se oyen de tiempo en tiempo?  
— Indican que hoy es san Juan  
y que muy pronto veremos  
cual celebra alborozado  
la sanjuanada ese pueblo.  
Oid como gritan unos:  
— *San Juan! San Pedro!*  
y como responden otros:  
— *¡ San Pelayo en medio!*

## II.

Tras las cumbres del ocaso  
va el sol desapareciendo..  
Desaparezca en buena hora,  
que mas que sol, era fuego,  
y si piensa que su ausencia



el valle cubre de duelo,  
lo que es esta vez, amigos,  
se lleva un chasco soberbio,  
que á su desaparicion  
todo en el valle es contento,  
todo vida, todo gritos  
y cánticos placenteros.  
Por todas partes cuadrillas  
de doncellas y mancebos  
trepan á los argomales  
de los empinados cerros  
saltando como las cabras  
regatos, cárcabas, setos,  
y talan, cual si buscasen  
roza para cien caleros,  
con las espinosas árgomas  
el inofensivo brezo  
y en haces como montañas  
la roza van disponiendo.  
Ruedan veloces los haces  
por la pendiente del cerro  
como en enormes aludes  
rueda la nieve en invierno  
y á un haz sigue otro haz y bajan  
al valle diez, veinte, ciento,  
y junto á las caserías  
se elevan á poco tiempo  
altas hacinas de roza  
que solo esperan el fuego.  
No hay corazon en el valle  
que no lata de contento  
porque la noche que empieza  
á tender su oscuro velo  
será una noche de encanto,  
de luz, de placer inmenso,  
y los momentos se acercan  
en que cien soles tan bellos  
como el sol que hace una hora

brillaba en el firmamento  
inunden de luz el valle,  
inunden de luz el cielo,  
pues esos gritos que se oyen  
resonar de cerro en cerro,  
y de llano en llano, anuncian  
esos ansiados momentos.  
Oid como gritan unos:  
— ¡ San Juan ! ¡ San Pedro !  
y como responden otros:  
— ¡ San Pelayo en medio !

## III.

Poned, gentiles doncellas,  
poned á la roza fuego  
y así que la llama ondula  
agitada por los céfiros,  
en torno de las hogueras,  
bailad sin perder momento  
al compas de las campanas  
y al compas de los panderos  
hasta que los pajaritos  
que duermen en los cerezos,  
os anuncien la alborada  
con sus alegres gorjeos.  
Bailad, gentiles doncellas,  
con los gentiles mancebos,  
que san Juan os dará el novio  
que os deleita en vuestros sueños  
con tal que la sanjuanada  
celebreis cual cumple hacerlo.  
Mas ya alumbran cien hogueras  
cañadas, llanos, oteros,  
todo ese verde horizonte  
que ante los ojos tenemos  
y alumbran tal que si el sol  
brillara en el firmamento,  
se eclipsara al punto, como



se eclipsan luna y luceros.  
El campanario que se alza  
altivo sobre los fresnos  
y los que asoman humildes  
entre el ramaje en los cerros,  
cual nunca alegres, cual nunca  
sonoros y vocingleros,  
celebran la sanjuanada,  
y al sonoro campaneo  
escopetas y cohetes  
unen constantes su estruendo.  
En torno de las hogueras  
los músicos instrumentos  
dan vida y compas al baile  
de doncellas y mancebos,  
y en altas pértigas arden  
las corambres que sirvieron  
de vaso al rico clarete  
de la Rioja en otro tiempo,  
y al compas de las campanas,  
del canto, del tiroteo,  
de los tamboriles, de  
los silbos y los panderos  
las hembras y los varones,  
los jóvenes y los viejos  
incesantemente gritan:  
— ¡ San Juan! ¡ San Pedro!  
y de cien partes responden:  
— ¡ San Pelayo en medio!

## 34.

## EL LABRADOR.

## I.

Al despuntar una hermosa  
mañanita de san Juan  
toma el labrador sus hoces  
y alegre á sus campos va  
después de haber dado  
un beso de paz  
á su mujer y sus hijos  
que aun dormiditos están.  
Conforme camina dice  
lleno de felicidad:  
— ¡ Trigo de mis campos  
qué hermoso estarás!  
y al verte en nuestras paneras  
como el sol de Dios entrar,  
mi esposa y mis hijos  
¡ cómo reirán!

## II.

Llega el labrador al campo  
donde su esperanza está  
y en vez de mieses doradas  
halla abrojos nada mas,  
que lluvias, vientos y nieblas  
han malogrado su afán;  
y torna á su casa el pobre  
diciendo al tornar:  
— Paneritas de mi alma,  
ya vino el señor san Juan;  
si vacías os encuentra,  
vacías os dejará!  
Y al veros vacías  
de trigo candeal,



mi esposa y mis hijos,  
¡ cómo llorarán!

## 35.

## CORAZONES PARTIDOS.

## I.

— Hazme bien, Mariquita,  
trenzas y rizos  
para que así resalten  
bien mis hechizos,  
que hoy más que nunca quiero  
ponerme hermosa.

— Está usted, señorita,  
como una rosa;  
pero puede saberse,  
y usted perdone,  
¿ porqué más que otros días  
hoy se compone?

— Porque Toribio y Lucas  
y Robustiano  
pretenden con ahinco  
mi blanca mano,  
y habiéndome pedido  
los tres audiencia,  
hoy mismo comparecen  
á mi presencia.

— Cuando se habla de bodas  
yo me deleito.

¿Cuál de los litigantes  
ganará el pleito?

— Hasta despues de oirlos  
mi opinion callo:  
segun sus confesiones  
será mi fallo.

— No ande usted con melindres  
ni con parola;  
cásese usted, y luego  
ruede la bola.

Hoy que los hombres quieren  
de mojiganga,  
encontrar un marido  
no es poca ganga!

— Mas yo quiero en los hombres...

— ¿Qué, señorita?

— Yo quiero....que me quieran  
á mí solita.

Tales son si me caso  
mis condiciones  
y si no las aceptan  
digo que nones,  
*pues corazon partido  
yo no le quiero,  
que cuando doy el mio  
le doy entero.*

## II.

— ¿Qué tal, Ramona?

— Buena

¿Y usted, Toribio?

— Malo; pero usted puede  
darme el alivio.

— ¿Yo?

— Sí.

— ¿De qué manera?

— Cosa sencilla:  
se casa usted conmigo  
y ancha Castilla.

— Bien, pero hablemos ántes  
de la materia,  
porque los casamientos  
son cosa séria.

Yo te he de ser celosilla



como un demonche....

— ¡Ay Ramona! mal rayo  
de Dios me tronche  
si voy á picos pardos  
ni á picos negros  
así que á nuestros padres  
hagamos suegros.

— Dígame usted, y demos  
fin al debate,  
¿quiere usted á alguna otra?

— ¡Qué disparate!  
Juro á usted que en el mundo  
nada me peta  
sino usted y mis perros  
y mi escopeta.

— ¿Hola, con que á sus perros  
quiere usted mucho?  
Pues seré en ese caso  
rival del chucho.

Vaya, si está usted malo,  
caro Toribio,  
busque usted otro médico  
que le dé alivio.

— Por los clavos de Cristo,  
no sea usted loca....

— No hay locura que valga.  
— Mas....

— ¡Punto en boca!

*Corazones partidos  
yo no los quiero,  
que cuando doy el mio  
le doy entero.*

### III.

— (La conquisto con cuatro  
lisonjas cucas)

Me da usted su permiso?....

— Pase usted, Lúcas.

— Salve, hermosa Diana,  
lumbre febea,  
envidia de la diosa  
de Citearea....

— ¿Por san Juan y san Pedro,  
somos paganos?  
Hable usted como se habla  
entre cristianos.

— Pues bien, usaré símiles  
no ménos lógicos  
si á usted son antipáticos  
los mitológicos.

La azucena, la rosa,  
la clavellina,  
la.... nada falta en esa  
cara divina,  
pues no hay jardin que tantas  
flores encierre....

— ¡Segun eso, mi cara  
será un *parterre*!...

— Es el eden, el cielo  
por que suspiro....

Ay, como no le alcance,  
me pego un tiro.

— ¡El Señor nos asista!

— Los cachorrillos  
traigo ya preparados  
en los bolsillos,  
y estas no son fanfarrias  
de un botarate....

— ¡Pues á ver si evitamos  
que usted se mate!

¿Conque usted solicita...?

— Su mano blanca.

— A dársela estoy pronta,  
que no soy manca;  
pero ántes necesito  
que usted me diga



si algun lazo con otra  
mujer le liga.

— Ni nunca me ha ligado.  
Solo las musas  
y usted han merecido  
mis garatusas.

— ¿Y su amor á las musas  
es muy de bulto?

— Como que dia y noche  
les rindo culto.

— No me atrevo con nueve  
competidoras,  
pues temo que me arañen  
esas señoras,  
*y un corazon partido  
yo no le quiero,  
que cuando doy el mio  
le doy entero.*

## IV.

— ¡Señorita, qué fosco  
se va don Lúcas!

Emigra á las Orcadas  
ó á las Molucas,  
pues va diciendo: «Emigro,  
que es disparate  
suicidarse por una  
coqueta un vate.»

— Cállate, que ahí tenemos  
á Robustiano.

— Señorita, ese es mozo  
muy campechano  
Echele usted el guante,  
pues los doblones  
son moneda que alegra  
los corazones.

— Mande usted á su esclavo,  
bella Ramona.

— Es usted muy galante.

— Y usted muy mona.

Esas gracias admiran  
hasta á los topos...

— Me alegre, pero basta  
ya de piropos

y vamos al asunto  
de esta entrevista.

— Pues bien, yo soy un rico  
capitalista.

Como tengo palacios  
y oro y carrozas,  
tengo veinte queridas  
soberbias mozas;  
mas quiero divertirme  
de cuando en cuando  
con una que no sea  
de contrabando

y he dicho: para eso  
no la hay mas mona  
ni mas impermeable  
que la Ramona.

— Pues la Ramona, amigo,  
segun las trazas,  
despide á usted cargado  
de calabazas.

— ¡Calabazas á un hombre  
que nada en onzas!

¡Vaya que hay en el mundo  
mujeres zonzas!

¿Pues qué es lo que usted quiere,  
alma bendita?

— Yo quiero... que me quieran  
á mi solita.

— No dijera mas una  
vieja vestiglo.

Esas son pretensiones  
del otro siglo.



Yo estoy por los filósofos  
epicuristas:  
conquistas materiales  
y más conquistas.  
Hoy el corazón parte  
todo muchacho  
y así á cada muchacha  
le toca un cacho.  
— Pues si usted ha hecho el suyo  
también partículas,  
guárdele para damas  
ménos ridículas,  
*que corazón partido  
yo no le quiero,  
pues cuando doy el mío,  
le doy entero.*

## 36.

## LA PRIMAVERA.

## I.

Ya cantan los pajaritos,  
ya viene la primavera,  
ya el bosque se viste de hojas  
y de flores las praderas.  
Muchachas, mirad el cielo.  
¡Qué azul y qué puro queda!  
Azul, como vuestros ojos,  
puro, cual vuestra conciencia.  
Allá, muy léjos, muy léjos,  
en la cumbre de la sierra,  
se ve la nieve en montones  
como rebaños de ovejas;  
mas, por el sol derretida,  
fecunda llanos y cuestras

que de verdura se visten,  
que ya de flores se llenan.  
Pasaron cierzos y fríos,  
pasaron lluvias y nieblas,  
pasaron nieves y escarchas  
y pasaron las tormentas...  
*¡Alegráos, alegráos,  
muchachas de la ribera!*

## II.

Dios mío, tú das al hombre  
el gozo tras la tristeza,  
las rosas tras las espinas...  
¡Dios mío, bendito seas!  
El sol de marzo es la vida  
del alma, en diciembre muerta.  
Déjame este sol, Dios mío,  
que me ahogan las tinieblas!  
Luz, flores, cantos de pájaros,  
cielo azul, auras serenas!...  
¡Esta es la vida, la vida  
y la gloria del poeta!  
Muchachas de ojos azules,  
de dorada cabellera,  
de sonrosada mejilla,  
de tez como la azucena,  
condenad hoy al olvido  
las cotidianas faenas  
y al compás de mi guitarra  
bailad en esta arboleda.  
*¡Alegráos, alegráos!  
muchachas de la ribera!*

## III.

Vuestro pacífico lecho  
abandonando contentas,  
vendréis á estas soledades  
cuando á las aves parléras



el canto de la alborada  
oigais entonar en ellas.  
Aquí me hallaréis soñando  
gloria y amor, que en la tierra  
no tiene otro afán mi alma  
ni más ambición me inquieta;  
y en tanto que orneis de flores  
vuestra rubia cabellera  
ú os mireis en estas fuentes  
claras, tranquilas y frescas,  
os contaré mil historias  
de amor y ternura llenas,  
que es todo amor y ternura  
el corazón del poeta.  
Felicidades muy grandes  
estos campos nos reservan..  
*¡Alegráos, alegráos,  
muchachas de la ribera!*

## IV.

Es tan espeso el ramaje  
de esta frondosa arboleda,  
que apenas por él los rayos  
ardientes del sol penetran.  
Pues aquí todos los días  
vendréis á dormir la siesta  
arrulladas por la fuente  
que susurra entre la yerba,  
perfumadas por las flores  
que tapizan la pradera;  
aquí todos los domingos  
con los mozos de la aldea  
bailando y cantando, alegres  
pasaréis la tarde entera,  
y luego, á vuestros hogares  
daréis cantando la vuelta  
por la orillita del río  
en cuyas ondas serenas

brillan la luz de la luna  
y la luz de las estrellas.  
Llanuras y montes dicen  
que esa estación se halla cerca.  
*¡Alegráos, alegráos,  
muchachas de la ribera!*

## 37.

## CON BUEN FIN.

## I.

*¡Salada, qué hermosa eres!  
¡Salada, por tí me muero!  
Tienes una cinturita  
que se abarca con dos dedos,  
tu mano y tu pié parecen  
de una niña en lo pequeños,  
es tu voz como la música  
que se oye en el coliseo;  
tus mejillas son dos rosas,  
tus ojos son dos luceros,  
tus labios unos claveles  
y un copo de oro tu pelo.  
A solas contigo he estado  
y á pesar de tu salero,  
no te he tocado la ropa,  
que no mando en ese cuerpo.  
Así debes conocer  
el buen fin con que te quiero,  
que estando á solas contigo  
y tú tan salada siendo...  
ni el Padre Santo de Roma  
hiciera lo que yo he hecho.*



## II.

Cuando cantaba una noche  
la media noche el sereno,  
debajo de tu ventana  
fui, niña, á tomar el fresco,  
que como te quiero tanto  
y tanto de tí me acuerdo,  
no me es posible pegar  
los ojos cuando me acuesto.  
Temiendo que me creyeran  
ladron que estaba de acecho,  
me encaramé en tu ventana  
y me colé en tu aposento.  
Dormida estabas y hermosa  
como un serafin del cielo,  
y como entraba la luna  
á verte, hermoso lucero,  
te vi de cintura arriba  
sin sábanas ni embelecós,  
que era una noche de julio  
cuando pasó lo que cuento.  
Estuve las horas muertas  
embelesado en tu sueño,  
y al empezar á esconderse  
las estrellitas del cielo,  
sin despertarte me fui,  
por donde vine, diciendo:  
*Ni el Padre Santo de Roma  
hiciera lo que yo he hecho.*

## III.

Cuando mi sentir te dije  
junto á la vírgen del Puerto,  
me preguntaste: — ¿Usted viene  
con buen fin? — Con buen fin vengo —  
te respondí, y yo no falto  
en mi vida á lo que ofrezco.  
No pienses, sol de los soles,

que tengo el alma de hielo;  
es que te di la palabra  
y el día que nos casemos,  
como te parió tu madre  
así, amor mio, te quiero.  
Para ser algo en el mundo  
tengo que esperar un premio,  
y ¿qué seré si le alcanzo  
ántes de llegar á serlo?  
Por eso como á una santa  
te respeté y te respeto,  
por eso pasé una noche  
junto á tu cama y... por eso  
*ni el Padre Santo de Roma  
hiciera lo que yo he hecho.*

## IV.

¡Salada, qué hermosa eres!  
¡Salada, cuánto te quiero!  
Anda, ponte la mantilla  
y vamos á san Lorenzo.  
Mira, désde aquí á la iglesia  
y desde la iglesia al cielo.  
No te tengo preparado  
ningun palacio soberbio,  
pero hay junto á la parroquia  
un taller de carpintero  
que tiene en letras doradas  
mi nombre en la muestra puesto,  
y encima del taller hay  
un cuarto en que viviremos  
como viven, amor mio,  
los ángeles en el cielo.  
Lozana rosa de mayo,  
por fin voy á ser tu dueño  
y el mas feliz de los hombres  
este día me contemplo,  
porque jamas tu pureza



he manchado con mi aliento,  
queriéndote tanto  
y tú tan hermosa siendo,  
*ni el Padre Santo de Roma  
hiciera lo que yo he hecho.*

## 38.

## CARLOS EL DE LAVAPIÉS.

## I.

Como es Cárlos tan sensible  
y es tan insensible Ines,  
él está muerto por ella  
y ella no hace caso de él.  
Muchachas hermosas tiene  
el barrio de Lavapiés  
y á Cárlos que es buen muchacho,  
pocas miran con desden;  
pero dice el pobre Cárlos  
que si no le quiere Ines,  
en el mundo las muchachas  
están demas para él.  
Todos los dias el pobre  
trabajando en su taller  
á cada instante se acuerda  
de su ingratitud cruel,  
y se le saltan las lágrimas  
sin poderlas contener.  
Sus compañeros se burlan  
cuando así llorar le ven,  
pero de sus burlas Cárlos  
poco caso suele hacer,  
pues por una mujer llora  
y Cárlos sabe muy bien

*que no es delito en un hombre  
llorar por una mujer.*

## II.

— «Muchachos, dice el maestro,  
fuera cepillos, y á ver  
las novias.» Y alegremente  
abandonan en tropel  
oficiales y aprendices  
la herramienta y el taller.  
Mariquita espera á Antonio,  
Dolores espera á Andres,  
Juana á Pepe, Antonia á Paco,  
Rosa á Gil, Petra á Miguel;  
pero ay Dios, al pobre Cárlos,  
¿quién le está esperando, quién?  
Ayer le dijo el maestro:  
— Desde primero de mes  
trabajarás de oficial,  
porque te portas muy bien. —  
Mas no tiene el pobre Cárlos,  
como otros, una mujer  
que por tan buena noticia  
un buen abrazo le dé!...  
En lugar de consolarse,  
llora pensando en Ines;  
mas no se avergüenza de ello,  
pues Cárlos sabe muy bien  
*que no es delito en un hombre  
llorar por una mujer.*

## III.

Va á casa por la guitarra  
y encontrándose al volver  
con sus compañeros, todos  
con su guitarra tambien,  
un lazo color de rosa  
en cada guitarra ve,



un lazo regalo de una  
enamorada mujer.  
¡Un lazo en cada guitarra  
y la suya está sin él!!!...  
Qué triste va el pobre Cárlos  
hacia la reja de Ines,  
y con qué acento tan triste  
canta de la reja al pié:  
«Asómate á esa ventana,  
lucero de Lavapiés,  
que mis ojos están tristes  
cuando los tuyos no ven.  
Yo soy un pobre artesano  
y aunque no tengo bombé,  
tengo para tí, morena,  
un corazon de marques.»  
Así cantó el pobre Cárlos,  
pero inútilmente fué,  
pues á escuchar sus cantares  
no salió á la reja Ines.  
Entónces... calló un instante,  
pero volviendo á tañer,  
se alejó de allí cantando  
ó suspirando mas bien:  
«Llorad, mis ojos, llorad,  
llorad, pues teneis por qué,  
*que no es delito en un hombre  
llorar por una mujer.*»

## IV.

— Maestro, he caido quinto,  
y como hoy mismo tendré  
que entrar en caja, venia  
á despedirme de usted.  
— Muchacho, ¿qué es lo que dices?  
No saldrás de mi taller,  
que los buenos artesanos  
están mal en un cuartel.

Toma y pon un sustituto,  
que ya hablaremos despues.  
— Mil gracias, señor maestro,  
pero...

— ¿Qué?

— No puede ser;  
me voy soldado.

— Muchacho,  
haz lo que te venga bien;  
pero á qué vas á la guerra?  
— A morir por... Isabel. —  
Y el pobre Cárlos entónces  
se despidió del taller,  
y al pasar junto á la reja  
de la desdenosa Ines  
se le saltaron las lágrimas  
sin poderlas contener.  
No faltó una alma de hiena  
que allí se burlara de él,  
pero por Ines lloraba  
y sabia el pobre bien  
*que no es delito en un hombre  
llorar por una mujer.*

## V.

Como Cárlos no tenia  
padre ni madre ni quien  
le consolase al partir  
para nunca mas volver,  
estaba solo en su cuarto  
pensando en la ingrata Ines,  
y decia: — Entre morir  
por una ingrata mujer  
ó una reina agradecida,  
por mi reina moriré,  
que del que muere por ella  
nunca se olvida Isabel.  
Guitarra con que cien veces



junto á su reja canté  
mi amor y mi desventura,  
¡tú debes morir tambien! —  
E hizo astillas la guitarra  
contra la dura pared!  
Luego, partió y los vecinos  
no le volvieron á ver;  
mas dicen que al alejarse  
del barrio de Lavapiés  
lloraba á lágrima viva,  
y tampoco aquella vez  
trató de ocultar sus lágrimas,  
pues sabia el pobre bien  
*que no es delito en un hombre  
llorar por una mujer.*

## VI.

¡Plum, plum! Dios qué sarracina  
se arma entre Mosen Benet  
y las tropas de la reina!  
¡Cuánta sangre va á correr!  
¡Prururum!... Descargas cerradas.  
La tropa se porta bien,  
y eso que hay muchos reclutas  
venidos de Leganes.  
¡A ellos! ¡viva la reina!  
¡A ellos! ¡viva Isabel!  
¿Quién es ese buen recluta  
que con tal intrepidez  
anima á sus compañeros  
con el decir y el hacer?  
¡Es Carlos el madrileño,  
Carlos el de Lavapiés!  
¡Ira de Dios, qué valiente!  
Quiere morir ó vencer...  
¡Pero ay! ¡le ha herido una bala  
¡maldita de Dios amen!  
¡Pobre recluta! ha espirado

dando vivas á Isabel,  
y ha derramado dos lágrimas  
su último aliento al perder;  
pero esas lágrimas tristes,  
¿por quién han sido, por quién?  
¿Fueron por Ines? No importa  
aunque fueran por Ines,  
*que no es delito en un hombre  
llorar por una mujer.*

## 39.

## MELANCOLIA.

## I.

Ya en la empinada cumbre  
del Guadarrama,  
no dan nieves y brumas  
tristeza al alma,  
ya están las nubes  
sonrosadas ahora,  
despues azules.

Ya están las orboledas  
vestidas de hoja,  
ya en árboles y prados  
las flores brotan,  
ya están de venta  
en santa Cruz á cargas  
las azucenas.

Ya bailan á la orilla  
del Manzanares  
muchachas y muchachos  
todas las tardes,  
ya echan tonadas  
en la virgen del Puerto,  
los de Cantabria.



Ya los calenturientos  
van los domingos  
á beber á la fuente  
de san Isidro,  
ya á la montaña  
van los que para amarse  
no buscan ramas.

Ya abundan en misterio  
dulce y tranquilo  
la fuente Castellana  
y el Buen-Retiro,  
y á su espesura  
van los que para amarse  
las ramas buscan.

¡Cárlos! todo se anima,  
todo se alegra,  
todo florece, todo  
feliz se muestra  
y al mismo tiempo  
yo... ¡de melancolía  
me estoy muriendo!

Cárlos, no me preguntes  
porqué estoy triste,  
pues no lo sé, pues solo  
puedo decirte  
que há muchos días  
*nada me aflige y tengo  
melancolía.*

## II.

¡Cárlos! tú que adivinas  
mis pensamientos,  
tú que sientes acaso  
lo que yo siento,  
ve si penetras  
la misteriosa causa  
de mi tristeza.

Un tiempo íbamos juntos  
mañana y tarde  
de montaña en montaña,  
de valle en valle,  
y eran entónces  
tantas mis alegrías  
como las flores.

Pero hoy, cielos azules,  
sol refulgente,  
arboledas floridas,  
cantos alegres,  
serenas auras  
languidez y tristeza  
dan á mi alma.

Y en mi corazón, ántes  
siempre tranquilo,  
hay ahora un deseo,  
hay un vacío,  
hay un perpetuo,  
misterioso, inefable  
desasosiego.

Almas como la mía,  
¿qué sensaciones  
pueden echar de ménos  
entre las flores?

— Únicamente  
el amor es la que echan  
de ménos siempre.

— ¡El amor! ¡Ya comprendo  
porqué mi alma  
se hallaba un tiempo alegre  
y hoy triste se halla,  
porqué las flores  
que alegre me pusieron  
triste me ponen!

Falta el amor al alma  
que vive amando,  
y por eso está inquieta,



por eso, Cárlos,  
há muchos días  
*nada me aflige y tengo  
melancolía!*

## 40.

## AMOR DE LOS AMORES

## I.

A la orilla del río  
te vi una tarde,  
á la orilla frondosa  
del Manzanares,  
y desde entónces  
eres único objeto  
de mis amores.

Niña, ¿qué es lo que hiciste  
para hechizarme?  
¿qué es lo que hiciste á orilla  
del Manzanares?  
Mas ya recuerdo  
de tus dulces hechizos  
cuál fué el primero.

Iba el sol á esconderse  
tras la montaña,  
melancólico y triste  
como mi alma,  
y en la pradera...  
era todo silencio,  
todo tristeza.

Mas sonaron cantares  
allá á lo léjos  
y á nosotros llegaron  
estos acentos,  
sin duda quejas

de una alma que anhelaba  
lo que la nuestra:

«Quien vive sin amores  
muriendo vive,  
que es la vida sin ellos  
sol en eclipse,  
fuente sin agua,  
arbolito sin fruto,  
cuerpo sin alma.»

Un profundo suspiro  
lanzaste, niña,  
suspirando mostraste  
lo que sentias,  
y desde entónces  
eres único objeto  
de mis amores.

No puedo desecharte  
del pensamiento,  
pensar en tí es mi gloria,  
contigo sueño,  
sin tí no vivo,  
por tí adoro la vida,  
por tí respiro.

Por tí ambiciono gloria,  
por tí riquezas,  
por tí pulso la lira  
de los poetas,  
y por tí espero  
yo, mísero gusano,  
tocar el cielo.

Idolátrame, niña,  
cual te idolatro,  
si cariño ambicionas  
ven á mis brazos,  
pues en la tierra  
*imposible es que encuentres  
quien mas te quiera.*



## II.

Tú tal vez no comprendes  
el amor mio,  
que pocos en el mundo  
le han comprendido,  
que por desgracia  
no es el alma del vulgo  
como mi alma.

Antes de confesarte  
que te queria,  
se apellidaron otras  
amadas mias,  
y es facil que esas  
te digan, amor mio,  
que no me quieras.

Si te dicen que el alma  
tengo de nieve,  
díles que me calumnian,  
díles que mienten,  
en suma, díles  
que segun me quisieron  
así las quise.

Angel de la poesía  
y el sentimiento,  
si revuelas en torno  
de la que quiero,  
dile, ángel, dile  
si revolaste en torno  
de las que quise!

Poco me importa, niña,  
que no resuene  
una lira en las manos  
de las mujeres,  
pues bien sé, niña,  
que á deberes mas santos  
Dios os destina;

Mas quiero que resuene  
siempre en su alma;

eso quiero en vosotras,  
eso me basta,  
y así no siendo,  
mi corazon ardiente  
se torna hielo.

Mirada, voz, suspiros,  
todo revela  
que esa lira en tu alma  
dulce resuena,  
y hé aquí el motivo  
por que eres dulce objeto  
del amor mio;

Hé aquí porque bendigo,  
niña, la tarde  
que te vi en la ribera  
del Manzanares,  
la tarde, niña,  
que un suspiro me dijo  
lo que sentias.

Bajo el florido techo  
de mi cabaña,  
mas amor tendrás, niña,  
que en un alcázar,  
mas dulce siempre  
será, niña, tu sueño  
que el de los reyes.

Ven y goza el tesoro  
de mi amor, niña,  
pues con él ha de serte  
dulce la vida,  
pues en la tierra  
*imposible es que encuentres  
quien mas te quiera.*



## 41.

## GLORIAS DE LA MUJER.

## I.

¡Oh niña, niña donosa,  
la del delicado pié,  
la de los ojos azules,  
la del labio de clavel,  
la del cabello dorado,  
la de la rosada tez,  
la de la dulce mirada,  
la de cien gracias y cien,  
oh niña, niña donosa,  
un galan que anhela ver  
la luz de tus bellos ojos  
pasa una vez y otra vez  
bajo tu ventana, y nunca  
á la ventana te ve!  
Tirana ¿porqué te escondes?  
Tirana, ¿porqué huyes de él  
si en otro galan no has puesto  
todavía tu querer,  
segun dicen tus vecinas  
que deben saberlo bien?  
Amor con amor se paga,  
pon fe donde vieres fe,  
y deja el apartamiento  
para la adusta vejez,  
porque si niña y hermosa,  
pagas amor con desden,  
*digo que no tienes alma  
ni corazon de mujer.*

## II.

¡Oh niña, niña donosa!  
cuando reclinas la sien

sobre la blanca almohada,  
¿qué sueñas entónces, qué?  
¿No sueñas que, discurriendo  
por un florido vergel,  
inclinas la hermosa frente  
con extrema languidez,  
inquieta por un deseo  
que no puedes comprender?  
¿No sueñas que de improviso  
se postra humilde á tus piés  
un jóven cuyas palabras  
disipan la palidez  
de tus mejillas y llenan  
tu corazon de placer?  
¿No sueñas que al extinguirse  
la luz del dia, con él  
vagas entre los rosales  
trocando ofertas de fe?  
¿No ves á tus compañeras  
baile y juegos suspender  
por contemplar envidiosas  
tu dicha con avidez?  
Pues si nada de esto sueñas,  
pues si nada de esto ves,  
*digo que no tienes alma  
ni corazon de mujer.*

## III.

¡Oh niña, niña donosa!  
¿no consideras, no ves  
que está en la union de dos almas  
la fuente de todo bien,  
pues cuanto el amor profundo  
une á un ser con otro ser,  
es una flor cada espina  
y es este mundo un eden  
donde los ojos no vierten  
mas llanto que el del placer?



¿No anhelas hallar una alma  
espejo límpido y fiel  
donde á todas horas puedas  
la tuya gozosa ver?  
¿una alma noble que tenga  
por un mentido oropel  
el oro, la gloria, el fausto,  
la libertad, el poder,  
comparados con la prenda  
de tu ilimitada fe?  
Pues si nada de esto anhelas,  
pues si nada de esto ves,  
*digo que no tienes alma  
ni corazon de mujer.*

## IV.

¡Oh niña, niña donosa!  
¿no piensas alguna vez  
que tiene la enredadera  
necesidad de sosten,  
pues si no hay un arbolito  
que la sostenga, se ve  
derribada en la vereda  
donde el pastor y la res  
la enlodan y la deshacen  
sin compasion con el pié?  
¿que, siendo débil como ella,  
tú como ella has menester  
á tu lado un arbolito  
que apoyo y sombra te dé?  
¿y no ves que el dolor, carga  
tan pesada suele ser,  
que si no le compartimos  
con un compañero fiel  
podemos en la jornada  
desfallecidos caer?  
¿No sabes que en este mundo  
hasta compartiendo el bien

encuentran las almas nobles  
un santo y dulce placer?  
Pues si nada de esto sabes,  
pues si nada de esto ves,  
*digo que no tienes alma  
ni corazon de mujer.*

## V.

¡Oh niña, niña donosa!  
fuera de la doncellez  
hay un estado que encierra  
goces sublimes tambien.  
El dulce nombre de esposa  
tu aspiracion debe ser,  
pues el vínculo que indica,  
cuando obra del amor es,  
es blando lazo de flores,  
no una cadena cruel.  
Bajo ese vínculo santo,  
¿tus ojos, niña, no ven  
á la madre cariñosa  
que besa con embriaguez  
la rosada faz del ángel  
desprendido de su ser?  
¿no ves al feliz esposo  
sellar con su labio fiel  
la mejilla de la esposa  
lleno de amor y placer?  
¿no piensas que en estos goces  
hay tal encanto y tal bien  
que solamente en el cielo  
mayores los puede haber?  
Pues si nada de esto piensas,  
pues si nada de esto ves,  
*digo que no tienes alma  
ni corazon de mujer.*



## VI.

¡ Oh niña, niña donosa!  
con la caduca vejez  
que despojará á tu rostro  
de su hermoso rosicler,  
vendrán los dolores físicos  
en inhumano tropel  
y quedará á sus embates,  
anonadado tu ser.  
¿ No piensas que será dulce  
en aquel trance cruel,  
hijos amantes en torno  
del lecho agrupados ver?  
¿ que será, al dejar el mundo,  
muy grato dejar en él  
alguien que riegue con lágrimas  
el misterioso cipres  
que á nuestras yertas cenizas  
sombra benéfica dé?  
¿ que la oracion de los hijos  
el Señor debe acoger,  
pues la súplica mas santa  
depositada á sus piés  
es la del hijo que llega  
por su madre á interceder?  
Pues si nada de esto piensas,  
pues si nada de esto ves,  
*digo que no tienes alma  
ni corazón de mujer.*

## 42.

## AMOR INMORTAL.

## I.

De pechos á la ventana  
estábamos un domingo  
viendo el sol que se escondia  
tras de los lejanos picos.  
Dominaba la tristeza  
en su corazon y el mio,  
que mi corazon y el suyo  
eran para amar nacidos  
y ambicionaban entónces  
cumplir su santo destino,  
pues en las horas solemnes  
en que el sol se esconde tibio,  
y le dan la despedida  
cantando los pajarillos,  
y se alzan blancos vapores  
de las fuentes y los rios,  
y victoriosa la luna  
muestra su brillante disco,  
y tocan á la oracion  
allá en el templo vecino...  
en esas horas solemnes,  
¡ qué dulce es amar, Dios mio,  
y qué amargo en el acceso  
de un amoroso delirio  
tender con afán los brazos  
y estrechar solo el vacío!  
— ¡ María, la dije, late  
mi corazon intranquilo!  
¿ Dónde habrá otro corazon  
que responda á sus latidos?  
La niña bajó sus ojos  
dulces, pudorosos, tímidos,



y me mandó su respuesta  
en las alas de un suspiro ;  
pero asaltando su alma  
presentimientos sombríos,  
alzó sus ojos al cielo  
y sonriendo me dijo :  
— ¡ *Allí se irán á juntar  
tus amores y los míos!*

## II.

Pasámos un año amándonos  
con el amor de dos niños,  
con el amor de dos ángeles,  
inmaculado y tranquilo.  
Qué gloria, Señor, qué gloria  
la de dos seres unidos  
por un amor como el nuestro,  
puro, inocente, infinito !  
Quien llama valle de lágrimas  
á este mundo en que vivimos,  
ese el amor no conoce,  
ese nunca le ha sentido,  
pues para aquel que le siente,  
la tierra es un paraíso.  
María, la dulce niña,  
la que corriendo conmigo,  
ya por los bosques espesos,  
ya por los prados floridos,  
pájaros y mariposas  
sujetaba á su dominio ;  
María, la que mas tarde  
unir para siempre quiso  
con una cinta de amores  
su destino á mi destino ;  
María, la enamorada,  
exhaló un día un suspiro  
y voló tras él al cielo  
porque era un ángel divino,

porque era una palomita  
del celestial paraíso.  
No penseis que con su llanto  
fué regando su camino,  
pues amores como el suyo  
no mueren cuando morimos,  
que siendo amores del alma,  
son como el alma infinitos ;  
por eso la dulce niña  
mirando al cielo me dijo :  
— *Allí se irán á juntar  
tus amores y los míos.*

## III.

Lloré su temprana muerte,  
pues si en la fe me distingo  
del vulgo de los humanos,  
tambien humano he nacido  
y de la humana flaqueza  
muchas veces participo.  
Lloré por la dulce niña  
que unir para siempre quiso  
con una cinta de amores  
su destino á mi destino ;  
mas la fe secó mis lágrimas,  
y hoy por el cielo suspiro.  
No ha muerto la compañera  
de mis placeres de niño,  
pues tiene sus bellos ojos  
en mí como siempre fijos,  
pues me anima con su acento  
cuando desmayo ó vacilo,  
pues en el prado, en el bosque  
do quiera que le dirijo  
mi voz, á mi voz responde.  
¡ Qué dulce es creer, Dios mio !  
Debajo de la ventana  
donde ambos nos comprendimos,



hay una flor que á su mano  
debió su primer cultivo,  
y esa flor agradecida  
á sus cuidados solícitos,  
me trae cada día un dulce  
mensaje de su cariño.

Por medio de ella me dice:  
«No me olvides, amor mio»  
y alzando la vista al cielo  
le respondo: «no te olvido.»  
No ha muerto la dulce niña  
que sonrosada un domingo  
de pechos á la ventana  
mirando al cielo me dijo:  
— *Allí se irán á juntar  
tus amores y los míos.*

## 43.

## LAS FLORES PARA LA VIRGEN.

## I.

— ¡Jesus, qué niña tan guapa!  
¡Jesus, qué niña tan linda!  
¿Qué buscas en estos campos?  
¿Qué haces aquí tan solita?  
— He venido á coger flores  
— ¿Para qué las quieres, niña?  
— Está malita mi madre  
y me han dicho mis vecinas  
que al punto se pondrá buena  
si cuando toquen á misa  
una corona de flores  
llevo á la virgen María.  
— ¡Bendita sea tu boca!  
¡Hermosa, Dios te bendiga!

¿Quieres á la Virgen?  
— Mucho.  
— ¿Le rezas?  
— Todos los días.  
— ¿Y qué le pides?  
— Le pido...  
salud para mi familia.  
— Rézala, quiérela mucho,  
que además de compasiva,  
*es María mas hermosa  
que el oro y la plata fina.*

## II.

— Acércate y dame un beso...  
¡Bendito el Señor que cria  
serafines tan hermosos,  
y la que parió tal hija!  
Vámonos por estos campos  
y estas praderas floridas,  
que juntos recogeremos  
las flores que necesitas.  
Mira cuántas violetas,  
mira cuántas siemprevivas,  
mira cuántas amapolas,  
mira cuántas clavellinas!  
¡Qué hermosa estará la Virgen  
con ellas coronadita!  
Verás como da á tu madre  
la salud y la alegría,  
y verás, cuando estas flores  
ornen su frente bendita,  
como no hay chicos ni grandes  
que al contemplarla no digan:  
*es María mas hermosa  
que el oro y la plata fina!*



## III.

— ¿Y porqué gustan las flores  
tanto á la vírgen María?

— Porque son hermanas suyas.

— ¿ Hermanas suyas?

— Sí, niña;

por eso la Vírgen rosa  
de Jericó se apellida,  
por eso aromas celestes  
á su lado se respiran,  
por eso su santo nombre  
el corazon regocija  
como las flores que pueblan  
los valles y las colinas;  
por eso en el mes de mayo  
con cánticos de alegría  
van todos al santo templo  
donde se ostenta bendita  
como van á los jardines  
donde brotan clavellinas,  
olorosas azucenas  
y rosas de Alejandría,  
y por eso cantan, hombres,  
mujeres, niños y niñas:  
*es María mas hermosa  
que el oro y la plata fina.*

## IV.

— Yo pondré en su santa frente  
una corona muy linda;  
pero temo que la Vírgen  
no haga caso de una niña...  
— ¡Ángel de Dios, tu inocencia  
los corazones cautiva!  
Las niñas tambien son flores  
y agradan tanto á María  
como las que en los jardines  
y en las praderas se crian.

Mas ya tocan las campanas,  
ya bajan por las colinas  
ó suben por la ribera  
grandes y chicos á misa.  
Vámosnos tambien nosotros,  
pues tenemos concluida  
la corona que á la reina  
de los ángeles dedicas:  
vamos á ver á la Vírgen,  
pues, tenlo entendido, niña,  
*es María mas hermosa  
que el oro y la plata fina.*

## 44.

## LA CACERIA.

## I.

Por la puente segoviana  
mañanita de san Juan,  
rio arriba, rio arriba,  
al tiempo de alborear  
en lucida cabalgata  
muchos caballeros van.  
Perros y halcones conducen  
sus servidores detras,  
y señores y criados  
departen de igual á igual,  
porque no rige en el campo  
mas ley que la libertad. —  
¡Ay vírgen de la Almudena,  
qué delicia es caminar  
por las márgenes del rio  
cuando floridas están,  
cuando á los pájaros se oye  
entre las ramas cantar,



cuando las ondas del río  
son puras como el cristal,  
cuando las auras serenas  
frescura y perfumes dan!  
Al pasar los cazadores  
salen á verlos pasar  
doncellitas como rosas  
no cortadas del rosal,  
que cogiendo la verbena  
andan de aquí para allá,  
y al verlos, de placer sienten  
su corazón palpar,  
porque va en la cabalgata  
tanto mancebo galán! —  
Coged, hermosas doncellas,  
florecitas de san Juan,  
coged flores y las flores  
de esos mancebos dejad,  
que aunque los que van al campo  
vayan todos á cazar,  
*unos cazan las perdices  
y otros las hijas de Adán.*

## II.

Si en la alegre cabalgata  
mancebos gentiles van,  
á todos D. Luis de Haro  
deja en gentileza atrás.  
A más de ser en la villa  
caballero principal,  
es discreto entre discretos  
y entre galanes galán.  
El Buen Retiro y el Prado  
lo pueden atestiguar,  
que el Prado y el Buen-Retiro  
le han visto mil veces ya  
el corazón de las damas  
tras su donaire llevar.

— «¡Adelante los monteros,  
que pronto levantarán  
los sabuesos y los galgos  
la res en el encinar!»  
exclama D. Luis de Haro  
entre la maleza ya,  
y todos los cazadores  
diseminándose van  
de otero en otero, de  
matorral en matorral,  
por este lado los unos  
y los otros por allá.  
Hacia una casita blanca,  
vivienda del montaraz,  
seguido de su jauría  
va D. Luis en su alazan  
y así que la res descubre,  
su bocina hace sonar.  
Pero ¿porqué la bocina  
sin terminar la señal  
ha apartado de sus labios  
y hacia la casita va?  
Es que una hermosa doncella  
de quince años poco más  
á sus atónitos ojos  
se acaba allí de mostrar  
y el que era sol en la villa  
girasol amante es ya....  
Los cazadores cazando  
siguen en el encinar  
y se preguntan: — ¿A dónde,  
á dónde el de Haro estará?  
y ninguno á esta pregunta  
satisfacción sabe dar;  
mas canta un villano, frente  
la casa del montaraz:  
«Aunque los que van al monte  
vayan todos á cazar,



*unos cazan las perdices  
y otros las hijas de Adan.»*

## III.

— «¡Permita Dios que traspase  
mi corazon un puñal  
si mi corazon te olvida!»  
dijo á una niña un galan  
estando un dia de caza,  
de caza en el encinar,  
y el falso á la pobre niña  
ha dado al olvido ya,  
que pasan dias y dias  
y meses pasando van  
y aunque la niña se muere  
de vergüenza y de pesar,  
el falso D. Luis de Haro  
á consolarla no va!  
— ¡Hija de mi corazon!  
dice el pobre montaraz,  
á todas horas te veo  
desconsolada llorar.  
«¿Cuál es, serafin, la causa  
de tu desconsuelo, cuál?»  
Y al saber el triste padre  
porqué muriéndose está  
la desventurada niña  
de vergüenza y de pesar,  
«Cuchillo mio, murmura,  
nuestro vengador serás!»  
Y poco ántes que suceda  
á la luz la oscuridad,  
rio abajo, rio abajo,  
hácia la villa se va.  
El enojo y el dolor  
han trastornado quizá  
su imaginacion, que á veces  
se oye al infeliz gritar:

*«Traspasa, cuchillo mio,  
el corazon desleal  
del pérfido caballero  
que cuando á la caza va,  
en vez de cazar perdices  
caza las hijas de Adan.»*

## IV.

En el reloj de la villa  
pausadas y tristes dan  
las dos de la madrugada  
y todo en silencio está;  
que como la noche es fria  
y es tanta la oscuridad,  
no han salido por las calles  
los galanes á rondar.  
Mas del Buen-Retiro vienen  
dos caballeros por la  
carrera de san Jerónimo  
y un bulto viene detras.  
— A fe de Don Luis de Haro,  
dice el de algo mas edad,  
os aseguro que envidio  
vuestra fortuna, Don Juan:  
vuestro amor va recorriendo  
«toda la escala social»,  
siempre victorioso, siempre  
lleno de prosperidad.  
Desde la pobre villana  
hasta la dama real...  
— ¡Silencio, Don Luis! La reina  
no se tiene que acusar  
de haberme otorgado nunca  
ningun favor criminal.....  
— Pues en distinta creencia  
todos en Palacio están,  
y aun en la villa.....  
— Pues mienten



todos los que piensan tal,  
y es torpeza confundir  
con el amor la amistad.  
— El mismo rey la confunde,  
como habréis notado ya,  
pues no os ha hablado esta noche  
como acostumbra...

— ¡Es verdad!

Y hase notado su enojo  
conmigo?

— Tanto, Don Juan,  
que si dais un tropezon  
esta noche, se dirá  
mañana en Madrid que os puso  
la piedra su Majestad.

— ¡D. Luis, qué necio es el mundo!

— Yo creo que vos sois mas,  
pues que mirais con desden  
á toda mujer vulgar.

— El amor es mas hermoso  
cuanto mas escelso.

— ¡Bah!

siempre salís los poetas  
con ese lindo cantar.  
Denme una mujer hermosa  
y... vista seda ó sayal,  
que yo no hallo diferencia  
entre las hijas de Adan.  
Y sinó aquella paloma  
que cogí en el encinar...  
¡Don Juan, mas hermosa, no  
la he desplumado jamas!... —  
Aquel bulto que signiendo  
á ambos caballeros va,  
avanza rápido y grita:  
— «¡Muere, traidor gavilan!»  
Y clava á Villamediana  
en el costado un puñal

en tanto que Don Luís huye  
murmurando:

— El montaraz  
padece equivocaciones  
que no me sientan muy mal;  
pero al encinar del Pardo  
por quien soy no he de tornar  
tan pronto á *cazar palomas*  
ni á *cazar hijas de Adan.*

## 45.

## LAS MADRES.

De padres á padrastros  
hay cuatro leguas;  
de madres á madrastras  
hay cuatrocientas.

## I.

— ¡Quiquiriqui!...

— Canta el gallo

y con esta ya van tres.

Ea, muchachos, arriba,  
que es cerca de amanecer.

— Todavía es muy temprano...

¡Padre, déjenos usted  
otro poquito!

— ¿Que os deje  
cuando tenemos la mies  
clamando porque cuanto ántes  
la vayan á recoger?

¡Ea, arriba, perezosos!

— ¡Anton, déjalos! No ves  
que están los pobres muchachos  
reventaditos de ayer?

— No, buena procuradora  
tienen en tí!



— Que se estén  
en la cama hasta que el gallo  
cante siquiera otra vez.  
— Bien, que se estén... Estas madres  
los echan siempre á perder!  
— ¿Hombre, qué quieres que hagamos?  
— No haceros tanto de miel.  
— Hijos de nuestras entrañas,  
¿no los hemos de querer?

## II.

— Muchachos, que ya es de día.  
— Padre, ya estamos en pié.  
— Ea, pues á ver si hoy cunde  
la tarea mas que ayer.  
— ¿Hombre, son algunos negros?  
— ¿Y sales tú?

— Ya se ve  
que salgo.

— ¡Pero señor,  
que en todo se han de meter  
estas mujeres!

— Tratándose  
de mis chicos, con el rey  
me peleo yo... — Hijos míos,  
¿vais en ayunas? Bebed  
un poquito de aguardiente  
con un bollo. Os voy á hacer  
para almorzar unas migas  
que estén diciendo comed!  
Abrocháos esos cuellos,  
que con el sol os poneis  
lo mismo que unos gitanos...  
Válgame Dios de Israel,  
que por mas que una se mate  
no ha de poder nunca ver  
arreglados á estos hijos!...  
— Id con Dios.

— Hasta despues.  
— Eres la madre... mas madre  
que se ha visto ni se ve!  
— ¡Déjame, Anton, por los clavos  
del Señor! ¿Y qué he de hacer?  
si su madre no los quiere  
¿quién ha de quererlos, quién?

## III.

— ¡Qué hermosa está la mañana!  
¡Qué bien se está aquí, qué bien!  
Desde esta ventana, un mundo,  
un mundo entero se ve!  
El aire de la mañana  
olores va á recoger  
al tomillar de los cerros  
y aquí los vierte despues.  
Airecito que vertiendo  
olores como la miel,  
en mi ventana suspiras,  
qué Dios te bendiga, amen!  
Los mozos yendo á la vega  
van cantando su amor fiel,  
las mozas yendo á la fuente  
le van cantando tambien,  
y hasta los pájaros cantan  
en el huerto no sé qué...  
Anton, el sol de Dios sale  
por detras del cerro aquel...  
¡Qué hermoso, Dios le bendiga!  
¿Anton, no le quieres ver?  
— Déjame de sol ni sombra,  
que harto me abraso con él.  
Si no es el sol que tu miras  
el que madura la mies!  
Si el sol que tu miras son  
tus hijos!

— ¿Pues bien, y qué?



¡Los hijos son el espejo  
en que las madres se ven!

## IV.

— Anoche los señoritos  
debieron correrla bien,  
que cuando se recogieron  
eran cerca de las tres.

— ¡Estás en tu juicio, Anton!

Sí yo misma les eché  
la llave para que entraran  
y eran... serían las diez.

— Mujer, si yo los sentí  
yo estuve para coger  
una tranca...

— Vamos, vamos  
tú estabas soñando.

— ¡Eso es!

¡mire usted qué es mucho cuento!

¡Que le han de querer hacer  
á uno comulgar con ruedas

de molino! Ya se ve,  
su madre lo tapa todo  
y los chicos hacen bien!

Y ¿no les diste dinero  
para la bromita?

— ¡Pues!

— Mujer, si yo te sentí  
abrir el cofre y coger  
dinero cuando se fueron...

— Sí, se lo di; pero ¿y qué?  
Quiero que siempre mis chicos  
donde vayan queden bien.

— Válgate Dios!

— Anton, mira,  
por mas vueltas que le des,  
ellos han de ser mis hijos  
y yo su madre he de ser.

## V.

— ¿Qué tienes, hija? ¿estás mala?

¡Hace ya cerca de un mes  
que no duermes, que no comes!  
que reir no te se ve,

que te quedas en los huesos...

¿Qué tienes? vamos á ver,  
¿quieres que se llame al médico?

— No, Anton, porque inútil es.

— ¿Pero no sabes qué tienes?

— ¡Demasiado, Anton, lo sé!

¡Los hijos de mis entrañas  
van á ir á servir al rey!

— Tonta, y ¿por eso te afliges?  
Mira, para conocer

el mundo, no hay mejor cosa  
que andar siete años por él.

Todos los hombres debieran  
esos estudios hacer.

— Anton, vosotros los padres  
así pensaréis tal vez,

pero las madres pensamos  
que es el dolor mas cruel

ver á los hijos del alma

por esos mundos correr

muertos de cansancio un dia,

y otro muertos de hambre y sed.

— Es verdad que hay algo de eso.

Pero, hija, ¿qué hemos de hacer  
si caen soldados los chicos?

— Anton, y ¿preguntas qué?

Hasta los últimos clavos

para librarlos vender;

y si eso no basta, yo

por esos mundos iré

pidiendo de puerta en puerta,

para que á servir al rey

no vayan los pobres hijos



que con tanto afán crié!  
— Alegando algún achaque  
se podrán librar tal vez...  
— Eso sería mentir  
y dos veces ofender  
á Dios que los ha criado  
mas hermosos que un clavel.  
— Pues venderemos las tierras  
ya que te empeñas, mujer.  
— ¡Gracias, Anton de mi alma!  
¡Que Dios te bendiga, amen!  
Para las madres, la gloria  
es siempre á sus hijos ver...  
¡Ah! si Dios nos da dolores,  
consuelos nos da tambien!

## VI.

— Ayer tu santo bendito,  
y nadie te vino á ver...  
¡Qué ingratos hijos, qué ingratos!  
— ¡Anton, por la Virgen, ten  
paciencia!...  
— ¡Paciencia! ¡Mucha  
necesitamos tener!  
¡Mira el pago que nos dan  
esos pícaros, despues  
de haberles sacrificado  
el pan de nuestra vejez!  
¡La soledad y el olvido!  
— Pero hombre de Dios, no ves  
que tienen familia ya  
los pobres á que atender?  
— ¡Y se olvidan de sus padres!  
— No hav tal...  
— Bien claro se ve;  
se casaron y no han vuelto  
á poner aquí los piés!  
— No habrán podido los pobres...

— ¡No los defiendas, mujer!  
— Son mis hijos.  
— Ese nombre  
yo á darles no volveré  
sino para maldecirlos.  
— ¡Qué corazón tan cruel!  
— ¡Mal hayan amen mis hijos!  
— ¡Benditos sean, amen!

## 16.

## LO MEJOR DE LAS NINAS.

## I.

Tienes un pelo, niña,  
que en brillo y suavidad  
al ébano y la seda  
se deja muy atras,  
que para atar las almas  
no he visto lazo igual...  
pero otra cosa tienes  
que á mí me gusta mas.

Tienes unos ojitos  
que dicen soledad,  
negros como las penas  
que causa su mirar,  
y alegres como el cielo  
cuando sereno está...  
pero otra cosa tienes  
que á mí me gusta mas.

Tienes unas mejillas  
que no hay en el rosal  
rosita que con ellas  
se pueda comparar,  
que nadie vió conjunto  
de perfecciones tal...



pero otra cosa tienes  
que á mí me gusta mas.

Tienes una boquita  
con labios que han de dar  
envidia á los claveles  
que broten por san Juan,  
con dientes que figuran  
perlitas de la mar...  
pero otra cosa tienes  
que á mí me gusta mas.

Tienes una garganta  
que celos á uno da  
la santa crucecita  
que en ella tiene altar  
y al palpar tu seno  
de amor palpitará...  
pero otra cosa tienes  
que á mí me gusta mas.

Tu pelo y tus ojitos  
me gustan en verdad,  
me gustan tus mejillas  
de nieve y de coral,  
tu boca y tu garganta  
me gustan á la par...  
mas tu corazoncito  
me gusta mucho mas.

## 47.

## LOS DESENGANOS.

## I.

— Juan, ya te he dicho que el tiempo  
malgastas en predicarme.

— Pedro, ántes de hacer las cosas  
mira bien como los haces.

Te figuras que los hombres  
y las mujeres son ángeles,  
y tales figuraciones  
son siempre perjudiciales.

Vive siempre en la creencia  
de que intentan engañarte  
lo ménos noventa y nueve  
de los cien á quienes trates,  
y este es el medio seguro  
de que ninguno te engañe.

— Mira, Juan, te puedes ir  
con tus consejos al diantre.

— Ya vendrán los desengaños;  
pero vendrán ya muy tarde  
y los llorarás á ríos...

— Pues bien, que los llore á mares

— Has de ser muy desgraciado.

— Será lo que tase un sastre.

— Te digo que eres un niño.

— Sé mas que tú, no te canses.

— Con el tiempo lo veremos.

— Pues muchos recados dále  
al tiempo. Anda, no me muelas  
con sermones...

— Con verdades.

«El tiempo y el desengaño  
son dos amigos leales  
que despiertan al que duermo  
y enseñan al que no sabe.»

## II.

— Preguntaré á estos muchachos  
que deben ser estudiantes  
de medicina tambien  
si han visto á ese badulaque  
de Pedro. ¿Me dan ustedes  
razon de Pedro Fernandez?  
— Sí señor, por ahí abajo



se fué hace pocos instantes.

— ¿Y no dijo á dónde iba?

— Sí, nos dijo que iba á darse

un paseo hácia el canal

para que se le pasase

el mal humor, porque el pobre

hoy está de mal talante

como nos han reprobado...

— ¡Reprobado!!

— ¿Eso qué le hace?

El primer año cualquiera

le pierde. Hemos sido mártires

de nuestra opinion científica,

pues sostenemos que Hipócrates

y Galeno y Avicena

fueron unos botarates,

y esos tios de peluca

no pueden sufrir que nadie

combata sus opiniones...

Pero escuche usted... Sí, echadle

un galgo. Ese hombre está loco.

— Corramos, no sea tarde

y haga una calaverada.

¡Reprobado! Pobre madre

que estás gastando un sentido

para dar á ese tunante

una carrera decente

y lo gastas tan en balde!

Pero por fin llego á tiempo,

pues le diviso en la márgen

del canal. ¡Eh! ¿Pedro? ¿Pedro?

Me ha oído... sale á encontrarme.

No me equivoqué, pues tiene

la cara como un cadáver.

— Juan, ¿qué ha ocurrido? ¿qué quieres?

— ¿Qué quiero? Vengo á buscarte.

¿Y tú á qué has bajado aquí?

— ¡Pse!... yo á nada, á pasearme.

— Pues, á pasearte y hecha

una Magdalena madre

viendo que no parecias!

— ¡Juan, soy un vil, un infame,

un mal hermano, un mal hijo!

No me atrevo á presentarme

en casa... ¡Me han reprobado!

Me han perdido esos tunantes

con quienes me reunia....

— ¿Y qué intentabas?

— Tirarme

al canal. Para vivir

uno sin honor, mas vale....

— Mas vale tener cabeza

y procurar recobrarle.

Hé aquí el primer desengaño

que te anuncié poco hace.

¡Pedro! vámosnos á casa,

que está sin consuelo madre

y el primer deber del hijo

es consolar á sus padres.

¿Sabes cómo se consuelan?

— Haciendo lo que tú haces.

— El tiempo y el desengaño

te enseñarán á imitarme.

### III.

— ¡Perico, venga esa mano!

¿Qué es eso, voto va el diantre?

¿Estás cabizbajo y triste

porque vas á entrar á exámen?

Animo, no tengas miedo,

porque vengo en este instante

de ver á tu catedrático

y me ha dicho que en la clase

no le hay mas aprovechado

que tú. No seas cobarde,

que vas á sacar una ese



como esta casa de grande.  
Pero qué demontre tienes  
que pareces un tomate  
de colorado y las lágrimas  
te se saltan? No me engañes,  
dime la verdad ¿qué tienes?

— Tengo ganas de tirarme  
por esta ventana.... Juan,  
mátame, soy un infame,  
un estúpido, un malvado.  
— Por Dios, que no lo oiga madre,  
habla bajo...

— Ya no puedo  
como pensaba graduarme.  
— ¿Y porqué?

— Porque presté  
el otro día á un pillastre  
el dinero que me dió  
para los derechos madre  
y tú que le viste.... aun  
no he podido recobrarle  
y hoy mismo se cierra el pago...

— Pedro, lágrimas de sangre  
nos han de costar á todos  
tus continuas necedades.

— Pero si era un condiscípulo  
y me aseguró el tunante  
que al día siguiente....

— Pedro,  
no gastemos tiempo en balde.  
Voy ahora mismo á pedir  
ese dinero, aunque pase  
todo el año trabajando  
de noche para pegarle,  
pues sino.... sería dar  
una puñalada á madre  
que para juntarle habia  
sufrido tantos afanes.

— ¡Pobre madre! pobre hermano!  
soy vuestro verdugo infame  
y sin embargo, vosotros  
sois mis ángeles guardianes.  
— Pedro, no se hable mas de esto,  
pero apunta donde sabes  
este nuevo desengaño  
que espero ha de aprovecharte.

## IV.

— ¡Me voy á saltar la tapa  
de los sesos!.... ¡Ah, qué infame,  
qué traidora, qué perjura!...  
Dáme una pistola, un sable,  
un cuchillo, cualquier cosa,  
porque voy á suicidarme....  
— ¿Pero qué locura es esa?  
¿A qué viene ese potaje  
de palabras? ¿A qué vienen  
todos esos disparates?  
¿Estás loco?

— Sí, estoy loco,  
pero loco de remate,  
loco de rabia, de celos,  
de indignacion, de coraje,  
de.... Malditas sean todas  
las mujeres....

— ¡Méno madre!  
¿Pero hombre, te explicarás?  
¿te explicarás con mil diantres?  
¿Qué es eso, qué ha sucedido?  
— Que se ha casado la Cármen.  
— Pues que Dios la dé salud  
y sucesion abundante.  
— ¿Salud? Pulmonía y tífus  
y jaqueca y zaratanes  
y á mí por médico, es  
lo que Dios debiera darle.



Mira Juan, no la defiendas,  
que se me sube la sangre  
á la cabeza.... Traidora,  
mala mujer, vil infame,  
coqueta....

— ¡Echa, echa, echa,  
eche usted y no se derrame!

— Juan, no te burles de mí  
porque haré algún disparate.

— Bastantes está usted haciendo  
y ya es hora de que hable  
como habla el hombre juicioso  
cuando le ocurre un percance.

Vamos á ver, ¿cuánto hacia  
que no la veías?

— Hace  
quince días que estuvimos  
en el café de la calle....

No se les hubiera vuelto  
veneno á ella y á su madre  
el sorbete que tomaron!

— ¿Qué te dijo aquella tarde?

— Toma, toma, lo que siempre,  
que aunque la descuartizasen  
me querría, que yo era  
su pensamiento constante,  
que tenía unos deseos  
muy atroces de casarse  
conmigo....

— Pedro, la pérdida  
de mujeres semejantes  
no se llora, se celebra....

— La bribona, la...

— Mas vale  
que te haya engañado ahora  
que no mas tarde... Mas tarde  
quizá no habría remedio  
y ahora el remedio es fácil.

— ¡Fácil! ¡Ah! ¡cómo olvidarla!

— ¿Cómo olvidarla? ¡Marchándot  
de Madrid mañana mismo.

Yo tengo ahorrados mil reales,  
los tomas y un par de meses  
te vas á cualquiera parte  
ya que estás de vacaciones,  
pues seguir aquí hecho un valle  
de lágrimas.... fuera dar  
una puñalada á madre.

— Juan, eres el ángel bueno  
á quien encargó velase  
por nuestra familia, al irse  
á los cielos, nuestro padre!

— No, soy un hombre que á costa  
de mil desengaños sabe  
que el tiempo y el desengaño  
son dos amigos leales.

## V.

— Juan, ya me voy convenciendo  
de que son unos infames  
todos los hombres.

— No todos.

Pedro, yo estoy muy distante  
de agraviar con tal concepto,  
á todos mis semejantes,  
porque una cosa es decir  
que uno, no debe fiarse  
como tú del primer quidam  
á quien se encuentra en la calle  
y otro decir que no hay  
honor ni virtud en nadie.

— Como quieras, pero yo  
tengo motivos muy grandes  
para renegar de todos  
y para echarlos al diantre.

— ¿Y qué motivos son esos?



— Tal vez andan ya buscándome  
para darme cuatro tiros  
ó á lo ménos deportarme...

— ¿Qué es lo que dices?

— Lo que oyes.

Hace poco tomé parte  
en una conspiracion  
destinada á dar al traste  
con nuestras instituciones  
políticas y sociales,  
reemplazándolas con otro  
sistema mas fulminante  
y acaban de delatarnos  
los que tenian la clave,  
los mismos que me metieron  
en ese complot del diantre.  
¡Juan, estoy comprometido!  
¿Qué he de hacer? dónde ocultarme?  
No hay mas, me huielen á pólvora  
los sesos como me atrapen!

— ¡Esto ya pasa de raya!

¡esto ya es inaguantable!

Meterse á conspirador...

— Pero hombre, si esos tunantes  
decian que su sistema  
era lo mas admirable  
que se ha visto! Si decian  
que así que se plantease,  
se trasladaria Jauja  
á orillas del Manzanares.

— Pedro, hablemos seriamente  
que tu situacion es grave.  
Antes de todo te encargo  
que no lo trasluzca nadie  
en casa... pues fuera dar  
una puñalada á madre.  
Tranquilízate, no temas:  
hay un alto personaje

que todo lo puede, á quien  
en un sangriento combate  
salvé la vida esponiéndome  
á verter por él mi sangre.  
Voy á verle ahora mismo  
y... puedes tranquilizarte.  
— ¡Juan! cien vidas me parecen  
poco á pagar tus bondades.  
Sálvame, yo te prometo  
ser muy otro en adelante,  
que el tiempo y el desengaño  
son dos amigos leales.

## VI.

— Gracias á Dios que acabaron  
las consultas! ¡No hay aguante  
para tanto! Despues que uno  
cuarenta visitas hace  
y viene á casa molido  
y deseando tumbarse,  
no le dejan descansar...  
— Pues no recibas á nadie.  
— Juan, seguiré tus consejos  
porque ya sé lo que valen.  
Hace un momento he tenido  
buena ocasion de acordarme  
de cuando á mujeres y hombres  
tenia por unos ángeles.  
¿No sabes lo que me acaba  
de asegurar don Melquiades?  
— ¿Qué?

— Toma, que don Ruperto,  
el de la calle del Cármen,  
se presentó ayer en quiebra.  
— ¡Caracoles! ¡Sabes que haces  
buen negocio si le das  
los treinta y tantos mil reales  
que te pidió el otro dia!



— ¿Te acuerdas que la otra tarde  
te dije que unos amigos  
se empeñaban en que entrase  
en una conspiración  
y se empeñaban en balde?

— Sí.

— Pues anda, esta mañana  
me les han echado el guante.  
— Me alegro mucho.

— ¿Te acuerdas  
de la hija de don Juan Sanchez  
cuya mano no admití  
y luego vino á casarse  
con un...

— ¿No me he de acordar?

— ¡Pues la ha cogido infraganti  
su marido con un primo  
y se ha armado un zipizape!...

— Mira si los desengaños  
te han librado de percances.

— Si ellos y tú no me hubierais  
enseñado á gobernarme,  
¡qué hubiera sido de mí!

¡qué de nuestra pobre madre!

— Pedro, el arte de vivir  
es un oficio... es un arte,  
y al aprender un oficio  
se paga el aprendizaje.

Ambos fuimos aprendices  
y... ya somos oficiales.

## CADENAS DE ORO.

## I.

A la guerra va el buen conde,  
á la guerra de Granada,  
montado en su potro overo  
y armado de todas armas.  
Llorando quedan sus pajes,  
llorando la castellana,  
que se casó con el conde  
aun no hace siete semanas;  
pero el buen conde camina  
á donde el honor le llama,  
que orgullosa en la frontera  
la media luna se alza,  
y si cristianos guerreros,  
poniendo en su Dios el alma,  
la media luna no abaten,  
¡ay de la enseña cristiana!  
¡ay de Leon y Castilla!  
¡ay de Aragon y Navarra!  
Ya se acerca á la frontera,  
ya se apresta á la batalla,  
ya embiste al infiel, al grito  
de Santiago! ¡cierra España!  
Valeroso lidia el conde,  
valerosa su mesnada,  
cual Pelayo en Covadonga,  
cual Don Alfonso en las Navas;  
mas como cien lanzas tiene  
y el moro mas de mil lanzas,  
la media luna triunfante  
sobre la cruz se levanta.  
Cautivo llevan al conde,  
cautivo para Granada



y como en mucho le tienen,  
al rey moro le regalan.  
Del conde se ha enamorado  
la hermosa princesa Zaida  
y al rey su padre le dice,  
bien oiréis como le habla:  
— Padre, si sois el mi padre,  
me habeis de hacer una gracia;  
poned al conde cadenas  
ligeras, que no pesadas;  
cadena de oro ponedle,  
ponedle grillos de plata,  
que los buenos en su tierra  
buenos son en tierra estraña.  
Ya le ponen al buen conde  
lo que la princesa manda,  
cadenita de oro fino  
ligera, que no pesada;  
pero al son de su cadena  
el triste cautivo canta:  
«¡De qué le sirve al cautivo  
tener los grillos de plata  
y la cadenita de oro  
si la libertad le falta!»

## II.

El buen conde castellano  
cadenita de oro arrastra  
en los jardines del rey,  
del rey moro de Granada,  
y mirando hácia Castilla,  
Castilla su dulce patria,  
de este modo se querella  
de la fortuna contraria:  
— Fortuna, ¿porqué me diste  
riquezas en abundancia,  
porqué me diste mujer  
hermosa y enamorada

si luego me apartas de ellas  
y no me dejás gozarlas?  
¡Mal hayas, fortuna impía,  
fortuna impía, mal hayas!  
¿Qué hará la mi dulce esposa  
sin el esposo del alma  
entre los muros sombríos  
de mi castillo encerrada?  
¿Qué harán los mis pajecicos  
sin su señor que en las armas  
mas que señor, como padre  
de grado los adiestraba?  
¿Y qué harán los mis vasallos  
sin tener quien ponga á raya  
á los condes mis vecinos  
que á robar mis tierras pasan?  
¡Mal hayas, fortuna impía,  
fortuna impía, mal hayas!  
Pájaros que vais volando  
hácia mi Castilla amada,  
¡quién fuera como vosotros,  
quién tuviera vuestras alas,  
que aunque es azul y sereno  
este cielo de Granada,  
el cielo de mi Castilla  
es el que á mí me hace falta,  
que no hay cielo tan hermoso  
como el cielo de la patria.  
Cuando llegueis á Castilla,  
posáos en la ventana  
del aposento en que llora  
la mi condesa del alma  
y divertid sus pesares  
con vuestras lenguas arpadas.  
¡Pajaritos, pajaritos,  
quién tuviera vuestras alas!  
De oro fino es mi cadena  
y mis grillos son de plata....



Bien hayas, doncella mora,  
que mi cautiverio ablandas.  
mas «¡de qué sirve al cautivo  
tener los grillos de plata  
y la cadenita de oro,  
si la libertad le falta!»

## III.

— ¡Porqué lloras, porqué lloras  
nazareno de mi alma!  
Yo por pesada cadena  
te di cadena liviana,  
y aun esa te quitaré  
si con trabajo la arrastras;  
mas por Alá, nazareno,  
no has de tornar á tu patria,  
porque me muero si tornas,  
porque si tornas me matas!  
Zegrías y Bencerrajes  
juegan sortijas y cañas  
todos los dias debajo  
del ajimez de mi estancia  
por prender mi voluntad,  
la voluntad de tu esclava;  
mas tú la prendiste solo,  
nazareno de mi alma,  
el de la cadena de oro,  
el de los grillos de plata! —  
Así la hermosa princesa  
amor al conde demanda  
con lágrimas en sus ojos  
que son luceros del alba,  
y le responde el cautivo  
de hinojos puesto á sus plantas:  
— Perdon, la hermosa doncella,  
mas en Castilla me aguarda  
una mujer desvalida  
y hermosa y enamorada

que el dulce nombre de esposo  
pronuncia cuando me llama.

— Iré contigo á Castilla  
si nó te place Granada  
y allí tambien ese nombre  
te dará amorosa Zaida.  
— Solo tienen los varones  
una mujer en mi patria,  
á una mujer solamente  
vida y corazon consagran.  
— ¡Santo Alá! porqué en Castilla  
no fué mecida mi hamaca!  
Torna, nazareno, á donde  
tu nazarena te aguarda,  
que quiero morir de amores  
mas que del tuyo privarla,  
que á mi discrecion te ha puesto  
mi padre el rey de Granada. —  
Así dice la princesa  
y al conde desembaraza  
de su cadenita de oro  
y de sus grillos de plata.  
El conde torna á Castilla  
y al despedirse de Zaida:  
— Bien hayas, doncella, dice,  
pues mis cadenas quebrantas,  
«que poco sirve al cautivo  
tener los grillos de plata  
y la cadenita de oro  
si la libertad le falta.»



## 49.

## DUERME EN PAZ!

## I.

El vientecito del norte  
agita su cabellera  
que en negros y ondosos rizos  
su frente apacible vela.  
Vaga en sus rosados labios  
una sonrisa que espresa  
goces del alma arrullada  
por seductoras quimeras.  
Parece un ángel del cielo  
que alegre al mundo viniera  
creyendo hallar en el mundo  
felicidad é inocencia,  
y al encontrar en los hombres  
falacia, rencor, miserias,  
plegó sus candidas alas  
abrumado de tristeza  
y buscó en sus sueños de ángel  
imágenes mas risueñas.  
Dejadle dormir, que solo  
será feliz mientras duerma.  
*No turbeis su dulce sueño,  
pájaros de la arboleda.*

## II.

Es pesa tus ramas, árbol,  
no se deslice por ellas  
un rayo de sol que abraza  
la noble frente al poeta!  
Jamás reposó á tu sombra  
criatura que mereciera  
tan amorosos cuidados  
como el que á tu abrigo sueña,

por mas que á tu sombra grata  
vengan á dormir la siesta  
tesoro de perfecciones  
las vírgenes de la aldea.  
El mundo le llama niño  
y á fe que el mundo no yerra  
si la niñez por los años  
de la criatura se cuenta.  
Es niño, pero se agitan  
en esa infantil cabeza  
los pensamientos del hombre  
que encaneció en la esperiencia;  
es niño, pero ha sentido  
mas de una vez las tristezas  
de la vida en largas noches  
de insomnios febriles llenas;  
es niño, pero grabaron  
sobre su frente serena  
la meditación, arrugas  
y el amor, signos de penas.  
Duerme en paz, poeta niño,  
que con los ángeles sueñas  
*y su sueño no turbeis,  
pájaros de la arboleda.*

## III.

Duerme en paz, poeta niño,  
duerme á esa sombra benéfica  
y sueña con la hermosura  
que adoras y reverencias  
con la pureza del niño  
y con la fe del poeta;  
y así que un raudal de goces  
tu corazón fortalezca,  
despierta y de nuevo emprende  
tu interrumpida carrera.  
Yo caminaré á tu lado  
por esa difícil senda,



de tus contentos participe,  
participe de tus penas;  
te consolaré si lloras,  
te velaré cuando duermas,  
te sostendré si vacilas,  
y moriré cuando mueras;  
mas duerme tranquilo ahora  
y vuestras arpadas lenguas  
*no turben su dulce sueño,  
pájaros de la arboleda.*

## 50.

## PERIQUITO ENTRE ELLAS.

## I.

— Una, dos, tres, cuatro, cinco,  
seis, siete, ocho, nueve, diez.  
Anda, las diez de la noche  
y aun está ese Lucifer  
de Periquito en... Dios sabe,  
Dios sabe donde estará él!  
¡Si me ha de matar este hijo!  
¡si no le puedo traer  
á mandamiento! ¡si rabia  
por las muchachas! ¡si es  
de la misma piel del diablo!...  
Pero ahí le tenemos. ¿Quién?  
— Abra usted, madre.  
— ¿Que te abra?  
¡En canal debiera ser!  
¡Qué horitas de recogerse!  
¡Hijo, te portas muy bien!  
¡Como hay Dios, te ha aprovechado  
(el sermoncito de ayer!  
¡Ah si viera estos desórdenes

tu padre que en gloria esté!  
— Mi padre cuando era jóven...  
seria jóven tambien.  
— ¡Calla, condenado, calla  
y no me hagas mas perder  
la paciencia! Cuarenta años  
casada estuve con él  
y nunca se recogió  
despues del anochecer.  
A la oracion, á casita,  
á cenar, poco despues,  
tras de la cena, el rosario  
y á la camita, á las diez.  
— Pues es claro, los casados  
tienen en casa su aquel,  
y uno tiene que buscárselas  
donde Dios le da á entender.  
— ¡Hijo, eres incorregible!  
Habrás estado tambien  
esta noche de cortejo,  
¿no es verdad?

— Pues ya se ve  
que he estado.

— ¡Por las muchachas  
en presidio te has de ver!  
— ¡Si hay muchachas en presidio,  
bien haya el presidio amen!  
— Hijo, sienta esa cabeza.  
— Madre, no se canse usted:  
«contra veneno, triaca,  
agua fresca, cuando hay sed,  
para las sardinas, vino,  
para el hombre, la mujer.»

## II.

— ¿Dónde has estado esta noche?  
— ¿Esta noche? Diré á usted:  
primero, á ver á la Pepa,



luego, á ver á la Isabel,  
despues, á ver á la Antonia,  
despues, á ver á la Ines,  
depues, á ver...

— Al demontre  
que cargue contigo, amen.  
¡Dios me perdone, que sois  
capaces de hacer perder  
la paciencia á un santo!

— Madre,  
para contentarla á ustedé  
traigo aquí un moscatelillo  
que está diciendo bebed.  
— ¡Anda, zalamero, anda,  
que al cabo siempre has de hacer  
tu gusto! Cenemos, hijo.  
— Pruebe usted el moscatel  
para hacer boca.

— Clan, clan...

— ¿Qué tal?

— ¡Un almibar es!

— Muchas noches le traeria,  
pero si no puede ser  
venir á casa temprano  
yendo tan léjos por él.  
— Si no vienes á las nueve,  
anda, vendrás á las diez...  
De las cosas regulares  
yo nunca me apartaré.  
— Si siempre está usted gruñendo...

— Gruño porque no está bien  
que un jóven como Dios manda  
toda la noche se esté  
por ahí haciendo carocas

á... sabe el Señor á quien!  
— A unas chicas mas saladas  
que estas sardinas. La Ines  
tiene unos ojos... ¡qué ojos!

la Isabel un pié... ¡qué pié!  
la Antonia un pelo... ¡que pelo!  
la Pepa un aquel... ¡qué aquel!  
— ¡Calla, condenado, calla!  
— Madre, no se canse ustedé:  
«Contra veneno, triaca,  
agua fresca, cuando hay sed,  
para las sardinas, vino,  
para el hombre, la mujer.»

## III.

— ¡Mal año para tus coplas  
y tus muchachas tambien,  
se me va á volver veneno  
lo que acabo de beber!  
— Contra veneno, triaca,  
y si no la hay, moscatel.  
Arriba, madre!

— Clan, clan,  
clan, clan... Este Lucifer  
de chico me va á achispar...  
¡Bendito sea Noé,  
cómo me engatusa este hijo  
con sus dedadas de miel!  
¡Vaya, si es lo mas gitano  
que ha nacido de mujer!  
Ya se ve, así las muchachas  
se prevarican por él.  
— ¡Cá! por mí prevaricarse  
las muchachas!.. Yo soy quien  
me prevarico por ellas  
y aun así no puedo hacer  
que me quieran.

— ¿Es posible?

¿Qué escucho, Dios de Israel?

¿Con que no te quieren?

— ¡Cá!..

— Las tontas, las... Mire usted



las mocosas, las... Sin duda  
buscarán algun marques.

Con un canto en los hocicos  
se dieran porque una vez  
las miraras tú á la cara...

— Pues las he mirado cien  
y no se dan.

— Vanidosas,  
que no tienen sobre qué  
caerse muertas, ni valen  
dos cuartos, ni hartas se ven...

— ¿Pero qué está usted ahí hablando  
si no las conoce usted?

— ¡En dónde encontrarán ellas  
otro mas hombre de bien  
ni mas hábil ni mas guapo  
que mi chicho, aunque me esté  
mal el decirlo! ¡Echalas  
todas noramala!

— Eso es,  
y luego andaré por ahí  
hecho un tonto, sin saber  
con quien juntarme.

— ¿No tienes  
amigos?

— Pues ya se ve  
que los tengo, pero... madre,  
pan con pan no sabe bien,  
entre faldas he nacido  
y entre faldas moriré,  
con que así no hay que cansarse...

— ¡Ah maldito de cocer!  
¡tú me has de quitar la vida!

— Madre, no se canse usted;  
«contra veneno, triaca,  
agua fresca, cuando hay sed,  
para las sardinas, vino,  
para el hombre, la mujer.»

## IV.

— Madre, otro trago.

— ¡Tú estás  
empecatado! ¿No ves  
que he bebido cinco ya?

— Con uno mas serán seis.

Sobre chispa mas ó menos.

— Pues venga, no creas que es  
desprecio. Clan, clan, clan, clan...

¡Cómo se deja beber

el pícaro! Y que se sube  
á la cabeza...

— Ande usted,  
que estando la cama cerca  
la chispa no es de temer.

— ¿Calla, ha parido la gata?

— ¿La gata?

— Sí. ¿Para qué  
has encendido otra vela?

— (Ya hizo efecto el moscatel.)  
Toma, para que usted vaya  
á acostarse.

— Pues me iré.

Conque... buenas noches, hijo.

— Madre, que usted duerma bien.

¿Qué es eso?

— Es que he tropezado...  
con esta infame pared.

— Pues señor, ¡viva la Pepa  
y vivan tambien la Ines,

y la Joaquina, y la Antonia,

y la Pedra, y la Isabel,

y la... todas las muchachas

por siempre jamas amen!

¡Para que yendo esas chicas

al baile de Lavapiés

esta noche, Periquillo

no fuera al baile tambien!



Ya está roncando la abuela  
y aunque le arranquen la piel  
se está durmiendo la turca  
hasta mañana á las diez.  
Ea, busquemos la llave  
y apretemos á correr  
que me voy á divertir  
esta noche á tutiplen.  
Me muero por las muchachas,  
y... canario, es menester  
ser uno de pedernal  
para no quererlas bien,  
porque las muchachas tienen  
mucha sal y mucho aquel  
y por mas que me prediquen  
yo á la copla me atenderé:  
«contra veneno, triaca,  
agua fresca, cuando hay sed,  
para las sardinas, vino,  
para el hombre, la mujer.»

## 51.

## UNA Y NO MAS.

## I.

Me gustan mucho tus ojos,  
me gusta mucho tu pelo,  
me gusta mucho tu cara,  
me gusta mucho tu cuerpo,  
todo en tí me gusta mucho  
desde la planta al cabello,  
pero no te quiero, niña,  
y sabrás que no te quiero  
«porque no puede una luz  
alumbrar dos aposentos.»

## II.

Si no pongo en tí los ojos  
es que en otra los he puesto,  
es que si me gustas mucho,  
me gusta mas la que quiero,  
es que yo el corazon pongo  
donde pongo el pensamiento,  
es que para dos amores  
tengo el corazon pequeño,  
«es que no puedo adorar  
dos corazones á un tiempo.»

## 52.

## LOS DOBLONES.

## I.

— Tilin, tilin... Como un hielo  
es el aire de estos dias.

— ¿Quién?

— Abre la puerta, cielo,  
que aquí venden pulmonías.

— ¡Hola, sol dorado!

— ¡Hola!

— Pasa, que no están mis nietas.

— Pues, supuesto que estás sola,

no andemos con etiquetas,

Trifona, dáme un abrazo,

que vengo como un sorbete.

— Ven acá, picaronazo...

¿Un abrazo? Aunque sean siete.

— ¡Ay, Trifona, que me sajen  
si no me consuela el roce



de tus brazos!  
— ¡Es la imagen  
de mi esposo que Dios goce!  
— Te quiero mas que él, Trifona.  
— ¿De veras? ¿Me quieres mucho?  
— ¡No te he de querer, pichona!  
¡Ay! como á la trucha el trucho.  
— Pero mira, á las mujeres  
nos gusta otro testimonio...  
— ¿Qué otro testimonio quieres?  
— El del santo matrimonio.  
— En eso estoy, pero llevas  
las cosas tan á lo vivo...  
(¡ Tiene tres casitas nuevas!  
¿ cuánto tendrá en efectivo?)  
Te juro por los apóstoles  
que te adoro, te idolatro...  
(¡ Digo! ¡ el parador de Móstoles!  
¡ Y las dehesas que son cuatro!)  
Mira, el verano que viene  
nos casamos y laus Deo...  
(¡ Y las acciones que tiene  
del camino de Langreo!)  
Pues señor, lo mejor era,  
acortar un poco el plazo...  
Allá por la primavera  
nos pondrán el santo lazo.  
(¡ Pues y la ganadería!)  
¡ Eh! no seamos atunes:  
mañana á la vicaría  
y nos casamos el lunes.  
Trifona, me pego un tiro  
si no nos casamos pronto,  
porque... vamos, si deliro  
por tí, si me has vuelto tonto!  
— ¡ Bendita sea tu boca!  
Deja que te abrace... ¡ Tú  
sí que me has vuelto á mí loca,

gitano de Belcebú!  
— (Me lleva cuarenta inviernos  
y es fea como un demonio  
salido de los infiernos,  
pero... acepto el matrimonio  
y me dejo de ilusiones,  
pues como dice la copla,  
*los doblones son doblones  
aquí y en Constantinopla.*)

## II.

— ¿ Cómo va de matrimonio  
— ¡ En mal hora me casé!  
— ¡ Cómo!  
— Estoy dado al demonio!  
— ¿ Se puede saber por qué?  
En mas de cuatro ocasiones  
me saliste con la copla  
de... «doblones son doblones  
aquí y en Constantinopla;»  
eres un Midas, un Creso,  
y no comprendo en verdad...  
— Soy rico, es verdad, pero eso  
no da la felicidad.  
¡ Ah! no es mi dicha completa.  
¿ Qué me importa, amigo mio,  
tener la bolsa repleta  
si está el corazon vacío?  
— ¿ No amas á tu esposa?  
— No.  
— Con el tiempo la amarás.  
— Eso es imposible... yo  
no podré amarla jamas.  
Cuando llena de pasion  
me da en la mejilla un beso,  
un labio de bermellon  
me suele dejar impreso;



ayer, apenas tiré  
un poco al besar su trenza,  
de improviso la dejé  
con la calva á la vergüenza;  
anoche... ¡de rubor sudo!  
delante de muchas gentes  
soltó, al dar un estornudo,  
una carrera de dientes;  
esta mañana observé  
que un gatito retozon  
jugaba en el canapé,  
con dos fardos de algodón.  
«¿Qué es eso?» pregunté á Flora,  
doncella de mi mujer,  
y me dijo: — «¡Qué ha de ser,  
los pechos de la señora!»  
¡Desventurado consorcio!  
Voy á entablar el proceso  
de nulidad, de divorcio...  
— Vaya, tú has perdido el seso.  
— Le he recobrado mas bien,  
que estuve loco al cargar  
con ese Matusalen  
y hoy puedo raciocinar.  
— ¡Cordura, por Dios, cordura!  
No pongas, y piensa en ello,  
con una nueva locura  
á tus locuras el sello.  
— ¡Eh! si es un anacronismo  
esa mujer en mi lecho!  
— ¿No lo quisiste tú mismo?  
Pues, amigo, á lo hecho, pecho.  
Tu mujer es vieja, tosca,  
calva, desdentada, enjuta,  
pero, hombre, teniendo mosca  
eso es pecata minuta.  
¡Eh! déjate de ilusiones,  
pues como dice la copla,

*los doblones son doblones  
aquí y en Constantinopla.*

## 53.

## NOCHE-BUENA.

Ya viene la Noche-buena  
con su vecina la Pascua,  
para unos es Noche-buena,  
para otros es noche mala.

## I.

Sube, sube, campanero,  
á la torre de la iglesia  
y repica las campanas,  
que esta noche están de fiesta  
los ángeles en el cielo  
y los hombres en la tierra. —  
Los cierzos del Guadarrama  
silban en la chimenea  
y la nieve cubre el monte,  
y la colina y la vega,  
y hasta en el rojo tejado  
de mi casita blanquea;  
pero verás como pongo  
en el hogar otra cepa  
y junto á la cepa un jarro  
del tinto de mi bodega,  
y entónces deja que caiga  
toda la nieve que quiera  
y que los cierzos helados  
silben en la chimenea,  
que ni la nieve ni el cierzo  
harán en mi cuerpo mella  
sirviéndome de resguardo



y dándome fortaleza  
chispas de vino por dentro,  
chispas de fuego por fuera,  
que vino y fuego esta noche  
en los hogares chispean. —  
Campanero, toma un jarro  
del tinto de mi bodega  
y bébelo y luego sube  
á la torre de la iglesia  
y tocando las campanas  
hasta que rompas la cuerda,  
lanza un *hosanna* bendito  
á los cielos y á la tierra,  
que, campanero del alma,  
esta noche es Noche-buena.

## II.

Gloriosa Virgen María,  
madre y abogada nuestra,  
¡qué alegre el pueblo cristiano  
tu alumbramiento celebra!  
Ya la paz entre los hombres  
de buena voluntad reina,  
que el fruto de tus entrañas  
es el mensajero de ella.  
Esta noche el hijo pródigo  
que por el mundo se fuera  
torna al hogar de sus padres  
lleno de amor y obediencia  
y amor y misericordia  
le reciben á la puerta.  
Esta noche el desterrado  
que vaga en lejanas tierras  
ve en su triste corazón  
renacer con dobles fuerzas  
el santo amor de la patria  
que en su corazón muriera

y á la tierra que maldijo,  
la ingratitud viendo en ella,  
hoy su bendición envía  
en una oración envuelta.  
Lo mismo en la humilde choza  
que en la morada soberbia  
blancas espirales de humo  
hacia los cielos se elevan.  
Son el tributo de gracias  
que dan á la Providencia  
los animados hogares  
donde la abundancia reina,  
que el pobre tiene esta noche  
gracia de Dios en su mesa. —  
El viento del Guadarrama  
que silba en la chimenea  
me trae los santos cantares  
que en todas partes celebran  
tu bendito alumbramiento,  
gloria de cielos y tierra,  
sagrada Virgen María,  
madre y abogada nuestra!  
Campanero, sube, sube  
á la torre de la iglesia  
y tus *hosannas*, de gozo  
el universo estremezcan,  
que á cumplirse van los santos  
vaticinios del profeta,  
que, campanero del alma,  
esta noche es Noche-buena!

## III.

Nada me falta en el mundo:  
tengo salud, tengo hacienda  
y tengo el alma tranquila...  
¡Dios mío, bendito seas! —  
Bebamos, pues, y brindemos



con este sabroso néctar  
como brindaban mis padres  
que Dios en su gloria tenga.  
— «¡ Porque el Señor nos reuna  
muchas noches como esta!»  
así era el solemne brindis  
de mi padre en Noche-buena,  
y así el de la santa madre  
que tengo bajo la tierra!  
Yo no puedo repetirle,  
que la soledad me cerca,  
que de padres y de hermanos  
solo el recuerdo me queda,  
que unos me robó la muerte  
y otros me robó la ausencia!  
¡Padres y hermanos del alma,  
quién os viera, quién os viera  
en este hogar solitario  
donde muero de tristeza!  
Parece que os estoy viendo  
en derredor de esta mesa:  
aquí á la diestra, mi madre,  
mi padre, aquí á la siniestra,  
allí enfrente, mis hermanos,  
aquí, mis hermanas bellas,  
y sobre todos el ángel  
del amor y la indulgencia! —  
Baja, campanero, baja  
de la torre de la iglesia  
ó con el toque de gloria  
el toque de muerto alterna,  
que esta noche es para mí  
la noche de las tristezas,  
que esta noche es noche mala  
y esta noche es Noche-buena.

## IV.

(A D. PEDRO ANTONIO DE ALARCON.)

Hermano del alma mía,  
como yo triste poeta,  
que con los mortales vives  
y con los ángeles sueñas,  
¿no es verdad que así esta noche  
placer y dolor se mezclan?  
Rico tú de sentimiento  
y rico de inteligencia,  
alza tu voz poderosa  
y dile al que no me crea:  
— «Detras de Sierra Nevada  
llora una madre mi ausencia  
y al hijo de sus entrañas  
ved aquí llorar por ella!  
Si no veis padres y hermanos  
sentados á vuestra mesa  
y no lloráis como lloro,  
¡teneis corazón de piedra!» —  
Mientras otros el divino  
alumbramiento celebran  
de la madre de Jesús,  
lloraremos por las nuestras!  
Si á esas lágrimas de gozo  
van las de nuestras tristezas,  
sobre nosotros María  
tenderá su santa diestra:  
¡que ella también tiene hijos!  
¡que madre también es ella!



## LA GUARDIA CIVIL.

## I.

Pobre cantor vagabundo,  
del palacio á la cabaña  
voy solícito buscando  
la virtud para cantarla  
y donde la hallo, la canto  
con el corazón y el alma.  
Ni al rico ni al pobre adulo,  
que mi pobreza me basta  
para seguir poco á poco  
por este valle de lágrimas.  
Si caigo y un caminante  
á levantarme se para,  
poso agradecido el labio  
en la mano que me alargan,  
pero no me quejo nunca  
de los que de largo pasan.  
Mis ambiciones de gloria  
son la de hacer mi jornada  
con la conciencia tranquila,  
con el corazón sin mancha.  
Dios me dé una pobre choza  
en mis queridas montañas  
donde manzanas y guindas  
coja desde la ventana,  
donde oiga cantar los pájaros  
al despuntar la alborada!  
Si pomposas inscripciones  
mi sepulcro no engalanan,  
alguien dirá: — «En esa fosa  
un hombre honrado descansa,»

y ese es mi único deseo,  
esa mi única esperanza,  
que siempre he vivido libre  
de vanidades mundanas.

## II.

Luchó iracundo el hermano  
con el hermano en mi patria,  
y allá en los campos benditos  
que fierro y virtudes guardan,  
los que lucharon Caines,  
mansos Abeles se abrazan.  
Pero la sangrienta lucha  
dejó sembrado en España  
el germen de las pasiones  
rapaces y sanguinarias,  
y gimió el bueno oprimido  
por la maldad despiadada.  
Oyólo Isabel la buena,  
la compasiva, la magna,  
y de sus ojos de cielo  
brotaron piadosas lágrimas,  
que se cernió el infortunio  
sobre su cuna dorada.  
«Exista, dijo, en la tierra  
bendita, leal, hidalga,  
donde la *Santa hermandad*  
existió en la edad pasada,  
un poder que al bueno sirva  
de perenne salvaguardia.  
Quiero que ese poder rijas  
tú, noble duque de Ahumada,  
tú que eres buen caballero  
y de gloriosa prosapia,  
tú que eres dos veces noble,  
por la cuna y por el alma!»



Un grito de regocijo  
resonó en mi dulce patria  
y á la voz de Isabel, fué  
la Guardia civil creada,  
y al verla el pueblo español  
cantó lleno de esperanza:  
— ¡ Viva la Guardia civil  
porque es la gloria de España!

## III.

La nieve cubre los puertos,  
el helado cierzo brama,  
ruedan desde las alturas  
aludes como montañas,  
está el camino obstruido,  
a luz del día se apaga,  
rugen en los matorrales  
las hambrientas alimañas  
y por todas partes reina  
una soledad que espanta.  
¡ Pobres de los caminantes  
que prosigan su jornada!  
Mas... ¿ qué bultos son aquellos  
que en la nieve se destacan  
y bregan á fin de alzarse,  
y caen apénas se alzan?  
Son dos pobres transeuntes  
que han perdido la esperanza  
de tornar á sus hogares  
donde el amor los aguarda,  
donde, mirando si viene  
el dulce esposo del alma,  
una mujer está puesta  
de pechos á la ventana!  
¡ Ay miseros transeuntes!  
pronto acabarán sus ansias,  
que la sangre de sus venas

se paraliza y se cuaja  
y las fuerzas faltan á ambos  
y hasta el aliento les falta!  
¡ Ay miseros transeuntes!  
¡ poned en Dios la esperanza  
y no dirijais al valle  
la moribunda mirada!  
— « ¡ Señor! dicen con voz débil,  
somos la única esperanza  
de los seres desvalidos  
que allá abajo nos aguardan!  
No permitas que esos seres  
en el desamparo yazcan.» —  
Dios que escucha el infortunio,  
dos salvadores les manda,  
pues luchando con el cierzo  
que entre la nieve los lanza,  
con el pecho jadeante  
y la faz amoratada,  
trepan dos guardias civiles  
á la fragosa montaña.  
¡ Si la ventisca los hiela,  
la caridad los inflama!  
¡ Exánimes y ateridos  
á los caminantes hallan  
y ellos, valientes soldados  
que en cien sangrientas batallas  
hollaron muertos y heridos  
sin derramar una lágrima,  
ante aquel triste espectáculo  
compasivos las derraman!  
A aquellos cuerpos inertes  
calor, abrigo les falta,  
y del glorioso uniforme  
despojándose los guardias,  
esponen su propia vida  
para conservar la estraña,  
nuevos Martines que parten



con Jesucristo la capa!  
El viento arrecia, la nieve  
sepultarlos amenaza,  
cierra la noche y las fieras  
en los matorrales braman...  
A los pobres caminantes  
toman en hombros los guardias  
cual tomó el buen caballero,  
el de la invencible espada,  
el Cid, al divino Lázaro  
en la selva solitaria,  
y así cargados con ellos,  
descienden de la montaña  
aquellos sublimes héroes  
de la caridad cristiana,  
con el cansancio en el cuerpo  
y la alegría en el alma,  
y al verlos el pueblo grita  
desde puertas y ventanas:  
— ¡Viva la Guardia civil  
porque es la gloria de España!

## IV.

En una pobre vivienda  
yace en el lecho postrada  
una mujer, tan doliente  
del cuerpo como del alma;  
al lado del pobre lecho  
está pensativo un guardia,  
y tres niños, mas hermosos  
que tres luceros del alba,  
suspiran medio dormidos  
en un rincón de la estancia.  
— Hijos, es ya media noche,  
¿porqué no os vais á la cama?  
— ¡Madre, queremos cenar!  
— ¿No cenasteis?

— ¡Casi nada!  
¡Queremos mas pan!  
— Pero, hijos,  
¿no veis que no hay mas en casa  
— ¡Pues yo quiero pan!  
— ¡Y yo!  
— ¡Jesus, qué matraca!  
¡No me rompáis la cabeza!  
— Tengamos paciencia, Clara.  
Mira que si te incomodas  
te vas á poner mas mala.  
— ¡Ay Juan! el caso es que tienen  
las pobres criaturas harta  
razón para pedir pan  
y tendrán aun mas mañana!  
— ¡Pediré á mis compañeros  
para comprar en la plaza  
y creo me lo darán,  
porque en el cuerpo, á Dios gracias,  
las almas buenas abundan  
y la caridad no falta.  
— ¡Pero hemos cansado tanto!  
— Los buenos nunca se cansan.  
— ¡Ay! ¡estas enfermedades  
son la ruina de las casas!  
— Clara, por Dios, no te aflijas,  
que no nos faltará nada. —  
Y al pobre guardia civil  
se le saltaron las lágrimas,  
que tambien estaba falto  
su corazón de esperanza.  
Después, oyendo las doce  
en una iglesia cercana,  
se despidió con un beso  
de las prendas de su alma  
y el servicio de parejas  
poco después comenzaba.



Estaban ocho bandidos  
ocultos en unas matas  
y á Juan y su compañero  
hicieron una descarga,  
pero los buenos arrostran  
los puñales y las balas  
cuando el honor los anima,  
cuando el honor se lo manda,  
y léjos de intimidarse,  
acometieron los guardias  
y se trabó la pelea  
aunque desigual, porfiada.  
Seis bandidos entregaron  
allí á Lucifer el alma,  
y mientras su compañero  
al sétimo maniataba,  
Juan maniataba al octavo  
en la arboleda cercana.  
— Cien onzas le doy á usted  
si consiente que me vaya.  
— Aunque me dé usted doscientas.  
— ¡ Muchas tiene usted en casa !  
— Suplico á usted que se calle,  
pues me ofenden sus palabras.  
— ¿ Pero quién ha de saberlo ?  
— Mi conciencia y eso basta.  
¡ Ande usted delante ! —

Y Juan

se une con su camarada  
y escoltando á los bandidos  
entran en el pueblo al alba ;  
circulan de boca en boca  
las nuevas de aquella hazaña  
y el pueblo viéndose libre  
de los bandidos, esclama :  
— ¡ Viva la Guardia civil  
porque es la gloria de España !

V.

¡ Feliz el pueblo que puede  
dormir en la confianza  
de que hay un ángel custodio  
que le cubre con sus alas !  
Ya reduzcan á cenizas  
los edificios las llamas,  
ya la corriente del rio  
las poblaciones invada,  
ya el infeliz trajinero  
se hunda en simas ó barrancas,  
ya carezca el caminante  
de alimento ó de posada,  
ya el puñal del asesino  
atente á la vida humana,  
siempre la Guardia civil  
cual la paloma del arca  
en medio del cataclismo  
es nuncio de la esperanza,  
y por eso en todas partes  
bendiciones la acompañan,  
por eso Dios la protege  
cuando al peligro se lanza,  
por eso la canto yo  
con el corazon y el alma.



## APENDICE.

Hace algunos meses recibí un pliego sellado con las armas reals sed España, y le abrí palpítandome el corazón no sé de qué: era de SS. AA. RR. los serenísimos señores Infantes Duques de Montpensier, que me pedían algunos ejemplares de la última edición de EL LIBRO DE LOS CANTARES. La última edición no existía ya, y solo pude enviar á los augustos príncipes una prueba de mi libro que conservaba, llena de correcciones, para hacer por ella una nueva edición cuando mis recursos me lo permitiesen. Al día siguiente SS. AA. me remitieron espontánea y generosamente, con una delicada carta, lo que necesitaba para hacer la presente edición. La mano de los ilustres príncipes que tantos desdichados besan y bendicen, es la primera que se me ha alargado en mi larga y penosa jornada. Por eso la beso y la bendigo llorando de agradecimiento.

La presente edición del LIBRO DE LOS CANTARES es la primera que se hace bajo mi dirección y á mi gusto, por más que sea la cuarta, sin contar las dos ó tres que se han hecho subrepticamente. Sin quitar á mi libro nada de su primitivo carácter, sencillo y á la buena de Dios, le he reformado notablemente suprimiendo unos cantares porque me parecían malos, añadiendo otros porque me parecían buenos y corrigiendo no pocos de la primera edición. En lo que he puesto especial cuidado ha sido en dejar mi libro tal, que sin rubor puedo ponerle en manos de un sacerdote, de una jóven ó de una madre honrada. Si en la primera edición hay algunos cantares indignos de un poeta honrado, culpeseme de débil y no de libre: los suscritores á mi libro, publicado por entregas, pedían al editor cantares *picantes* y el editor los pedía al autor. Por mucho respeto que me inspiren los intereses ajenos, no volveré á sacrificar á esos intereses la pureza de mi pluma. Que me llamen hombre honrado, ya que no me llamen hombre de talento.

Confieso ingenuamente que profeso un singular cariño á este libro que me ha proporcionado las mayores satisfacciones de mi vida literaria. Cuando hace seis años di por primera vez á luz EL LIBRO DE LOS CANTARES, me hallaba muy distante de esperar que el público le dispensase



la acogida que le ha dispensado y que estos versos, tan humildes que hasta los niños los entienden, me habrán de valer la amistad de muchos hombres ilustres que han venido á estrechar mi mano en el oscuro rincón donde vivo con mis tristezas ó mis alegrías.

Hace algunos meses un periódico literario, despues de prodigar á este libro elogios que no merece, me dirigió una acusacion que ya se me habia dirigido en otras ocasiones aunque no en términos tan explicitos: me acusó de *holgazan* porque no enriquecía (estas fueron sus palabras que aun me parecen una burla) la literatura nacional con un LIBRO DE LOS CANTARES cada año. Por mas que un sentimiento benévolo haya dictado esta acusacion, necesito rechazarla porque, como saben muy bien los que me conocen personalmente, quizá ninguna mas injusta se me pudiera dirigir. Mi vida (y este es el único arranque de orgullo que cabe en mí) ha sido un modelo de laboriosidad. Niño aun, me dijeron mis padres: — «Vé á ganar honradamente tu subsistencia y no olvides que somos muy pobres los que aquí quedamos.» No sé si he cumplido en todas sus partes este mandato, pero sí que solo bendiciones han partido de mi aldea para buscarme en mi destierro. El que me acusa de *holgazan* sin duda no sabe esto; sin duda ignora que el autor del LIBRO DE LOS CANTARES no ha frecuentado mas universidades que la de su aldea, donde solo se aprende á leer y escribir y la doctrina cristiana; sin duda no sabe cuán injusto es calificar de *holgazan* á aquel á quien por espacio de diez años, despues de un día de constante y ruda fatiga, se ha dicho todas las noches: «duerme y descansa para trabajar mañana» y en vez de dormir y descansar, ha velado y estudiado para aprender lo poco que sabe, fuido de libros y temiendo cada instante que se adivinasen sus vigiliias. El autor del LIBRO DE LOS CANTARES «enriqueceria» (Dios perdone sus burlas al periodista) la literatura nacional, no con un libro sino con dos libros como este al año, se sepultaria en los pacíficos valles donde nació y allí con el alma tranquila y el corazón siempre jóven, cantaria cuanto digno de cantarse hay en la historia y en las costumbres de su patria, si en España el que escribe al año dos libros como este pudiera contar para su subsistencia y la de su familia con la modesta retribucion que obtiene el que pasa la vida copiando minutas en una secretaria de Estado, ó manejando la garlopa en un taller de ebanista; pero no sucede así y el poeta ántes que á la poesia se debe á su familia, ántes que poeta debe ser hombre honrado, por mas que para merecer este último nombre tenga que sacrificar sus esperanzas, sus sueños de gloria, su vida.

## 1.

(Pág. 5.)

Oh Virgen de la Almudena  
que desde tu antiguo adarve  
presides siglo tras siglo,  
las fiestas del Manzanares!

Como en este libro se alude mas de una vez á la santa patrona de Madrid, invocada en la anterior estrofa, es oportuna y hasta indispensable

esta nota. En un antiguo muro situado en la cuesta de la Vega, se venera una imágen de piedra de la Virgen de la Almudena. La tradicion dice que la imágen que se conserva en la parroquia inmediata, y de la que es copia la que existe en el muro, fué hallada en un cubo de la muralla adyacente al *Almodin* ó Alhóndiga de los moros, donde la ocultaron los cristianos al tiempo de la invasion y donde permaneció durante trescientos setenta y tres años, tiempo que al parecer duró en nuestra villa la dominacion sarracena. La tradicion añade que al hallarse la santa imágen, ardian aun la lámpara que al ocultarla habian encendido los fieles cerca de cuatro siglos ántes. Desde el muro donde está la imágen, se descubre un hermoso paisaje que ofrece en primer término las amenas riberas del Manzanares, desde la Virgen del Puerto á la puerta de Hierro, y en último los altos puertos de Guadarrama, casi siempre coronados de nieve.

## 2.

(Pág. 7.)

Un soldado me dió un ramo,  
yo le recibí con pena,  
que de mano del soldado  
nunca vino cosa buena.

Lo único que debo advertir acerca de esta composicion es que los versos

Una corona de flores  
ofrezco á la Magdalena,

(Pág. 9.)

aluden á la creencia popular de que la Magdalena, pecadora de amor y despues arrepentida y bienaventurada, guia á los enamorados.

## 3.

(Pág. 14.)

Pues sabed que en la villa  
cuentan que un voto  
hizo al Santo bendito  
si hallaba novio,  
y desde entónces  
va un mancebo á su reja  
muerto de amores.

Estos versos y otros que se encontrarán mas adelante aluden también á una creencia popular. Las muchachas de nuestro país y particularmente las hijas del pueblo, como ahora se dice en mal castellano y peor frances, creen que el bendito san Antonio proporciona novio á las que de corazón se la piden. No sé en qué se funda esta creencia, pero sí que está muy generalizada y que ya existia en el siglo XVII. — Las lomas de Sumas aguas limitan el horizonte por el poniente de Madrid.



## 4.

(Pág. 15.)

Desde mi balcon te veo  
cara á cara y frente á frente,  
y no te puedo decir  
lo que mi corazon siente.

## 5.

(Pág. 18.)

Tus ojos, morena,  
me encantan á mí,  
y nada me importa  
la Guardia civil.

Puede asegurarse que no fué un amor puro y elevado el que inspiró esta copla, porqué la benéfica Guardia civil, encargada muchas veces de alejar de las grandes poblaciones esas desventuradas mujeres que han perdido para siempre la esperanza de alcanzar las santas satisfacciones de la buena esposa y de la buena madre, no persigue los amores puros y elevados.

## 6.

(Pág. 20.)

Tienes ojos azules,  
ojos de gloria,  
y los míos te piden  
misericordia.

## 7.

(Pág. 25.)

No te fies de los hombres  
aunque digan bien te quiero,  
que en volviendo las espaldas  
si te he visto no me acuerdo.

## 8.

(Pág. 29.)

A la orilla del arroyo  
vi una pastorcica bella  
lavándose las sus manos,  
peinándose las sus trenzas.

## 9.

(Pág. 33.)

Fueron mis esperanzas  
flores de almendro  
que nacieron temprano,  
se helaron presto.

El asunto de esta composicion es histórico. Espronceda ha dicho

que no se mueren de amor  
las mujeres hoy en día;

pero yo creo que hoy en día se mueren de amor las mujeres y los hombres. No se crea por esto que tomo en sentido absoluto la afirmación del autor del *Diablo mundo*, á quien agraviaría suponiéndole tan poco conocedor del corazon humano.

## 11.

(Pág. 40.)

Salga el sol si ha de salir  
y sino que nunca salga,  
que para alumbrarme á mí  
la luz de tus ojos basta.

## 12.

(Pág. 42.)

Dicen que el águila real  
pasa volando los mares . . .  
¡Ay quién pudiera volar  
como las águilas reales!

Inútil es advertir que en el verso

«como Isabel á Marcilla»

(Pág. 45.)

se alude á los amantes de Teruel, que, como dice nuestro buen pueblo, en vida y en muerte se quisieron bien.

## 13.

(Pág. 45.)

Tengo la salsa compuesta  
y me falta el perejil:  
dámeme, perejilera,  
que te le vengo á pedir.

Este cantarcillo fué deliciosamente puesto en música por el jóven compositor D. Manuel Fernandez Caballero. Publicado con la música en



un número-prospecto del periódico *La Ilustración* que dirigia mi buen amigo el Sr. D. Angel Fernandez de los Rios, circuló con profusion y alcanzó la popularidad que merecia la música. Si este libro tuviera la dicha de sobrevivirme, que no la tendrá, quiero que me sobreviva la memoria de la íntima y tierna amistad que me une con los pocos literatos o artistas que se nombran en él. Por eso en su lugar respectivo quiero dedicarle algunas líneas.

D. Manuel Fernandez Caballero si vale mucho por su talento y su amor al arte, vale aun mucho mas por la bondad de su corazon. Nacido en Murcia el año de 1835, comenzó allí su educacion musical bajo la direccion del inteligente y bondadoso profesor D. Julian Gil. A la edad de trece años compuso piezas que revelaban felicísimas disposiciones, y á la de diez y seis un oficio de difuntos que no desdenarian maestros muy afamados. En 1850 vino á Madrid y continuó con mucho fruto sus estudios bajo la direccion del Sr. Soriano Fuertes, padre del que acaba de dar á luz en Barcelona una notable *Historia de la música española*, que es ya conocida en toda Europa, y debiera valer á su autor una recompensa nacional. Luego pasó á perfeccionar sus estudios con el Sr. Eslava. A los 18 tomó parte en las oposiciones á una plaza de maestro de capilla de la Catedral de la Habana, y fué calificado en primer lugar, si bien por falta de edad no llegó á tomar posesion de la plaza. Despues compuso varias misas y cantos religiosos que aun resuenan con frecuencia en nuestros templos. Dedicado por último á las composiciones teatrales mientras continuaba estudiando en el Conservatorio donde en los últimos exámenes obtuvo el primer premio en la clase de composicion ideal, es autor de la música de varias zarzuelas representadas en Madrid en el teatro destinado esclusivamente á este espectáculo. En esta clase de trabajos habia sido poco feliz Fernandez Caballero hasta hace pocos meses, no sé si por la poca bondad de la letra, por la mala ejecucion de las obras ó por su poco conocimiento del teatro, que no puede suplir un gran talento; pero hace poco tiempo fué llamado á la escena al son de grandes aplausos, al terminar el estreno de dos zarzuelas tituladas una *Juan Lanús* y la otra *La Jardinera*, escritas ambas por el Sr. Campronon y puestas en música por él. En Fernandez Caballero fundan grandes esperanzas los amantes del arte musical.

## 14.

(Pág. 47.)

Ojos que te vieron ir  
por esos mares afuera,  
¡cuándo te verán venir  
para alivio de mis penas!

## 15.

(Pág. 48.)

Si te cansa la sierra,  
serán hermosa,

deja tu serranfa,  
vente á mi choza.

## 16.

(Pág. 50.)

No vayas solita al campo  
cuando sóple el aire recio,  
porque las niñas son flores  
que hasta las deshoja el viento.

## 17.

(Pág. 51.)

Es casi inútil decir que este cantar es una imitacion de una de las mejores letrillas de Inarco Celenio, ó lo que es lo mismo, de D. Leandro Fernandez de Moratin, á quien el autor del LIBRO DE LOS CANTARES tiene gran aficion.

## 18.

(Pág. 56.)

Dáme la basquiña madre,  
porque el tamboril aprisa  
tan-taran-tan-tan, resuena,  
resuena en la romería.

Hace tiempo que tengo el proyecto de escribir un libro dedicado á cantar las patriarcales costumbres, la historia y las bellezas naturales del país vascongado donde tuve la gloria de nacer. Que Dios me permita realizar este proyecto! No le he realizado aun porque ántes necesito refrescar mi corazon en aquellas queridas montañas, palpitar de alegría en el valle natal, llorar sobre la sepultura de mi madre, y rezar en la iglesia donde recibí el agua del bautismo. — *La Romería* es uno de los bocetos que tengo trazados para aquella coleccion de cuadros. Las palabras vascongadas *aurreseu* y *arin-arin* son títulos de bailes muy populares en mi país: la primera quiere decir *adelante la mano*, y la segunda *aprisa, aprisa*.

## 19.

(Pág. 63.)

Mi padre me da de palos  
porque quiero á un granadero  
y al son de los palos digo  
viva la gorra de pelo.

## 20.

(Pág. 69.)

Puse en verso el diálogo que constituye la primera parte de este cantar pocas horas despues de haberle oido en Móstoles, pueblo cercano á



Madrid y tan célebre por sus órganos (que eran unos cañones por medio de los cuales pasaba el vino de una bodega á una taberna á donde iban á remojar la palabra los días festivos muchas gentes de Madrid), como simpático para mí por la bondad de sus habitantes.

## 21.

(Pág. 74.)

Dicen que tú no me quieres,  
no me da pena maldita,  
que la mancha de la mora  
con otra verde se quita.

## 22.

(Pág. 81.)

Canta, mi vida, canta,  
canta y no llores,  
que cantando se alegran  
corazones.

D. Antonio Arnao pasa con razon por uno de los jóvenes que mas dignamente cultivan las bellas letras en nuestro país. Nacido en Murcia hácia el año de 1830, se educó en el colegio de San Fulgencio de aquella ciudad donde tambien recibieron su educacion Fernandez Caballero, Selgas, Gisbert, Albacete, Marin Baldo, Boronat, Folgado, los hermanos Hernandez Amores y otros jóvenes que en el día honran ya las letras, las ciencias ó las artes. Apénas entrado en la adolescencia, demostró ya su aptitud para la poesia con varias composiciones que vieron la luz pública en los periódicos de la corte. Vino á Madrid algunos años despues á seguir la carrera de jurisprudencia y en 1851 publicó con el título de *Himnos y quejas* una bella coleccion de poesías. En 1854 publicó una novela titulada *Primavera de la vida* y desde entónces acá ha escrito numerosos cantos, en su mayor parte religiosos, y artículos de mucho mérito. Las últimas obras que ha dado á luz son dos tomos de poesías, uno de ellos con el título de *Melancolías*, y el otro con el de *Ecos del Tíder*. Arnao es un excelente poeta religioso: los versos de Arnao, decia otro poeta murciano, están vestidos de ángel, y decia muy bien. Le quiero por su talento, pero le quiero aun mas por su bondad: Arnao es religioso, delicado y bueno como deben ser los poetas.

## 23.

(Pág. 87.)

Lo manda así la ordenanza  
y es preciso obedecer,  
el que no es para casado  
que no engañe á su mujer.

## 25.

(Pág. 91.)

Cada vez que paso y miro  
la casa donde vivió,  
con la jaula me divierto,  
que el pájaro ya voló.

## 26.

(Pág. 95.)

Para alcarrazas Chiclana,  
para trigo Trebugena,  
y para chicas bonitas  
Sanlúcar de Barrameda.

En la primera edicion del LIBRO DE LOS CANTARES, hecha en 1852, dije: — «En tiempo del rey-poeta Felipe IV, habia un ventorrillo, llamado de Manuela, donde ahora se llama Campillo del mismo nombre, sin duda por aquella circunstancia. Como entónces no habia cafés ultramarinos, se reunian los señores poetas en aquel *café manchego*. Sin esta advertencia no comprenderian algunos lectores el sentido de los primeros versos de esta composicion. Los poetas á quienes está dedicada, son poco conocidos en el día, pero lo serán mucho ántes de un año: ántes de un año figurarán, particularmente uno de ellos, entre nuestros primeros poetas dramáticos.» — Esto dije á mediados de 1852, y á principio de 1853 se representó el drama *Verdades amargas*, que colocó á su autor el Sr. Eguilaz entre nuestros primeros poetas dramáticos. Véase si me equivoqué. *Verdades amargas*, *Atarcon*, *Las prohibiciones*, *Una broma de Quevedo*, *El caballero del milagro*, *Una aventura de Tirso*, *La vergonzosa en palacio*, *Una Virgen de Murillo*, *La vida de Juan soldado*, *La vaquera de la Finajosa*, *La llave de oro*, *Cuando ahorcaron á Quevedo*, *Gratalena* y *El patriarca del Turia*, son las obras que hasta el día ha dado á la escena el jóven poeta.

Eguilaz nació en Sanlúcar de Barrameda hácia el año de 1833, aunque es oriundo del país vascogado, como lo demuestra su apellido, formado de las palabras *egui* (verdad) y *luz* (áspera), que pueden traducirse por *verdad amarga*, aproximadamente el título de su primera obra dramática. Eguilaz debió sus primeros conocimientos literarios al Sr. D. Juan Capitan, que Dios haya coronado de gloria. Su delicada salud y grandes infortunios domésticos han impreso en su alma un sello de tristeza que algunos traducen malamente por orgullo. Eguilaz es bueno en el sentido mas lato y mas honroso de esta calificacion. Luque, su inseparable y leal amigo, posee grandes conocimientos literarios y tiene mucho talento; pero, desconfiado de sus fuerzas y un poco indolente, condena á la oscuridad las pocas obras dramáticas que ha escrito, y solo ha dado á luz algunos artículos y poesías y una bellísima novela que lleva el título de



*La dama del Conde duque.* Nació en Jerez de la Frontera, viene á tener la misma edad que Eguilaz y asimismo tuvo por maestro al sabio literato D. Juan Capitan.

## 27.

(Pág. 102.)

La vida de Juan soldado  
es muy larga de contar.  
Que tender tender,  
que lavar lavar,  
que tender la ropa  
en el retamar.

En la primera edicion de este libro dije á propósito de *La vida de Juan soldado*:

«Este romance se escribió, como todos los míos, sin ánimo de ofender á nadie; pero ha ofendido á algunos en alto grado y ha dado motivo á que se me dirijan anónimos llenos de insultos y amenazas. Quiero defenderme y satisfacer á los quejosos. Reconozco en la nación francesa un pueblo ilustrado, pundonoroso y humano; pero, no obstante, los españoles en 1814 debían pensar de otro modo, y si en su boca hubiera yo puesto palabras diferentes de las que he puesto, hubiera faltado á la verdad y *La vida de Juan soldado* no sería un cuadro histórico. Abrase la historia y dígame si el pueblo que presencié las traiciones de Pamplona y Barcelona, las sacrílegas violaciones de Riosoco y el cruento sacrificio del *Dos de mayo* podía pensar y hablar de otra manera que pensaban y hablaban Juan soldado y sus oyentes. Por mi parte confieso que me inspiran profunda simpatía los franceses, pero me indigno y para escribir quisiera hiel en lugar de tinta, cuando oigo contar á nuestros padres las iniquidades que los soldados de Napoleón cometieron en España. Precisamente cuando me ocupaba en escribir *La vida de Juan soldado* vi anunciada en los periódicos franceses la venta pública de 117 cuadros pertenecientes á la galería del mariscal Soult y robados por este, durante la guerra de la Independencia, á nuestros templos y museos.

El parte del alcalde de Móstoles es histórico. No he visto el original, pero se asegura que decía al pié de la letra: — «Madrid es víctima de la perfidia francesa.»

## 29.

(Pág. 124.)

En este libro no cabía la apoteosis del amor sensual para cuya personificación venía de perilla la mujer de tez morena y ojos negros. La mujer de tez blanca y ojos azules personifica en mi concepto el amor espiritual que es el que yo cantaré siempre. Por eso he dado la preferencia á este tipo.

## 30.

(Pág. 126.)

Mira que te mira Dios,  
mira que te está mirando,  
mira que te has de morir,  
mira que no sabes cuándo.

Esta copla popular se atribuye á San Francisco de Sales.

## 32.

(Pág. 133.)

Este cantar se insertó en una corona poética ofrecida á S. M. la reina con motivo del feliz natalicio de S. A. la princesa de Asturias. Los versos que ya le dió las primicias de su maternal regazo,

(pág. 134.)

aluden al primer alumbramiento de la reina Isabel, menos feliz que el segundo, pues S. M. vió morir, á poco de darle á luz, el primer fruto de sus entrañas.

## 33.

(Pág. 135.)

Esta es otra de las composiciones que deben tener cabida en el libro consagrado exclusivamente á mi país. La exclamacion

San Juan! San Pedro!  
San Pelayo en medio!

con que saludan la Sanjuanada en las Encartaciones de Vizcaya, se reemplaza con otras mas significativas en varias comarcas del país vascongado. Hácia Guernica, por ejemplo, se dice que San Juan madura los trigos y chamusca las brujas.

## 36.

(Pág. 143.)

Ya cantan los pajaritos,  
ya viene la primavera,  
ya os podeis alegrar,  
muchachas de la ribera.

## 37.

(Pág. 151.)

Ni el Padre Santo de Roma  
hiciera lo que yo he hecho,  
pasar contigo una noche  
y no tocarte en el cuerpo.



He querido unir una idea casta y altamente moral á esta copla que puede calificarse de brutal si se atiende solo á su forma.

## 38.

(Pág. 155.)

Llorad, llorad, ojos míos,  
llorad si tenéis porqué,  
que no es delito en un hombre  
llorar por una mujer.

## 39.

(Pág. 160.)

Nada me aflige y tengo  
melancolía:  
yo no sé en qué consiste  
la pena mía.

El Carlos á quien se nombra en este cantar es D. Carlos de Pravia. Nació en el Real sitio de San Ildefonso hácia el año de 1832. Adquirió sus conocimientos literatos en Madrid. Se dió á conocer al público con varios artículos de costumbres escritos con mucha facilidad y gracia. En 1851 compuso, con mi colaboracion, una coleccion de fábulas que están declaradas de testo para las escuelas. Hácia la misma época y poco despues escribió un tomo de leyendas morales que piensa publicar con el título de *Al amor de la tumbra*. En 1853 dió á luz una novela que lleva el nombre de *Engaños y desengaños* y que ha sido traducida al portugues. Desde 1854 acá ha escrito y publicado numerosos artículos y novelas de cortas dimensiones. Su obra mas notable es *La duquesa de Montpensier*, novela histórica de mucho mérito que se ha publicado en un tomo y en el folletín del *Leon Español*, periódico que cuenta entre sus redactores á Pravia y en donde este ha publicado anteriormente *Los corazones de oro* y *El venado blanco*, que han merecido la honra de ser traducidos, la primera al portugues y al francos la segunda. Los trabajos que mas han ocupado y aun ocupan á Pravia son los del periodismo, para los cuales tiene una habilidad y un talento poco comunes, de lo que pueden dar fe *El Mensajero* y *El Amigo del pueblo*, donde tambien ha escrito. Pravia es muy querido de cuantos le tratan, por su carácter bondadoso y sus virtudes domésticas.

## 40.

(Pág. 163.)

Aunque andes por el mundo  
dando mil vueltas,  
imposible es que encuentres  
quien mas te quiera.

## 41.

(Pág. 166.)

Preso en la cárcel estoy  
y no me vienes á ver;  
digo que no tienes alma  
ni corazon de mujer.

Aprovecho esta ocasion para consignar en este libro un nombre oscuro que hubiera sido ilustre á no haber desaparecido tan pronto del libro de los vivos. El cantar á que corresponde esta nota fué el primero que compuse de la presente coleccion. Un jóven murciano, que aunque jóven era ya un sabio, tuvo ocasion de leerle y me animó á continuar mi obra. Aun no estaba concluida cuando la muerte arrebató á Noriega que diariamente estimulaba mis trabajos con su benevolencia, y á veces con sus lágrimas, pues siempre las habia en sus ojos cuando se hablaba de cosas puras y buenas.

## 42.

(Pág. 172.)

A la mar van á parar,  
María, todos los rios  
y allí se irán á juntar  
tus amores y los míos.

## 43.

(Pág. 175.)

Es María mas hermosa  
que el oro y la plata fina  
y que el agua cristalina  
que corre de losa en losa.

Esta copla, que es de las mas populares, es en mi concepto demasiado culta para que haya sido compuesta por ese gran poeta que se llama Pueblo.

## 44.

(Pág. 178.)

No son todos cazadores  
los que por el monte van:  
unos cazan las perdices  
y otros las hijas de Adán.

D. Juan de Tasis, conde de Villamediana, aquel hijo tan desgraciado de los condes de Oñate, como dice Pellicer, fué asesinado una noche cerca de su casa, en la calle Mayor, sin que se sepa de fijo por quién ni porqué, aunque se supuso que habia sido muerto por orden del rey

Felipe IV, indignado de que el conde hubiera osado poner sus ojos en la reina Isabel de Borbon. En este suceso está basado el cantar á que corresponde esta nota, aunque en sus pormenores se aparta algo de la tradicion, lo que se me perdonará en gracia del buen lugar en que he colocado al desventurado conde, á la reina y al rey. Es muy general la opinion de que la reina Isabel amaba al conde de Villamediana y de que este murió á impulso soberano, como dicen unos versos de aquella época. Mas aun en el Retiro hay un cipres solitario al que va unida una dolorosa tradicion que ha aprovechado Barrantes para una linda balada. Dicese que aquel cipres existia en tiempo del rey-posta, y que á su pié lloraba Isabel de Borbon la muerte y el amor del conde de Villamediana.

A últimos del siglo XVIII, y aun en la primera mitad del de XVIII, habia en el pueblo de Madrid una bellísima creencia, que tengo noticia por una anciana del barrio de Lavapiés. Las muchachas que perdian el amor de su novio iban la mañana de San Juan á sentarse al pié de un árbol que habia en el Buen Retiro: la que lloraba, recobraba el amor que habia perdido; la que no lloraba, debia renunciar la esperanza de recobrarle. Tal vez el árbol á que se refiere esta tradicion sea el cipres que se supone regado con las lágrimas de la reina Isabel. Pero volviendo á la muerte del conde de Villamediana, yo creo, á pesar de todo lo que se ha dicho y escrito, que ni la reina tuvo amores con él, ni el rey tuvo parte en su muerte. D. Juan de Tasis tenia muchos enemigos debidos á su procacidad, de la que son triste ejemplo las sátiras con que insultó de la manera mas indigna de un caballero á las comediantas María de Córdoba (Amarilis) y Josefa Vaca, en venganza, segun se cree, de que hubiesen desdeñado sus galanterías. Es, pues, mas verosímil que á estas enemistades debiese su trágico fin aquel hijo tan desgraciado de los condes de Oñate.

47.

(Pág. 191.)

El tiempo y el desengaño  
son dos amigos leales  
que despiertan al que duerme  
y enseñan al que no sabe.

49.

(Pág. 206.)

A la sombra de una encina  
duerme un mancebo la siesta:  
no turbeis su dulce sueño,  
pájaros de la arboleda.

Este cantar se dirige á D. Hipólito Perez Varela, poeta casi niño, á quien el viento de la desventura arrebató al nuevo mundo, á donde mi memoria y mi cariño le han seguido.

51.

(Pág. 214.)

¿Cómo quieres que una luz  
alumbre dos aposentos?  
¿Cómo quieres que yo adore  
dos corazones á un tiempo?

52.

(Pág. 217.)

Dicen que tú no me quieres  
aunque doblones me sobran:  
los doblones son doblones,  
aquí y en Constantinopla.

53.

(Pág. 219.)

D. Pedro Antonio de Alarcon nació hácia el año de 1832, me parece que en Guadix. Es uno de los jóvenes de mas talento y de mas corazon que cultivan hoy la literatura española. La poesia le debe cantos ricos de ternura y elevacion, y la novela obras llenas de originalidad y sentimiento, entre las cuales merecen especial mencion el *Final de Norma* y *Los seis velos*; pero lo que le ha dado la envidiable reputacion literaria que ya goza, son sus artículos criticos y de costumbres. Entre estos últimos hay uno titulado: *La noche buena*, que será siempre la delicia de los que tengan gusto y corazon. Ultimamente ha escrito con el título de *El Hijo pródigo*, un drama que á pesar de su forma descuidada, encierra grandes bellezas morales y literarias. Alarcon nunca escribe con los ojos enjutos: este es su mayor elogio.

54.

(Pág. 226.)

Yo no temo á los ladrones  
si civiles me acompañan  
Viva la Guardia civil  
porque es la gloria de España.

Es poco ménos que inútil el cantar que he dedicado á la Guardia civil, cuando no hay en España un corazon honrado que no la bendiga, que allá en su fondo no eleve un himno entusiasta y agradecido á tan benéfica institucion, orgullo del reinado de doña Isabel II y noble título de gloria del señor duque de Ahumada, que desde su creacion la ha dirigidó, sin mas intervalo que el de dos años, durante los cuales le sustituyó dignísimamente el general D. Facundo Infante. — La crónica de la Guardia civil cuenta ya mil hechos tan admirables y honrosos como los los que yo he cantado.



Un diario monárquico-religioso de Barcelona (*La España católica*) ha censurado el título del LIBRO DE LOS CANTARES al hacerse cargo de un artículo que el eminente crítico catalán D. Juan Mañé y Plaquer ha dedicado al análisis de mi obra: el diario barcelonés dice que á muchas personas ha oído quejarse de que á mi libro se haya puesto un título que recuerda un libro sagrado. Yo solo conozco un libro sagrado que se titula *Cántico de los cánticos*. Es verdad que por antonomasia suele llamarsele libro de los cantares ó de los cánticos, pero también lo es que por antonomasia suele llamarse Escritura á la Biblia y á nadie le ha ocurrido quejarse de que los escribanos den el mismo nombre al acta ó instrumento público denominado Escritura.